

MIENTRAS LLUEVE

FERNANDO SOTO APARICIO

MIENTRAS LLUEVE

Novela

BOLSILIBROS BEDOUT

VOLUMEN 64

*“... Y esperaré la muerte
—amiga muerte—
mientras afuera llueve...”*

Capítulo Primero

Pórtico

El 2 de septiembre de 1954, Celina Franco Valdivia fue condenada a 24 años de presidio por el asesinato de su esposo.

Toda mi vida de adolescente me ha llegado de pronto. Es raro, han bastado dos días para cambiarme por completo, para sacarme de mis normas habituales, de mi cotidiano aburrimiento. Si intento escribir permanezco con los dedos agarrotados, quietos, frente a la máquina y a la página en blanco. No puedo hablar con mi esposa, no soporto los juegos ni la risa de mis hijos. Estoy sumergido enteramente dentro de su recuerdo.

Hace diez años que me vine de San Juan del Alba. En ese pueblo, entrañablemente ligado a mi vida, dejé mi juventud y mi alegría. Dejé todos los sueños que sirvieron de combustible para mis primeros poemas. Me vine a la ciudad, con mi bagaje de vagabundo, y erré por ella: por las tertulias en donde la literatura es solo una especie de opio, mentiroso y letal; me metí en las barracas donde los pobres incuban la rebelión; conseguí amigos entre los críticos de turno y fui haciéndome a un sitio propio, que he tenido que defender diariamente.

Aquí conocí a Gricela. Un día cualquiera resolvimos unir nuestras soledades, y nos casamos. Después nacieron mis dos hijos. Crecieron mis pequeños triunfos literarios. Supe de la tranquilidad y del astío.

Pero de repente me encuentro transformado. El fantasma de Celina ha vuelto a hostilizarme. Preso en sus brazos multiformes me debato inútilmente, y en lugar de evadirme de ellos, me hundo cada vez más.

Don Jacobo Cortés fue asesinado entre el 1º y el 2 de junio de 1954. El traslado de su esposa desde las cárceles de San Juan del Alba hasta el presidio de la capital del departamento, se verificó el 5 de octubre del mismo año.

Anoche la ví. Estoy seguro de que es ella.

La primera vez la encontré en el Café Cádiz, pero huyó al intentar aproximármele. Todos mis intentos para localizarla fueron inútiles. Por eso volví. Tenía la esperanza de que se tratara de una alucinación; confiaba en haberme engañado. Pero ya no tengo la más pequeña duda. Celina estuvo cerca de mí. Anoche, en esa horrible casa del barrio Martín Pérez. Escribía. Lloraba, tal vez. Cuando me vio empezó a gritar, y me trajeron al centro de la ciudad en un carro de la policía.

Es absurdo todo esto. Pero es cierto.

Celina llegó a San Juan del Alba el 16 de enero de 1954. Su aparición marcó una época; así como marcaría otra, pero nefanda y tenebrosa, su partida.

Celina vivió hasta sus dieciocho años en el Llano, en una fundación del capitán Ramiro Franco. Este mismo la llevó hasta San Juan, para que cuidara de sus padres. Don Anselmo estaba muy enfermo. Fue un viejecillo insignificante, gris, que desaparecía bajo la mole de doña Jacinta. Ella lo planeó todo. El

llevó a su casa al anciano millonario y le vendió a Celina.

¡Cómo me hostigan los recuerdos! Casi los oigo aullar, abalanzarse sobre mí como una jauría diabólica. Los creía sepultados para siempre, pero al verla (¿es ella?) salen a flote, me dominan, me acucian.

El mismo día de la llegada de Celina a San Juan del Alba, todos los muchachos estábamos enamorados de ella: Miguel, Antonio José, Alonso, Carlos Francisco. Y yo.

Yo era un muchacho tímido, torpe para el baile y para los piropos. Mis primeros poemas habían empezado a aparecer en los periódicos de Bogotá. Los compañeros de colegio se burlaban de mí, y los profesores me daban golpecitos en la espalda, como consolándome. “Está loco”, decían. “Le ha dado por escribir versos”.

El día de la llegada de Celina, un periódico de la capital publicó uno de esos poemas: *Carta para una novia imaginaria*. No he podido olvidarlo. Tal vez carece de valor artístico. Pero mi memoria lo conserva, quizá porque estuvo tan ligado a ella: “Alza los ojos hasta el cielo de la llanura desolada, y mira cómo se derrumba toda la tarde en tu mirada”.

Pocos días después estábamos enamorados. Yo vivía solo, rodeado apenas por el afecto convencional de mis tíos. Toda mi capacidad de ternura quedó enfocada hacia Celina. Entró en mi espíritu de una manera tan absoluta que comprendí que lo demás carecía de valor, y que estaba destinado a amarla siempre.

Celina se casó el 20 de mayo de 1954. Los desconchados de la pequeña iglesia desaparecían bajo las azucenas. Don Jacobo Cortés le colocó

la argolla con dedos temblorosos. Sin duda el viejo quería hallarse solo con ella, porque la fiesta terminó pronto. Su sed de muchos años esperaba saciarse en esa fuente plena de juventud y de vida.

Esto de recordar es algo grave. Los hechos pasan, pero nos dejan un lastre, digamos un ancla pesada, que en ocasiones puede arrastrarnos al fondo oscuro. Y no podemos luchar contra nosotros mismos. Estamos amarrados a nuestra propia realidad.

La familia de Celina estaba al borde de una quiebra definitiva. El único que tenía dinero y que sabía cómo administrarlo, era su tío, el capitán Ramiro Franco. Pero todo se le iba en las mejoras a "Macolla de Guafa", y en sostener a dos centenares de ex-guerrilleros que después de la pacificación del Llano se quedaron con la costumbre de vivir a sus expensas. Doña Jacinta resolvió casar a Celina con Jacobo Cortés, un viejo ricacho de San Juan del Alba. Tenía sesenta y tantos años, y dos millones de pesos.

Fueron vanas nuestras tentativas de lucha. Me ayudaron todos los amigos y las chicas de la edad de Celina: Rosalba, Sonia, Luz Angela... Pero ella tenía un miedo horrible a la madre. Había crecido también sola, sin cariño. Doña Jacinta la manejaba sin escrúpulos. Y la obligó a casarse.

La noche anterior a su matrimonio, y después de mucho tiempo de silencio, Celina me escribió una esquila llamándome. Hicimos el amor con hambre, con atropellamiento, con ternura.

El 19 de mayo de 1954, a las 10 en punto de la noche.

El primero de junio siguiente, don Jacobo fue hallado muerto en su cama. Al otro día se supo que

Celina había colocado arsénico en un vaso de limonada, y que todas las pruebas estaban en su contra. Por la tarde, dos detectives la condujeron a la cárcel municipal de San Juan del Alba, donde debía esperar que terminara el plazo investigativo para responder ante la justicia por su delito.

No se justificaba. Celina no ha debido envenenar a don Jacobo. Había otros medios de vengarse. Más elegantes, menos peligrosos.

Todavía recuerdo las agobiantes sesiones de la audiencia. Y la cara huesuda y azulosa del perito enviado por el Instituto de Medicina Legal: "La muerte se produjo por envenenamiento. El veneno usado fue arsénico. No hay, al respecto, la menor duda. Tanto el estado general del occiso como los residuos hallados en las vísceras, así lo demuestran. Y otra cosa: las únicas huellas que se encontraron en el vaso fueron las de la señora viuda, y hoy acusada, Celina Franco".

Ella termina de pagar su pena el 2 de junio de 1978. Dentro de 14 años. ¿Pudo fugarse de la cárcel? ¿O es una muchacha parecida, con sus ojos, su misma voz, su risa?

Encontramos a la acusada Celina Franco viuda de Cortés, culpable de asesinato, con los agravantes de premeditación, de alevosía y de indefensión de la víctima.

Cuando se supo el veredicto, doña Jacinta empezó a enloquecer. Después de que se hizo pública la sentencia por la cual se le imponían a Celina Franco veinticuatro años de presidio, don Anselmo se ahorcó, colgándose en una de las vigas del comedor. El capitán Franco se llevó a la vieja para "Macolla de Guafa", y poco después yo abandoné la casa

de mis tíos, dejé mis amigos y mis sueños de San Juan del Alba y me vine a Bogotá.

Anoche pude averiguar que Celina y su amiga, una costeña grande y morena, vienen de Sogamoso y están buscando trabajo aquí. Después la localicé en la casa del Martín Pérez. En la pieza número 8. Su cara resaltaba bajo la luz de la lámpara. Estaba escribiendo, tan ensimismada que al principio no se dio cuenta de mi presencia. Cuando oyó un ruido en la puerta, alzó la cara. Es ella. Una mirada como la suya no se olvida jamás.

Ahora vuelvo a mi hogar, al círculo que me corresponde. Juegan los niños en la sala, se persiguen, se enlazan. Recuerdo la tarjeta que me mandó el 19 de mayo. Su letra apretada, inconfundible. La guardé mucho tiempo. En una de mis noches bohemias, cuando empezaba a meterme a codazos en los círculos literarios de la capital, la rompí.

Pero los recuerdos no pueden romperse.

Grisela me mira en silencio. Sus ojos están cargados de reproches pero sus labios no se mueven. Los niños, ahora sentados en mis rodillas, arman una risueña algarabía. El mayor me cuenta historias, me habla de las vocales, de los números; el más pequeño apenas dice palabras difícilmente comprensibles.

Ha empezado a llover.

Por este tiempo las lluvias se desatan con frecuencia sobre la sabana. Los ríos se desbordan, y los barrios del Sur se inundan. El trabajo de los bomberos, que acuden en auxilio de los damnificados, se multiplica. Todos los años ocurre lo mismo: tragedias, niños ahogados, casas derruidas por la furia incontenible del agua. Después, cuando empiezan los meses de verano, las familias pobres que viven

en los suburbios vuelven a levantar sus chozas, para que un año más tarde, con una precisión casi cronométrica, el agua las derrumbe nuevamente.

La lluvia principia con una apariencia amistosa. No importa que el cielo gris oscuro tenga aspecto adusto. El agua cae, redonda y pura, y musicaliza los árboles de las avenidas; sacude las corolas en los jardines y da brillo a la yerba. Pero después se vuelve incontenible y furiosa. Golpea los gajos hasta dejarlos casi desnudos; hace verdaderos ríos en las cunetas, y se pelea las bocas de las alcantarillas, en remolinos donde flotan papeles y hojas. En el Sur, donde las calles son de tierra, forma inmensos charcos que dificultan la entrada de los vehículos de socorro. Los ríos, mal canalizados, son insuficientes para contenerla, y se desparraman por las callejas, se meten a las casucas miserables y arrastran los trastos de cocina, el catre endeble, los asientos aligerados por el comején.

Estos pensamientos me llevan a recordar a Celina. El barrio Martín Pérez es uno de los más ásperamente castigados por las tormentas. Centro de atracadores y de prostitutas, refugio irreductible del hampa. Junto a los perseguidos por la justicia se multiplican las familias pobres, que no pueden buscar un albergue distinto o acercar sus viviendas al centro de la ciudad. Niños raquíticos, gozques esqueléticos, montones de basura. Y, no lejos, el río, con sus aguas turbias y malolientes; el riacho que recoge todas las venas de las alcantarillas, y que cuando las tormentas azotan la sabana crece, ruge como un monstruo atado, brama y echa espumajos de rabia, para romper por fin su cárcel y salir, enloquecido, al asalto de cuanto encuentra a su paso.

Recuerdo el libro donde Celina estaba escribiendo.

¿Su diario? Quizá. La manera de apretarlo contra su pecho, como defendiéndolo, indica el valor que tiene para ella. ¿Qué ha ocurrido desde septiembre de mil novecientos cincuenta y cuatro cuando la condenaron a veinticuatro años de presidio? No creo que le hayan conmutado la pena. Recién llegado a Bogotá, cuando estaba aprendiendo a corregir pruebas en el periódico, ví casualmente la noticia de que la Corte Suprema se había negado a invalidar la sentencia del Tribunal Superior de San Juan del Alba, que confirmaba la de primera instancia, en la que se aplicó a Celina Franco Valdivia la pena máxima. ¿Entonces, pudo fugarse del presidio? ¿Y quién es la mujer morena que la acompaña? ¿Qué viento la empujó hasta los burdeles de Sogamoso? ¿Por qué se vino a Bogotá? ¿Es ella?

Esto es enloquecedor. Sonríe, miro a Grisela como suplicándola que me perdone por estas dos escapadas consecutivas, soporto la charla de los niños, pero mi pensamiento está lejos. Lejos. Ya no en San Juan del Alba, sino en la casa miserable donde vive Celina, en su alcoba malamente iluminada por una lamparilla azul, en el cuaderno que escondió junto a su seno marchito cuando me vio. Sí, tiene qué ser ella. Su impresión al verme la delató por completo.

Llueve. Arrecia la ira del agua. El huracán baja de Monserrate y doblega los árboles. Los truenos furiosos asustan a los niños, que se agazapan contra mí. Grisela ha empezado a desterrar de sus ojos el gesto de cólera, y lo reemplaza por uno de conmiseración y de ternura.

—Las noticias son alarmantes —dice mi esposa—. Hace muchos años no caía sobre Bogotá una tormenta semejante.

—El martes es un día malo —comenta la criada, santiguándose.

La música de un vals vuela como una mariposa por el aire. Grácil, se detiene un instante y reanuda sus giros circulares. De pronto se interrumpe. Luego de una propaganda convencional, el locutor, con una voz de circunstancias, difunde la noticia:

—Las inundaciones están haciendo estragos en el Sur de la capital. A los bomberos se han sumado unidades del ejército y la policía, para iniciar la evacuación de los tugurios situados en las afueras. El barrio Martín Pérez ha sido declarado en emergencia, pues las aguas del río Bogotá, fuera de cauce, imposibilitan la labor de rescate.

Después se reanuda la música.

¡Martín Pérez! ¡El barrio donde vive Celina!

Tengo qué ir. Lo demás no interesa. Debo salvarla, ahora. Y si es posible, ayudarla para que no acabe de sacrificar su juventud. Diez años son bastante castigo por la muerte de un miserable. Moveré todas mis influencias, le conseguiré dinero, si es preciso, para que viaje al exterior. Que pueda ser feliz, que tenga una cuota de dicha en este inmenso banquete de amargura.

Después de caminar tres cuadras, llevo el abrigo empapado. La lluvia me ciega, ondula ante mis ojos como un huracanado trisal de plata.

No hay un solo taxi. Pasan carros oficiales con soldados o policías, y las ruedas veloces arrojan contra las aceras plumas gigantes de agua turbia.

De pronto alcanzo a divisar un taxi, y me coloco en la mitad de la calle agitando los brazos. El frenazo suena como un clarín, y el carro tuerce su rumbo. Una cabeza congestionada por la ira se aso-

ma por la ventanilla, y me grita una grosería. Cuando me acerco, el chofer esgrime un destornillador.

—Cálmese —le digo—. Necesito una carrera. Es urgente. Tengo un familiar en peligro.

—Y yo tengo a todos los míos ahogándose. —Y añade otra vulgaridad, al tiempo que intenta dar marcha al vehículo.

—Voy al Sur —le digo.

—Súbase entonces, carajo. Maldita sea el agua, malditas sean estas autoridades imbéciles que solo embellecen los barrios donde viven los ricos. ¿A dónde diablos va?

—Al Martín Pérez.

—Lo dejo cerca. Yo voy al Tunjuelo. Este maldito radio se dañó. Cuando uno está de malas, hasta los perros...

Saca la cabeza para ver el camino. La lluvia es tan fuerte, que el limpiabrisas no alcanza a despejar el vidrio. Pasamos como un bólido por las desiertas calles del centro y tomamos rumbo al Sur.

A medida que nos acercamos a los límites de la ciudad los carros se multiplican. Avanzan trabajosamente por las angostas calles invadidas de barro, de gente que huye, de niños en desbandada. Hay ambulancias, radiopatrullas, y se divisan a lo lejos los carros rojos de los bomberos.

—Esto es el fin del mundo. El cielo vomitando su bilis sobre nosotros —dice el chofer, y detiene su automóvil—. Hasta aquí amigo. Y no me debe nada. Ojalá no se me hayan ahogado mis muchachitos, ¡maldita sea!

La lluvia ha disminuído. Ahora es una llovizna casi inofensiva. Pero las calles están intransitables. Más al Sur, se oyen las sirenas y las campanillas de las ambulancias. Como si flotaran en una laguna

turbia y agitada, se divisan a lo lejos las primeras casas del barrio Martín Pérez. Allá debe estar Celina, ahogándose en el agua sucia del río Bogotá, rota arteria atiborrada de excrementos. Allá, en el prostíbulo, esperando que la muerte la redima de su amargura. Después de diez años de cárcel, ahora es libre para entregarse en las garras de la Todopoderosa, de la Invencible.

Mi abrigo me pesa. Está húmedo. Me despojo de él y lo tiro. Dos hombres se lo pelean, agarra el uno de una manga, el otro de la otra, gritan, blasfeman, caen entre el barro, desaparecen. Me meto en los charcos. Quiero correr, pero la gente viene en sentido contrario. Me insultan, me hacen ademanes de amenaza, me empujan. Caigo, me levanto, continúo, avanzo a golpes, a gritos. Ahora el agua es más profunda. Me llega a las pantorrillas, me ata los pies como un lazo. Maldigo, recuerdo todas las groserías que había olvidado, imploro, trato de llamar a mi mente las oraciones que me enseñó mi madre. Gimo, siento que se me van a salir las lágrimas, me limpio la nariz con la manga del saco y me queda en los labios un sabor a podredumbre. Estoy lleno de barro, por completo. De ese fango fétido e insoportable, que cuando cese la lluvia se convertirá en una costra nauseabunda.

Encuentro con dificultad la calle. Veo, lejos, la casa. El agua se agita, se encrespa como un pequeño mar de olas furiosas. Trozos de muebles, listones, puertas, flotan a la deriva. Se oyen gritos, lejos, a mi espalda. Ahora la soledad es casi completa. Un carro está estacionado frente a la casa de la Pulgabrava. Cuando pasa a mi lado me baña en lodo. Me limpio la cara con las manos, y logro distinguir nuevamente la calle. Algunos bomberos rezagados

abandonan el burdel. Uno de ellos me detiene.

—¿A dónde va?

Hago un ademán colérico para zafarme de su mano, y caigo al agua. Me levanto y grito.

—¡Maldita sea! —exclama el bombero, cubierto por un impermeable negro, calzado con botas altas—. Es peor cada año esta lluvia hija de perra.

—A esa mujer la asesinaron —comenta otro, mientras me alejo—. Que me corten la cabeza si no.

—¿Dónde? —pregunto—. ¿Dónde?

—Encontramos en el burdel una puta muerta, y éste cree que la envenenaron. Con esa vida que se dan las...

•Urge la sirena, desde lejos. Los hombres se marchan y me quedo parado, quieto, estupidizado. Después avanzo con mayor fuerza hacia la casa. El agua me llega a las rodillas. En el patio, apenas a los tobillos. El estante del bar está volcado, y unas botellas rotas llenan de vidrios el pasto amarillento que a trechos se divisa, cuando el viento agita el agua. Todas las alcobas están vacías. Veo en la puerta verde el número 8, casi borrado. Entro. No hay nadie. Los catres solos, sin colchones, sin cobijas. Una mesa volcada en un rincón. La pequeña cómoda con los cajones abiertos. La lámpara rota sobre el piso lleno de agua.

La mesa con las patas hacia arriba, parece un cadáver impúdico.

Abro el cajón. Y encuentro el libro.

La pasta color caoba. Cosido con dos ganchos metálicos. Tal vez ciento cincuenta hojas. Cuando lo abro, reconozco la letra prieta e inconfundible de Celina. La misma de su escuela. Páginas en blanco. Después cartas. Más adelante algo como los frag-

mentos de un diario. Tengo miedo. Es su alma desnuda. Es ella. Es la verdad.

El agua va desapareciendo lentamente por las rendijas del tablado. Apenas tapa mis zapatos. Afuera, ha vuelto a llover con fuerza. Los truenos braman sobre los tejados y los árboles. En las paredes de la alcoba se ve la huella dejada por el agua. Un metro. La humedad borra la pintura, hace grandes e irregulares desconchados. Casa de adobe. De tierra pisada. Como las de mi pueblo.

El viento grita. Un golpe de agua sucia entra por la puerta de la calle, inunda el patio y se mete a las alcobas vacías. Alcanza a llegar hasta aquí. Paro la mesa sobre el piso y me siento encima. Me quedan colgando los pies en el vacío. De mis zapatos cae un agua turbia y tibia.

Abro el libro, otra vez. Es una profanación. ¿En dónde estará ella?

La curiosidad es más fuerte que cualquier otro sentimiento. Mientras llueve, empiezo a leer.

Son cartas. La primera tiene, arriba, una fecha:

Diciembre 24, 1955.

Y empieza así:

Fernando:

Capítulo Segundo

Celina

He resuelto escribirte intentando llenar este vacío abrumador. No importa que estas cartas no conozcan la luz ni viajen hasta tus manos. Me bastará leerlas y hacerme la ilusión de que tienen algo tuyo.

Es Navidad. Pero la alegría que llega a mi cuarto me produce dolor. En el primer patio las que se encuentran recluidas por delitos leves o a punto de cumplir su condena, cortan festones de colores.

Hace un año, seis meses y veintidós días que estoy presa. Las esperanzas que a través de este tiempo me infundieron los abogados se murieron del todo. La Corte Suprema no casó la sentencia del Tribunal y mi pena quedó confirmada en veinticuatro años.

Es tan horrible que de tanto pensarlo ya casi no me importa. Estoy muerta, enterrada en un ataúd colectivo.*

Los días son iguales. A las seis suena la campana. Nos levantamos y hacemos cola para bañarnos. Los inodoros tienen un hedor insoportable que produce náuseas. Pero a la que vomite la ponen a limpiarlos. Ahora ya casi no siento el olor. Me lavo y evito verme en el espejo. Me miraré cuando salga de la cárcel dentro de veintitrés años, con la cara arrugada, el pelo blanco, sin dientes ni ilusiones.

Nos dan el desayuno y nos devuelven a los cuartos. Vivo sola. En las paredes de adobe hay inscripciones vulgares; dibujos toscos de hombres y mujeres que hacen cosas tremendas. Aquí permanezco

encerrada hasta las doce. A veces nos dejan salir para lavar la ropa de la cama o la nuestra. En ocasiones nos dan trabajo: costuras casi siempre. Remiendos para la ropa de la gente pobre. De la gente inmensamente millonaria porque posee la riqueza de la libertad.

Almorzamos. El sol es una bendición cuando de tarde en tarde se asoma sobre estos caserones desmoronados. Pero no se puede coger en las manos, como el agua, para traer un poco al cuarto. Se queda afuera y aquí se hace más oscuro y más triste.

Hoy he sabido que a todas las que tenemos que pagar una pena de más de quince años nos trasladarán el dos de enero a una de las cárceles de Bogotá. Será un simple cambio de ataúd. Inútil protestar. Aquí el individuo queda anulado por completo. Es un gusano, un parásito. La sociedad lo soporta como una de sus inevitables llagas.

Quinientos sesenta y dos días. No se puede evitar contarlos. También sé los que me faltan para salir: ocho mil setenta y ocho, 8.078. Sin contar los años bisiestos. Haciendo un simple cómputo matemático.

Te escribo todas estas cosas como si de verdad fueras a leerlas. Como si por un mágico poder mi carta lograra salir de la cárcel y llegar a tu casa en San Juan del Alba. Ese pueblo en el que desembocó mi juventud desde mi llanura querida; y en donde

Ya casi no veo para escribir. Pongo tu nombre:

F e r n a n d o

Miro el renglón donde ha quedado y me parece hermoso. Aquí escribo:

te quiero

y me gusta más.

¿Es un pecado vivir de tu recuerdo? ¿Verdad que no te enojas por todo esto? Soy una presidiaria. Una de las peores. Me miran con horror y las reclusas se alejan de mí como si portara un microbio terrible. Las mujeres que nos vigilan son feroces. Me imagino que tienen hogares desgraciados y que vienen a verter en la cárcel toda la hiel de su fracaso.

No he debido escribir esto porque pienso en mi casa.

¿No te disgusta que te ame?

Apenas puedo ver. Aquí termino mi carta. La guardaré bajo el uniforme, sobre mi piel, como si fuera una caricia tuya.

Enero 1/56

Fernando:

He leído mi última carta y pienso que podría contarte muchas cosas. Quizá tengas una idea falsa de la verdad. ¿Pero qué es lo cierto y qué es lo ficticio en mi vida? Hubo una época trágica en que estuve a punto de volverme loca y en que ni yo misma sabía cuál era la realidad. Ahora la tormenta entró en un período de calma definitiva. He terminado por renunciar a todo y puedo examinar los hechos y valorarlos serenamente.

Podría aclarar tus dudas. Pero a lo peor tú no las tienes. Crees ciegamente como los otros. .

El pudo vengarse. A mí no me ha quedado ninguna posibilidad de hacerlo.

¿Cómo logró imaginar una farsa tan perfecta, tan diabólicamente indestructible?

De todo esto querría escribirte, Fernando mío. Muchas cartas. Tántas, que tardarías semanas en leerlas. ¿Pero si no las vas a recibir para qué desnudo mi alma? ¿A quién va dirigida mi confesión?

“Resígnate, hija mía, y espera en la justicia divina”. Lo oí tres veces en el mismo tono incoloro, mecánico. Después opté por no contarle más. Solo para tí volvería a relatar esa pesadilla. Pero si me escucharas. Si pudieras leer esto que te escribo.

Hoy nos dieron instrucciones precisas. Vendrá un carro especial para el traslado. Y diez guardianes. He olvidado la cara de los hombres.

Somos doce mujeres. A unas las conozco. Otras están recién llegadas de distintas cárceles municipales.

Le digo adiós a esta ciudad fría y gris. Desde mi nueva residencia volveré a escribirte; si puedo, como aquí, conseguir unas hojas en blanco. Hasta entonces, Fernando. Y por favor, recuérdame un poquito. Un minuto, siquiera, en cada uno de los meses de tu vida.

Abril 16/56

No empiezo la carta con tu nombre. No sé cómo podría escribirlo sin que me temblara la mano de angustia. Esto es horrible. Antes, había terminado por adaptarme a la vida de la cárcel. Pero aquí todo resulta diferente.

Llevo casi cuatro meses y no he podido acostumbrarme. En el primer período de mi encarcelamiento me incomodaba la soledad, pero ahora me molesta la compañía. Vivimos cuatro reclusas en la misma celda. Si intentara describírtelas no sería capaz. Quizá más adelante en otra de mis cartas. Gracias a Leticia tengo papel suficiente. Ella es una de las compañ

Tuve qué dejar la carta sin terminar esta mañana porque nos llamaron al patio. Nos hicieron formar y después la esposa del Ministro de Justicia nos miró con una especie de compasión irónica. El capellán de la cárcel (ese que me dijo tres veces como un disco "resígnate hija mía") habló mucho. Oí algunas de sus palabras. Cuando regresábamos a las celdas después del ceremonial se formó una pelea tremenda. Una mujer de otro de los cuartos se abalanzó contra Leticia y le rasgó la cara con las uñas. Se gritaron cosas tremendas. Ahora sé por qué Leticia es así conmigo y tengo miedo. Me mira desde su cama. A la otra presa la mandaron al calabozo después de darle una buena ducha con la manguera de lavar los patios.

Había pensado contarte mis cosas, pero se me han quitado las ganas. No vale la pena. A lo peor me muero de repente y me encuentran todo esto sin que haya tenido tiempo de destruirlo. No importaría, tal vez. Nada te compromete salvo mi amor inmenso.

La celda tiene una luz aceptable. Las condiciones generales no son malas. La disciplina es más rígida, pero se presta a mayor número de violaciones. Afuera, rodeando los murallones, y en las garitas de vigilancia, hay guardianes. En el interior solo mujeres. Van bien armadas y tienen apariencia de luchadoras o de gorilas.

Dentro de nuestra sección tenemos una mediana libertad a determinadas horas del día: por la mañana cuando vamos a lavarnos; en el momento del almuerzo o de la comida; y también en ocasiones especiales, como cuando se lavan los corredores y el piso de las celdas. Sin embargo la vigilancia es

extrema. No se permiten los cuchicheos. Cada presa puede hablar solo con las compañeras de cuarto.

Hay una enfermería buena. Algunas tragan jabón para que las lleven como enfermas de cólicos. Dicen que las camas son blandas y abrigadas y que las enfermeras y las monjas son solícitas y humanitarias.

Te contaré algo de mis compañeras. Ya te escribí de Leticia. Es morena, rolliza, fuerte; no se deja dominar y grita cada vez que le provoca. Insulta a las vigilantes; pero, cosa rara, ellas la quieren y la toleran. Por eso le consiguieron, este papel, que vino a regalarme muy atenta y muy buena. Ahora he oído cosas. ¿Pero de qué me puedo asustar? ¿No he pensado mil veces que estoy muerta, que camino por entre las otras almas llagadas del purgatorio y que debo aceptarlas sin replicar?

Leticia y yo ocupamos un costado de la celda. Una pequeña mesa metálica enclavada en el suelo separa nuestras camas de las otras dos. Parece que la mesa fuera un límite infranqueable. Ellas nos hablan en ocasiones, o nos insultan. Hasta ahora no había entendido el significado de muchas de sus palabras, de sus bromas, de sus ademanes. Empiezo a comprenderlos y me domina un asco profundo, un temor insensato.

Juliana está condenada a quince años por haber matado a su hija. Es una historia turbia que conozco a medias.

Lilia vino del Llano. Me gustaría hablar con ella, pero es vieja y me mira con odio. Hace cinco años está pagando una condena de dieciocho.

Leticia es la más enigmática. De lo que se le escapa, y sobre todo, de los insultos que le prodigan Lilia y Juliana, sé que se asoció con otra mujer

para matar a su marido. Está recién llegada de Cartagena y debe pagar veinte años. En este pabellón nos tienen a las presas más peligrosas y a las de más larga condena.

Ya sabes algo de ellas. Ahora te hablaré de los muebles.

Son cuatro catres metálicos clavados en el suelo, como la mesa. Un colchón duro, dos cobijas con la marca "Cárcel Superior de Mujeres". Para cada una un plato y un vaso de aluminio. Y una cuchara.

Las paredes de cemento son relativamente limpias. Leticia y yo hemos borrado las inscripciones groseras de nuestro lado. Las otras dos no se preocupan y a veces se ríen leyendo los letreros obscenos.

La puerta enrejada da al corredor general. La reja cubre solamente la parte superior, porque en la inferior es cerrada por completo. El hierro se vé oxidado y aun cuando nos obligan a limpiarlo con jabón arenoso no se le pueden quitar las manchas amarillas.

Los domingos hay misas, una en cada uno de los patios, a diferentes horas. Una vez al mes nos confesamos y comulgamos. La confesión no es obligatoria, pero casi todas van para aparentar que son buenas y mansas. Esto lo he comprobado últimamente y por eso el mes pasado no me confesé. Además, puedo contártelo, tengo cierto remordimiento. Asisto a la capilla como un bulto, como un trozo de palo. Indiferente por entero. He perdido a Dios. Si somos hechura suya no puedo comprenderlo. Sobre todo después de ver todo lo que he visto.

A veces nos obligan a trabajar. Esos ratos son maravillosos, porque cosiendo o lavando una se entretiene. En cambio el ocio es tremendo. ¿Te imaginas, encerradas durante horas y horas en la celda,

las cuatro, mirándonos, diciéndonos sarcasmos, o insultos, reprimiendo apenas el deseo de golpearnos por miedo al calabozo? Esos días se me hacen interminables. Y las noches son peores. Se oyen gritos, risas, maldiciones. Es como si estuviéramos en una casa de locas. Algunas se desvelan y no dejan dormir a las demás, aullando como perras y desesperando a las vigilantes. Son maullidos como los que lanzan los aragatos cuando ven sobre el cielo del Llano el incendio de la madrugada.

He gastado ya tres hojas de papel. Tú conoces mi letra, apretadita, gruesa. Te escribí una escuela esa noche. Esa. Tal vez un día

Me gritan. Lilia está siempre tratando de asustarme. Leticia vuelve por mí y le dicen una grosería tremenda que me ruboriza.

Todo lo escribo, ¿ves? Como si un día me leyeras.

Como si

Tengo qué terminar. Se oye la campanilla que ordena silencio y sombra. La encargada de vigilar este sector pasará ante las puertas gritando insultos y amenazas para que apaguemos la luz. Me queda un minuto para escribirte esto. Para decirte algo, pero no sé. Estoy en el infierno. Exactamente en el centro del infierno. Y todavía debo permanecer aquí veintidós años.

Abril 18/56

Fernando:

Ayer nos pusieron a lavar montones de ropa, que nos mandaron del ancianato vecino. El jabón y el agua me dan alegría. Me duelen las manos y por eso no pienso escribirte mucho.

Había resuelto contarte hoy unas cosas que es bueno que sepas. No quiero que te formes una idea

errónea de mí. Es preciso que te aclare mi proceder y lo haría si no tuviera los dedos tan cansados. Apenas puedo sostener el bolígrafo. Tengo miedo de que se acabe la tinta y por eso miró todas las mañanas el tubito de plástico. Hay bastante. Cuando le conté mi inquietud a Leticia, me dijo:

“No seas bobita, yo te consigo otro y todos los que tú quieras. Si te sonries un poco nada más”.

Algo así. Tengo una memoria bastante mala para las cosas inmediatas. Quizá porque las pasadas me pesan tanto.

Dentro de poco sonará el timbre para indicar la hora del almuerzo. El ruido se hace ensordecedor. Rechinan las cerraduras, los goznes chillan carcomidos por el óxido y los gritos de las presas corren por los pasillos oscuros y salen a los patios en donde a veces hay sol. Cada una debe llevar su plato, su vaso y su cuchara, o de lo contrario no le sirven. Se pelean. Muchas parecen perras hambrientas. Yo apenas levanto la cabeza del plato, como ligero y en silencio. Después nos hacen rezar una *Avemaría* y nos regresan a las celdas.

Ya volveré a escribirte para contarte todo lo que debes saber. Tú más que nadie. Más que yo misma. Esta noche. Todavía tengo papel y lo llenaré para tí con esta tinta azul oscura sangre de mi alma se oye el tim

Abril 25/56

Fernando:

Todos estos días estuve con deseos de escribirte, pero nos tocó trabajar fuerte. Nos trajeron más ropa, esta vez para remendarla. Me dolían los ojos por la noche y sentía los dedos casi dormidos, por completo inútiles.

No sé cuánto tiempo resista. La vida se me hace cada vez más difícil. Generalmente se vive porque se espera algo, porque se cree en alguien. Yo no puedo creer en nadie y además este es el sitio en donde se termina la esperanza.

Por eso es tiempo de que te lo cuente. Si a veces la verdad te parece casi monstruosa, acéptala. Los mayores absurdos pueden tener una explicación.

Principiaré en orden. Tengo todo el tiempo que quiera porque me encuentro sola en la jaula. Las tres compañeras están lavando los inodoros de este patio, pues ayer volvieron a tener un agarrón miedoso.

El diecinueve de mayo fue para mí un día terrible; extraordinariamente feliz, pero al mismo tiempo inmensamente trágico. El veinte en la mañana debía casarme con Jacobo. Obedecía ciegamente las órdenes de mi madre, pero me había trazado un plan: solamente de nombre sería su esposa; no permitiría que me tocaran sus dedos, que sus labios intentaran besarme. Por eso, y para tener una mayor firmeza en mi propósito, decidí darte la más grande y definitiva muestra de amor.

Y te llamé. Lo demás lo sabes tanto como yo. Solo puedo decirte que fui feliz y que al lado del dolor de la entrega encontré sin transición el placer infinito de saber que era tuya. A un tiempo vibraron mi espíritu y mi carne. Ese momento bien vale la pena de una vida como esta que no es vida en realidad sino frustración y tinieblas.

Después de que te marchaste entré a la casa. Mi madre me esperaba con el ademán adusto que caracterizaba sus momentos de profunda cólera, y que yo conocía tan bien. Mi padre estaba dormido. No contó nunca para nada, excepto para traernos

al mundo. Y aún en esto creo que obró como un simple auxiliar manejado por la voluntad dominante y terrible de mi madre.

Se lo conté todo. Pensaba que, sabiéndolo, no sería capaz de continuar con la farsa de mi matrimonio. Pero consideró que debía formalizar mi unión con Jacobo cuanto antes, no tanto para tapar mi falta sino por asegurar contra cualquier riesgo futuro el capital del viejo.

¿Irreverente? Espera un poco. Después me darás la razón.

En la mañana del veinte de mayo mi madre me obligó a tomar una buena dosis de calmantes. Como una autómatas fui a la Iglesia y atontada contesté las preguntas del cura. Cuando reaccioné me ví en la casa de Jacobo. Me colmaba de atenciones, humillado ante mí, con los ojos brillantes y codiciosos. Sentí asco. Ese que no pude reprimir un solo instante durante nuestro breve tiempo de casados.

La primera noche fue una pesadilla. ¿Te imaginas el asalto furibundo de un viejo en las proximidades de la muerte, que reclama con hambre su último mendrugo de placer, por el que ha pagado poco antes dos millones de pesos? Por fin, cansada, le dije la verdad. Toda. Y cuando quiso ponerlo en duda le ofrecí demostrárselo. Quedó convencido y, creo ahora, horrorizado. Era un viejo fraguado a la antigua y no alcanzaba a comprender cómo una muchacha pueblerina era capaz de una maquinación semejante. Nunca creí que se pudieran decir a una mujer tantas vulgaridades como las que le oí esa noche. Desde las seis de la tarde cuando me encerró en mi alcoba, hasta las dos de la mañana, hora en que el sueño, la fatiga, la decepción o qué sé yo, lo vencieron sobre el diván.

Cuando amaneció yo tenía todas mis cosas preparadas para marcharme. Pero no me lo permitió. “¿Crees que con ir a la iglesia has obtenido mi dinero? Tendrás que vivir conmigo aun cuando solo sea para guardar las apariencias”.

Comprendí que estaba decidido a no permitir que me separara. Tenía las burlas de los vecinos. Sin tener a quién acudir, ante quién hablar, cedí. Separamos nuestras habitaciones y no volvimos a hablarnos.

Lo que urdió en esos ocho días fue algo diabólico. Ahora, después de tanto tiempo, puedo comprenderlo con certeza. Cuando se verificó la audiencia yo estaba atontada, idiotizada. No encontraba ninguna explicación lógica a lo ocurrido, no era capaz de hablar ni de pensar.

Esa noche, la del primero de junio, me pidió que le llevara limonada. Así fue como mis huellas quedaron impresas en el vaso. A la mañana siguiente amaneció envenenado con arsénico. El juez me detuvo. Tú ya sabes el resto.

Cuando no había remedio alguno para mi condena, cuando ningún recurso legal podía implorarse, me acordé nítidamente de las palabras con que me recibió en su alcoba cuando fui a llevarle el vaso con la limonada.

“Te has burlado de mí, Celina. Es la burla más cruel a que jamás fue sometido un hombre. Pero te juro que tu castigo será mil veces más grande. La tela de araña está cerrada a tu alrededor. Yo pierdo muy poco. Tú lo perderás todo”.

He estado recordando cada una de sus palabras, su manera de pronunciarlas, el ademán de su cara huesuda. No pude soportar su mirada burlona, su

injustificado regocijo, y salí cerrando la puerta. En ese mismo estado la encontré a la mañana siguiente.

¿Lo comprendes ahora? -

Es difícil de creer, ¿verdad? No pretendo justificarme delante de tí, Fernando mío. No pido perdón ni caridad. La justicia de los hombres me condenó a una pena inmensa por un delito que no cometí. La voluntad de Jacobo se ha cumplido. El supo planearlo todo en una forma indestructible.

Yo no hubiera sido capaz de hacerle ningún daño. Era un hombre viejo ya próximo a morir. Habría podido vivir con él como una hija, como una criada. Pero mi engaño desató su cólera y su venganza fue tan inmensa que resulta monstruosa.

"Yo pierdo muy poco. Tú lo perderás todo".

Para él representaba el sacrificio de unas semanas de vida. Para mí significaba todo.

Cuando salga de la cárcel, cuando la venganza de Jacobo se haya cumplido por entero, seré vieja.

Si en los momentos de la audiencia hubiera estado tan serena como ahora, ¿tú piensas que los jurados, que el doctor Peralta, que alguien, siquiera mi defensor, habría creído esta historia?

Por eso estoy aquí. Pago con mi vida los minutos de felicidad que pasé junto a tí.

Ya lo sabes. Quizá no vuelva a escribirte después de esta confesión. ¿Qué más podría contarte?

Cuando hablé con mi abogado le dije la verdad, pero él no me creyó. Además había olvidado una parte importantísima de los hechos: las palabras, más que de amenaza, de advertencia, que me dijo Jacobo la noche antes de su muerte. Por eso, quizás, mi defensor no puso un calor verdadero en sus frases. La conciencia del pueblo estaba en contra mía. En la cárcel de San Juan del Alba supe la muerte

de mi padre. Murió como vivió: de una manera insignificante y cobarde.

Está oscureciendo ya, Fernando. Hay un momento aquí, en que no se sabe si el día ha muerto. A eso de las cinco de la tarde las celdas se llenan de un color de ceniza. Todavía no prenden la luz, pero ya, afuera, el sol ha huído. Así está ahora. Apenas veo los renglones que va trazando mi bolígrafo. No te escribiré más. Ya he descansado. Aquí termina mi confesión. Si algún día me recuerdas piensa en mí sin rencor y sin amargura.

(¡Qué tonta! Escribo como si fueras a leerme).

Se oyen los pasos de las vigilantes y las risas de Juliana y de Lilia.

Hasta siempre, Fernando de mi alma. Hasta siempre.

¿Qué puedo hacer? ¿En qué invertir estas horas horribles, vacías?

Hace casi un mes que no trabajamos. Permanecemos echadas en la cama. Leticia a veces fuma. Tiene una amiga entre las carceleras. Una o varias. Es algo especial. En ocasiones las grita, pero ellas la toleran. En dos oportunidades ha salido por la noche y vuelve casi a la madrugada. En la habitación de la celadora se oyen risas durante el tiempo que Leticia permanece afuera.

Podría llevar un diario.

Es una idea.

b u e n a .

A B C Z Y X

No he olvidado la letra de imprenta con que hacía las tareas para mi tío Ramiro. El capitán Franco, el jefe guerrillero del Llano, el que se entregó con

sus hombres cuando el gobierno militar ofreció perdón y garantías para los amotinados.

*Armas y caballos
fusiles y gardenias.*

En el hato había hombres, muchachos. Como Danilo el de los ojos verdes, el que tenía un pequeño bigote negro y una piel de azabache. No es esa la palabra. Negra no, morena oscura como la de Leticia. Y unos brazos fuertes y musculosos. Ese que me seguía, que me espiaba.

No pude soportarlo. Se lo dije a mi tío y él lo echó de *Macolla de Guafa*. Pobrecillo, vagando por la sabana, perdido, por mi culpa, por mi grandísima culpa, mea máxima culpa, por ser mujer y ser bonita. ¿Se asombraría alguien si le dijera que era hermosa? No como ahora uniforme de rayas cabellos despeinados dientes sin cepillo sin perfumes sin sonrisas podridos como todo en la cárcel como así o asá allí o allá Macolla llave.

Llevaré un diario.

MEMORIAS DE UNA PRESIDARIA

Es un título ridículo. Mejor así:

OCHO MIL DIAS PRESA.

Eso me falta: 8.000. Algo más. Redondos. El ocho era el número de la suerte en la ruleta del Llano. Los potreros. Mi tío tenía ganado, mujeres, hijos. Yo aprendía a montar los potros bravos. Usaba pantalones de muchacho y camisa. Cuando me salieron los senos...

La censura. Esto no debe escribirse. Hay que tener pudor, hija mía. Tu cuerpo es una cosa sagrada, no puedes mancillarlo con tus manos. Pero si ellas también son mi cuerpo, padre, ellas son también, también son ellas, me pertenecen, los dedos, no se lo dije, pero mírelos, se mueven, corren por el pa-

pel, hacen mi diario, mi primera página. Han sido setecientos días de vivir entre mujeres, de escuchar sus pecados, sus comentarios, sus chistes, la añoranza de sus hombres. Menos Leticia, me da miedo.

Miedoooooooo.

o

Redondo barril sin fondo. Las vocales, decía mi tío Ramiro, son cinco.

Con la a empezamos el ala la alondra el alba la alabanza

Con la e se empiezan la esperanza la elegía la égloga

Con la i se inicia inicia y también inocencia infancia idea

La o es la que sirve para decir oración odisea odio

La u es una universo unidad.

No lo he olvidado. Me sentaba en sus rodillas y más allá de los corrales del hato el sol se acostaba sobre los esteros. "Mira, tío, las corocoras". Un día debían llorar sangre las garzas en todos los confines de la llanura. Sangre inocente. De hermanos, llaneros, centauros, guerreros.

Pongo orden.

Primero trazaré un margen. Luégo, decía la maestra, las narraciones se separan por párrafos y entre un día y otro se traza una línea. Es la raya del sueño de la inacción del descanso. No podemos vivir siempre escribiendo. Pero hay qué volcarnos del todo en un diario. Si no es mejor no llevarlo, hacer poemas, inventar fábulas.

Danilo las sabía muy hermosas. Pude tolerarlo hasta mis doce años, pero cuando vi que me estaba volviendo mujer y que me deseaba lo hice echar del

hato. Aún debe estar dando vueltas por la llanura buscando mi rastro mi rostro mi retrato.

Mío. Esto. Facciones. Tengo los pómulos salientes, las cejas pobladas, los ojos grandes y las pestañas largas. Y la nariz pequeña, como un pellizco en las mejillas. La nariz. Los labios gorditos. Bellos. Bellos, y el cuerpo. No como ahora. Como era esa noche, la única, en que pude saber cómo era el amor, la que ha servido de alimento a todos mis ensueños, la que alegra las horas grises de mi vigilia, de mi aislamiento.

Tu cuerpo es puro, hija mía, no lo manches, no goces con él, castígalo, ármate de un látigo y sacúdelo, golpéalo, ásalo a fuego lento, vete al infierno antes de la condenación definitiva.

Si voy a continuar así tendré que destruirlo todo. Pero no importa. Será grato después leerlo. ¿Después de destruído? Ea, loquita, ea. EA.

Hoy es qué día, no sé, es una hora, la tarde, viene la sombra nuevamente y las viejas guardianas gorilas encienden la luz, temen que se les gaste como si se vieran obligadas a pagarla con dinero de sus bolsillos.

Mayo veintiocho.

28. V. 56.

Cincuenta y seis, año cincuenta y 6. Cumplo veinte. Tengo noventa centímetros de busto, sesenta de cintura, noventa de caderas, mido uno con sesenta y ocho.

“Mi Celina es la reina del Llano. Mi Celina”, dijo el capitán Ramiro Franco montado en su caballo. Yo tenía dieciséis años. Era la muchacha más bonita en cien kilómetros a la redonda. Redondos eran mis senos, redonda mi ansiedad, mi juventud, mi esperanza. Ahora todo se ha reducido a líneas largas, ángulos obtusos difíciles disímiles.

¿Cómo se escribe la palabra diferente? Se empieza por la d, dedo dedal dédalo laberinto. Es la lección, vuelvo a tener siete años y espero mirando el horizonte. Baja el cielo hasta la tierra y crecen arriba flores blancas y abajo se desparraman los astros sobre los esteros, las palmas con sus dátiles de lumbré, todo bello perdido remotísimo.

Fernando:

Entre mi amor y tu ternura hay un abismo de silencio. La música de nuestra mutua esperanza puede cruzarlo, mas las cuerdas de mi arpa yacen rotas. Grita mi soledad y se alza como un mástil de pena, pero el mar está revuelto y la playa distante. En cada caracola hay un naufragio. En cada una de mis lágrimas un minuto de felicidad imposible.

Todavía puedo escribir. Hay que pulir el estilo, muchacha. Hay que tener el cuerpo puro, las manos diáfanas. Que en cualquier momento logren tocar el cielo, acercarse al altar, lavar la ropa sucia, palear excrementos, coser los remiendos en los calzones de los mendigos. Limpias, con la tinta del bolígrafo que se les pega, vamos, Juliana, cálmate, enciértrate en tu silencio, mata otra vez a tu hija, habla con Lilia, pregúntale del Llano para que te mienta, ella metida en un rancho, concubina de todos los patrones, ella que no pudo ver el Llano sino por el ojo de la cerradura porque la guardaban como carne de placer, carne de pecado y de vicio dice el libro santo, ese que el padre lee como de memoria, tus manos, hija, puras, con otra letra es una grosería, lo que serán todas cuando termine la jornada del mundo, cuando cuando, estoy cansada, en fin, lo llevaré luego, le pondré pastas nuevas ganchos de oro tinta de marfil.

Será un día como otro, igual al primero o al pe-

núltimo, al del juicio final, definitivo, tremendo, que nombra el capellán capilla isla.

Mañana. Siempre habrá otro mañana.

Julio 8/56

Esta madrugada se llevaron a Lilia para la enfermería. Le habían salido unos granos terribles en la boca. No podía comer. Se teme que se trate de una infección desconocida. Se habla de severos exámenes médicos y de una vacunación general. Quedamos tres solas en la celda. También sacaron sus cobijas para desinfectarlas. Esperamos a la nueva compañera.

*Una pobre mujer, perdida y sola,
sin una*

¿una qué? No, los versos no son fáciles para mí. Casi todos los chicos de la escuela hacían poemas; pero al crecer se dejaron de pensar en tonterías, se dedicaron a tocar el cuatro, a domar potros o a beber aguardiente. ¡Oh, Llano mío! dulce y maldito como los frutos del árbol de la ciencia, en el mentiroso paraíso de donde nos nació el convencimiento de que somos hechos de barro.

Julio 9/56

Anoche tuve una pesadilla horrible. Soñé que estaba con Jacobo en un ataúd de cedro. Olía a semillas. Su cuerpo, intacto, estaba muerto. Desnudo. Me abrazó y sus dedos esculcaron entre mis piernas. Luego, en lugar de él, encontré a mi madre besándome apasionadamente. Me desperté angustiada, gritando. Leticia se sentó junto a la cabecera de mi cama y estuvo mucho tiempo pasándome la mano por la frente. Después me besó en las mejillas.

Juliana decía groserías, pero no le hicimos caso. Siempre anda como loca.

Ahora debe llegar la nueva. Aquí todo se sabe rápidamente. Es una mujer algo zafada. Su estadía será corta, pues se espera el dictamen del Instituto de Medicina Legal de Bogotá para enviarla a un sanatorio. Esto es solo una cárcel.

A la guardiana no le puedo decir sino la guardiana o la gorila. No sé si tenga otro nombre. Casi siempre es la misma. Las escapadas de Leticia siguen. Son una o dos veces por semana. Al otro día tiene cigarrillos y dulces. Hay que saber ser mala, me dijo ayer. Y añadió: A veces son tan tontas las personas que te pagan para verte feliz.

No puedo entender algunas cosas. No hace falta.

Arriba está todavía el techo. Escribo cosas estúpidas. Tracatraca. Romperé estas hojas. O mejor las guardaré bajo mi colchón cerca de mi almohada, para que Juliana no me sorprenda por la noche y me las robe.

Julio 20/56

Esta mañana la loca empezó a cantar el himno nacional desde las cinco. Es inofensiva. Tiene la cabeza casi completamente cana. Permanece horas enteras sentada en el borde de la cama arrullando la almohada. Su voz es temblorosa y parece salir a golpes, a empujones.

Nos hicieron formar desde muy temprano en el patio.

Es el día de la independencia.

¿Qué significa independencia?

Libertad.

¿A quién se le ocurre celebrar la fiesta de la libertad en una cárcel?

Para arreglarme un poco me miré en el espejo. Siempre evito hacerlo pero hoy me fue imposible. Me causó cierto asombro verme. Me había forjado la idea de que tenía la cara huesuda y amarilla. Estoy un poco pálida, pero aún soy hermosa. Cada vez que lo recuerdo me estremezco. En la cárcel se aprende a vivir de pequeñas sensaciones. Hay necesidad de tener una ilusión cualquiera para evitar el pensamiento obsesionante del suicidio.

Nos dieron un almuerzo especial. Una tajada de mango me hizo recordar la fundación de mi tío Ramiro, cerca de Trinidad.

Por el parlante gangoso salió el himno costipado y todas permanecemos de pie hasta que se acabó el disco. Por la tarde hubo un aparente esparcimiento y se respiró un poco de alegría.

Ahora la soledad es más dura. Más notorio el silencio.

Septiembre 15/56

No tengo deseos de escribir y escribo. Dos meses. Casi. Cincuenta y cinco días, horas, un poco de minutos, saltos de la pequeña manecilla del relojjjjjjj. Tengo pereza de continuar con esto. Pero me sobran papel tinta y tiempo. Debo invertirlo en algo para evitar que me domine nuevamente la inercia. Soy un cuerpo muerto y floto en el vacío. Salto, giro.

Se llevaron a la loca. Una mujer pálida y silenciosa la reemplazó. Pasa los días enteros echada en la cama con los ojos cerrados como si durmiera. Nunca habla. Juliana, que en un principio estuvo hostilizándola, ha acabado por desentenderse de ella. A veces

Leticia trata de acercársele, pero no le contesta. Vive como una tortuga. Eso. Me gusta la palabra. Tenía una tortuguita pequeña en la finca de mi tío y la echaba a caminar en las orillas del Pauto.

El Pauto es un río muy hermoso. En el verano se hace chico, y una puede cruzarlo a nado, o caminando sobre la arena, agitando el agua alrededor para evitar la picadura de las rayas. En invierno crece. En ocasiones se riega por el Llano, hace inmensas lagunas en donde las garzas se multiplican como si cada pluma que cae de sus cuerpos en fuga fuera la semilla para una nueva flor. Miraba desde los corredores de la casa el cielo caído en el agua. Cielo gris, río azul. O lo recogía con las manos y lo metía en un frasco, pero el color azafirado se perdía.

(Esmeraldado no puede decirse. Azafirado sí. Suena bien hermoso bello. Suena. Como una flauta de colores).

Las cosas que han pasado son corrientes. Se vuelven costumbre. Las escapadas nocturnas de Leticia dieron motivo a que cambiaran a las guardianas. Ahora son dos viejas horribles con cara arrugada pelo cano bolillo listo. No ha podido volver a fumar. Juega con un rompecabezas que guarda en el seno, pero ya se sabe todos los trucos de memoria y cuando se cansa lo tira lejos, sobre mi lecho. Pasa un rato y viene hasta aquí a buscarlo y se está junto a mí, mirándome callada. No sé, pero sus ojos fijos me hacen acordar de ciertas cosas que quisiera olvidar. Cosas mías. De esas que no desearía escribir. Pero este es mi diario. Es mío. Lo llevo a todas partes. Me he ingeniado para hacerle a mi uniforme un bolsillo interior y allí guardo mis hojas. Son bonitas, les puse una pasta y las cosí con un hilo trenzado que hice poco a poco quitando hebras a las

cobijas de mi cama. Es un librito hermoso. Y es mío. Lo único que tengo en este mundo. No me pertenecen mi cama, ni mi vaso ni mi celda. El libro sí. Eso y mi cuerpo. Tus manos, hija mía, tus manos.

Juliana obtuvo un par de agujas de tejer y hace sacos para los niños de los orfanatos. He tenido deseos de hacer lo mismo, pero mis manos no me obedecen. Ahora me duelen al escribir. No hacen nada. Me da miedo mirarlas porque creo que les encontraré manchas. En las uñas, exactamente, unas huellas rojas, húmedas, amarillas, lilas. Lirios, corolas. Co ro co ras. Eran unas flores rojas en el follaje del viento.

ZYX. Zanilo, Yanilo, Xanilo.

“Mira cómo cae la tarde, Celina. Empieza a desprenderse como el telón de un teatro y a medida que descenden sus gasas se divisa el fondo plomizo del escenario. Salen las bailarinas oscuras con zapatos de lentejuelas y recorren toda la pista inmensa”.

Tío Ramiro, hombre a caballo, guapo y fuerte.

Mi padre escribió versos cuando joven y después se consumió. Hundido. Mi madre preparó el pantano. Nunca pensé que pudiera llegar a sentir odio por mis padres. Pero quizás es solo conmiseración. Por él, que no tuvo valor, que prefirió una fuga definitiva. Por ella que me impulsó a todo esto, a renunciar a mi vida después de dármele. (¿De dónde vine? ¿De dónde?).

No me mires, Leticia, déjame terminar esta página. Entre tú y yo existe un muro que no se vé, pero se siente. Tus ojos me recuerdan a los de Jacobo, esa primera y maldita noche.

Las gorilas taconeán duro. Quieren hacerse sentir. “Es necesario volver más drástica la disciplina. Los calabozos están listos”.

Soy sumisa, resignada. Me callo, espero. No hago ruido en el comedor, no doy gritos por la noche, no busco enemigas. Sin embargo me consideran una presa peligrosa. Es mi condena. Es la mancha de ese delito que me echaron encima los jueces y que no cometí.

Hay sombra, sombra. Afuera. Viene a meterse por entre las rejas. Se adelgaza, como humo, y de repente la estancia está llena de él, y no se vé nada. La mujer pálida extendida en su cama. Juliana teje. Leticia me mira y cuando nuestros ojos se encuentran me sonríe. Se mueven mis labios también. Se mueven. Mi mano se cansa. Dejo el bolígrafo, las hojas sin ter

Septiembre 22/56

Me levantaba bien temprano. A eso de las cuatro y media, cuando empezaba a pintarse el cielo del Llano de un tono raro, una sola palabra, un naranjatriste. Me sentaba en el corredor y aspiraba el aire que tenía olor a corral revuelto, a yerba pisoteada. El olor del Llano es inconfundible. (No más con llegar a él todo cambia. Los valores que establece la costumbre en las ciudades desaparecen y queda vigente la naturaleza con su poder, con la música de sus tormentas y la inmensidad de su horizonte).

Aun cuando lo había visto muchas veces, el espectáculo de la madrugada me parecía siempre nuevo y diferente. Ya era un celaje distinto, ya una palmera que se inclinaba sobre el estero al peso de las garzas, ya el canto de los alcaravanes, el grito de los turpiales en los moriches, los lejanos reclamos de los aragatos en la pequeña selva que acompañaba

el curso del Pauto. Cualquier detalle variaba en cada amanecer.

En el Llano sí puede decirse que sale el sol. No aparece trepado en una montaña como en las tierras altas, sino que brota del suelo. Nace del horizonte como una planta inmensa, como una lágrima, como un goterón de sangre viva. A veces da la impresión de venir a saltos por la llanura, de haberse desprendido del vacío y rodar por los pajonales, meterse en las dunas, incendiándolas, y coruscar los tallos de las palmeras. Después empieza a subir lentamente como si una mano inmensa lo tirara con un hilo de bronce. Y el Llano estalla como cuando se abre una caja de música. Todo canta, vibra, palpita.

Todo, entonces,

Después del almuerzo leo esto que escribí por la mañana. Me ha puesto triste. Otra vez siento ganas de llorar como hace meses, recién entrada a la cárcel. La de San Juan del Alba era pequeña, íntima, podría decirse. Todas conocíamos a la directora y no había rejas ni guardianes ni armas. Vivíamos como en una casa de pensión. Hicimos amistades, jugábamos al balón en el patio cuando brillaba el sol, costamos en la sala o apostábamos a la lotería por las noches antes de comer. Luego nos hacían rezar el rosario y nos mandaban a dormir. Recuerdo a Floralba, una muchacha enfermiza pero vivaracha, como crepitante, como si la dolencia que la carcomía (era tísica) le diera actividad, le comunicara una apremiante necesidad de vivir.

¿Para qué volver al pasado?

Echo tierra sobre mi vida anterior e incertidumbre sobre mi futuro. Vivo este momento. Este en que escribo.

Rayo raras rayas. Me vuelve el cansancio. Dejo caer.

Leticia ha estado curioseando a mi alrededor. Ahora tirada en la cama parece dormir. Tiene un cuerpo fuerte que se le acusa bajo el uniforme. Sus labios son gruesos y oscuros. Su tez morena.

Celina Franco Valdivia: acepta usted por esposo y marido al señor Jacobo Cortés Pandero, aquí presente, etc. & Cía.

Yes, yes, padrecito. Claro. Tómate un Librium, clorhidrato de 7 —clor— 2 —metilamino— 5 —fenil— 3H —1,4— benzodiasepina —4— óxido.

Maestra: Los verbos ingleses son de difícil conjugación. Ponles cuidado, Celina, bájate de las nubes, deja de pensar en ZYX, déjate de...

Si el gobierno, o el que sea, la autoridad digamos, se diera cuenta de esta ociosidad, haría algo. O tal vez no. Están acostumbrados. Los presos somos carne de alcantarilla. Pero es injusto. Debían obligarnos a trabajar. No dejarnos morir de aburrimiento. Esta inactividad es peor que una condena a trabajos forzados. Si se utilizara la potencia viva que se pudre de ocio en las cárceles se podría obtener alguna utilidad. Que los presos produzcan algo tangible y aprovechable.

Estoy escribiendo como mi maestra de escuela. Estos dichos y palabras raras se los aprendí a mis abogados. Fueron tres.

El primero intervino en la audiencia. Pobrecito, estaba seguro de que me condenarían y sin embargo lo ví muy abatido. Y furioso con el juez cuando le notificaron la pena que me habían impuesto.

Después ante el tribunal de San Juan, me defendió el doctor Machuca. Una sombra, un obrero de oficio en la sementera de la ley.

Fernando Martín fue el último. El que peleó ante la Corte Suprema. Tal vez porque su nombre me recordaba a otro, me impresionó mucho. Cuando vino, yo llevaba un año sin ver un hombre. Tenía facciones agradables y una sonrisa leve, como triste; parecía necesitar de consuelo, de cariño.

“Ten paciencia y sufre calladamente cuantas penas quieran imponerte; ofrece tus manos al Señor pues Su sierva eres; lava tu alma en cada nuevo día para que El la encuentre digna de Su luz”.

Lava tu cuerpo, presidiaria, remienda los andrajos de tu uniforme, marcha al compás por el corredor de baldosas, pelea por tu ración de alimento, acuéstate temprano y vela hasta la media noche.

—A finés de noviembre vendrá una comisión a visitarlas. Desde ahora empezaremos los ensayos a fin de que la ceremonia tenga la seriedad y la categoría que el buen prestigio de nuestra institución reclaman.

Loramojadadamelapata. Tuve deseos de gritárselo, pero me callé. Soy una buena chica, resignada. Vivo en olor de mutismo y de indiferencia.

Por el aro de la ventana entra el crepúsculo a jugar al escondite. Se mete bajo las camas, mueve las cobijas, se arrebujá entre nuestras faldas como una caricia. Me desespero. Tengo deseos de meterme en el agua bien fría para que se me alejen estos nervios, este crispamiento de los músculos. Huesos. Eso debía quedarme nada más. No la piel suave y sensitiva. A veces me pesan las cobijas como si fueran cuerpos amontonados sobre el mío, buscándome, incitándome.

La ducha está lejos y no puedo salir de la celda. Pienso en otras cosas. En la cara de Jacobo cuando

agua para la boca del sediento que en el desierto busca un oasis donde

Septiembre 23/56

Es media tarde. El aburrimiento llega a un extremo tan terrible que produce sopor.

Leticia ha salido a no sé qué cosa. La citaron ante la dirección. Tal vez una queja de Juliana que no puede pasarla. La muchacha pálida se me acercó hace un momento y me miró sonriendo con tristeza. Es la primera vez que la veo sonreír y su cara adquiere así una expresión cálida, vital. Pero no dijo una sílaba. Ahora está sentada en la cama y me contempla mientras escribo.

Juliana me pregunta qué hago. Ultimamente se ha mostrado muy intrigada y creo que será capaz de denunciarme. Sin embargo, escribir esto no es malo. A nadie molesto, a nadie ataco. Lo hago por distraerme, por descansar de la tensión en que el ocio me mantiene diariamente.

Esta mañana nos sacaron un rato al patio. La mayor parte de las presas han perdido su apariencia de mujeres. Son bultos ambulantes, cuerpos deformes mal embutidos dentro de la ropa igual a rayas. Un delantal cerrado por todas partes menos por una. *Isla*. Tus senos son dos islas de leche y miel en el mar de tu cuerpo y están completamente rodeados por mi ternura. *Península*.

Ahora poco llegó Leticia. "Tengo celos de esos papeles. Te roban todo el tiempo y ni siquiera podemos hablar". El tiempo es mío. Cuento veintidós años para disfrutarlo.

mentira lamenti rala menti.

¡cómo decimos de mentiras! somos hipócritas de nacimiento. no hay uno solo que se escape.

mienten las gorilas cuando pretenden hacer respetar la disciplina; en realidad no les importa un bledo; si fuera por ellas, dejarían que las presas salieran a los patios y se hartaran de sol.

mienten los abogados cuando engañan al preso con la esperanza de una libertad que ya saben perdida para siempre; y cuando hablan por teléfono desde sus oficinas de medianos burgueses; y cuando reciben el dinero de los cohechos.

mienten los que predicán porque no creen en lo que dicen, porque las palabras les salen como un chorro de musgo seco, como un surtidor de espuma transitoria más allá del cual, sin que ellos lo sepan, está escondido el cristal maravilloso de la Verdad.

mienten los médicos, y los atletas, los escritores.

Todo.

el mundo entero está elaborado sobre una mentira. somos mentiras ambulantes. mintiendo hacemos el amor y rezando mentimos.

A media noche todos los ruidos se vuelven raros en la cárcel. Misteriosos. Suenan lejos un llanto una queja un grito una risa o una maldición. Después se oyen los pasos de las celadoras, los insultos, las bisagras oxidadas que gimen, golpes, nuevas palabras, silencio. Llegan también los ruidos de afuera. De la ciudad viva, libre. Carros. Cuando un perro distante ladra la noche se asemeja a la del campo. A la de San Juan o a la infinita y también misteriosa noche de la llanura.

Debe haber una iglesia lejos, porque alcanzan a percibirse débilmente los campanazos que indican las

dos de la mañana. En la cárcel es terrible el insomnio. Todo vuelve de pronto a la memoria. Si hubiera cometido una falta nada me importaría pagarla. Por el contrario, sería lo más lógico. Pero en este caso no.

¿Una sombra que hace la luz oblicua del corredor? O quizá los fantasmas como en los cuentos de Danilo, perdido en el Llano, vagando por todos los hatos sin encontrar paz, caballero de ensueño de mis doce años, los ojos, sí, como los de Jacobo, o a veces los de ella.

¿Es ella? Sale de nuevo, una de sus esporádicas escapadas, qué buscará más lejos, después de los barrotes, te pagan por ser mala, me dijo, te pagan. Yo soy buena, callada, inútil. Estúpida dirán todos. Solo escribiendo en un diario, en la libreta que guardo casi contra la piel bajo el uniforme, la epidermis de mis veinte años, la misma que tiene todavía la forma de sus manos.

Sombra de jade con nimbo de ceniza se acerca hasta mi cama en silencio y se aleja después cuando grita distante una mujer, la de siempre, la que llena de maullidos estas noches interminables.

Duermo, quizá, o me hundo en un abismo por donde pasan jirones de luz, rotos hilos de amanecer como los que se prendían en las copas de las palmas, entre el frondaje de los mangos sacudidos por las últimas convulsiones nocturnas, en los morichales llenos de pájaros callados en espera de un pequeño llanto de rocío.

Te quiero, Fernando, digo tu nombre nuevamente, lo deletreo y reconstruyo tu imagen. A pesar del tiempo ni uno solo de tus rasgos ha cambiado en mi memoria. Sigues siendo ese muchacho pálido,

de frente alta, un poco cargado hacia adelante tal vez por estar siempre curvado sobre los libros, sobre tu máquina, dándole golpes a las teclas para que salieran ideas, frases nuevas, sensaciones, a buscar su sitio en el mundo, su ubicación en el cerebro de hombres y mujeres que gracias a tí podían vivir por un momento lejos de sus amarras.

Pero ahora se acerca, es sólida, consistente, es ella, la mujer del silencio, la que duerme de día para velar toda la noche como hacen los espectros, o es Juliana que me esculca, busca entre los pliegues de mi uniforme, trata de levantar el colchón duro, de horadar mi conciencia, de averiguar qué escribo, qué siento, cómo vivo, mi pasado, mi condena de veinticuatro años por un vaso que no llené de arsénico. Es la loca que acunaba la almohada todo el día sin moverse de su sitio, sin levantar apenas la voz para arrullar ese hijo, la hija que mató Juliana, el esposo de Leticia.

¡Es Leticia! Su cuerpo que huele a costa, a mar, a tempestad, sus ojos que brillan siempre mirándome, sus manos que tocan mis papeles como si les comunicaran una corriente interna, sensitiva, su cuerpo sobre la cama, dunas, oasis, me mira, es ella...

Vamos, serénate, no pienses, puede haber tenido dolor de cabeza o cosa parecida, o quiere hablar con alguien, no tomes por las vías malas, olvídate de cuanto has oído, de las bromas que te hacía Lilia, de las insinuaciones de Juliana, de sus escapadas nocturnas. Abrele los brazos y consuélala como no te consoló a tí tu madre, ella también tiene necesidad de llorar, detrás de su aparente fuerza se esconde un temperamento débil y melancólico.

Siento sus manos en mi rostro y reconozco plenamente su olor. Tengo miedo y me duele el estó-

mago como cuando veía que Danilo empezaba a mirarme de una manera sospechosa. No habla. Sus labios están soldados y apenas se nota que vive porque le tiemblan los dedos. Me hacen el efecto de una hoja áspera por la cara, un tallo de caña seca, una mariposa muerta, un ala de murciélago. Vienen a mi memoria los esteros, la manera como caen los corozos sobre la piel cuando el viento los desprende de sus altas ramas, dátiles estériles o quizá plumas suaves de corocora o epidermis de flor dormida en plenilunio. Caminan, son pequeñísimas hormigas blancas que huelen a mujer desnuda, son partículas de una corola que se despetala desde lo alto, pétalos que caen, tibios, tienen la facultad de comunicar un calor envolvente como una llama que se riega, resurge, crece en espiral y me domina, soy ella, fundida, no quiero, puedo ver, regreso, este es el camino que se abre más allá de la sombra, mano tendida para rescatarme, espera, es el abismo, al fondo ella al fondo yo misma al fondo él...

No es posible. Es una pesadilla. Lo digo casi en voz alta, intento gritarlo pero la realidad me viene de repente personificada en sus manos, en esta absurda ansiedad, en este abrazo imposible.

Cuando me incorporo ella parece implorarme, me mira con tristeza y entre la oscuridad adivino sus ojos, ya sin el deseo elemental y bruto sino con una extraña luz de compasión y de fraternidad.

Pero después no he podido dormir. Algo ha cambiado para siempre. Algo definitivo que me ata a un lugar que desconozco. Es una cloaca o un templo o simplemente un espacio vacío y enorme y doy vueltas por él y me golpeo la cabeza contra los muros. A ratos creo vislumbrar cintajos de lumbre, pero son solamente los reflejos de mi corazón que arde sobre

mis propias lágrimas. Alguien grita de nuevo. Es mi voz interior, encerrada en la celda de mi materia y de mi espíritu, ahora rota, profanada por las aves de fuego de sus manos, sus dedos como alas de murciélagos, después como pétalos de orquídea, ahora como garras de leopardo, como uñas de un animal primitivo que por una limitación obligada del instinto ha logrado resucitar.

Noviembre 28/56

No creí que pudiera reanudar esta conversación unilateral.

Z Y X

No tengo ningún interés en adelantarla. Lo hago porque estoy sola en la celda. A Juliana, Inés y Leticia (Inés la pálida, la silenciosa) les permitieron salir para arreglar el patio. Me tienen sometida a una especie de castigo. He aprendido palabras vulgares y estoy adelantando lo que podría llamarse un curso superior en toda clase de trucos. Juliana me ha dado un apodo que no quiero poner aquí por no darle gusto. Ya tengo bastante con oírlo cada vez que se enoja. A veces me quiere, me mima. Quizá tiene nostalgia de su hija. Me trata con ternura y me reprende. Al principio acepté su intervención en mi vida pero ahora la echo a gritos cada vez que trata de decirme que...

Noviembre 29/56

Ayer fue la visita del Ministro de Justicia. Con él vino una comitiva de personas notables encabezadas por el Director General de Prisiones. Estuvieron presentes varias señoras y algunos curas. Y natural-

mente las guardianas, estos vejestorios estúpidos y corrompidos. Pero cállate, Celina, no hables así. Cualquiera día pueden encontrarte este cuaderno y echarte definitivamente al calabozo. Y no tengo deseos de volver allá.

Fue por culpa de Juliana, y cuando empezó mi amistad con Leticia. Posiblemente se sentía celosa. Eso es: tenía envidia de que hablara con la costeña, de que aceptara su protección, de que aprendiera a fumar y a decir palabras dobles. Una tarde nos acusó de algunas cosas y la verdad yo no tenía mi conciencia limpia. Me mandaron al calabozo por diez días. A ella nada le dijeron. Supe después que durante mi ausencia había salido varias noches a divertir a la gorila de turno.

Ayer. Estaba contando lo que pasó ayer. Se me enredan las palabras. Inés duerme. Anoche estuvo dando vueltas en el catre como poseída de epilepsia. Sé que sufre. Tiene una úlcera y la comida pésima que nos dan contribuye a empeorar su precario estado de salud. Así creo que dice el parte del facultativo que estuvo atendiéndola. De un momento a otro se la llevan.

Juliana, de vez en vez, teje. Se le cansan los ojos, dice. Le ha dado por permanecer horas enteras agarrada a los barrotes de la puerta, asomándose a la pequeña ventana de la parte superior. ¿Qué ve? Son tres metros cuadrados de corredor penumbroso. Pero allí vive. Leticia la grita, la insulta. Yo le ayudo cuando no estoy consumida por la tristeza. Me gusta verla enfurecerse, echar espuma por la boca como los potros bravos del Llano.

¡Malditos recuerdos!

Leticia dice que debemos vivir el momento, el minuto presente. Lo pasado al cesto de lo inservible.

Y no preocuparnos nunca por lo que vendrá. Eso me lo dice cuando le permito que me hable. Ahora sé el significado de una frase que le escuché hace rato. Te pagan para verte feliz, o algo por el estilo. Ella sería capaz de cualquier cosa que yo le pidiera. Pero no hay en el fondo felicidad para mí. A veces. En otras siento tanto dolor, tanta cólera, que preferiría verme muerta.

Se necesita un poco de cariño para no estar absolutamente sola. Es algo diferente, como tener con quien hablar, a quien contarle nuestras cosas de cuando todavía éramos libres, y también, por qué no, hacer planes para dentro de veinte años. Ella no quiere solamente eso, pide implora obliga. Es como una pesadilla. Le tengo miedo. Añoro la soledad de mi cuarto en la cárcel de antes. Quizás habría terminado hablando en voz alta, gritando, arrullando un muñeco imaginario. Sería preferible a esto.

Vea usted, señora guardiana, ¿será posible que me permita salir un momento? Solo quiero darme una ducha porque siento sucios el cuerpo y el alma. En el Llano me bañaba todos los días. En la regadera que mi tío Ramiro había hecho instalar en una casetica especial; o en el Pauto cuando estaba manso, cuando Demetria me acompañaba espantando las rayas y los tembladores con una vara que agitaba delante de sus pies, y que hacía copos turbios de espuma en la corriente oscura. Aquí no puedo quitarme todo este hedor, este olor a costa, a mar profundo, que se me queda pegado en todas partes como una maldita segunda envoltura. ¿No es posible, señora carcelera?

Podría decírselo. Sé ponerme hipócrita cuando es necesario. Ser buena e ingenua está bien para bar-

niz exterior. Si te dejas las otras te comen a mordiscos. Son alimañas feroces y tienes qué mostrarte peor que ellas o te acorralan.

Juliana me cuenta pedazos de su vida. No me asombra que la tengan calificada como una delincuente peligrosa de imposible readaptación. En cambio es injusto que Inés esté en este patio, en esta celda que huele a porquería, entre las peores asesinas de la república. No sé su crimen pero es buena, es tierna y casi podría decirse que inocente. Poco a poco la minarán, la corromperán, y cuando salga al mundo después de diez o doce años de ocio será una verdadera lepra social. Como yo. ¿Qué queda en mí de una muchacha de dieciocho años que venía del Llano con un corazón puro y abierto?

Me siento corrompida, me sé mala. Soy lo que las demás han querido. Lo que las circunstancias han ordenado. Desde mi alcoba intocada en San Juan del Alba hasta esta celda mercenaria hay un tiempo muy breve, pero unas consecuencias definitivas. Acepto el medio. Soy un producto de este sistema carcelario absurdo que no tiene en cuenta las condiciones de cada reclusa, y que las arroja a todas, mezcladas, como parásitos que no poseen ningún derecho a reivindicarse.

Fruslerías, Celina. Estás escribiendo como un abogado.

Id. *Ibid.*

MINISTERIO DE LA REPUBLICA

SECRETARÍA DE JUSTICIA

LIBRO 10

Diciembre 4/56

Principió a morirse desde ayer. Le vino un tremendo vómito de sangre. Estaba acostada en la cama como de costumbre. Inundó el piso de coágulos casi negros, y nosotras llenas de pánico empezamos

a gritar. Pronto llegó la gorila de turno con insultos, pero al ver a Inés que se retorció, y cuando notó que tenía la cara con sangre, también empezó a dar berridos que se oyeron sin duda por toda la cárcel. Llegaron otras mujeres de uniforme y poco después un médico viejo y de bigotes con un delantal blanco, y dos enfermeras con una camilla. Se la llevaron. ¡Pobre Inés! Apenas hace media hora empezaron los dobles en la capillita del patio principal.

Viéndola morir, así de repente, una piensa para qué sirve esto de respirar, de moverse, de comer o beber. Somos como unos animales expuestos a perecer en cualquier momento. Ella a pesar de su mutismo tenía capacidades, se movía, hablaba o sonreía. Eso que se llama estar viva. Pero de repente, sin una causa física o externa, se murió. Es como cuando una llama se apaga. Nadie puede volver a encender la misma llama. Así queda una cuando se muere: como una esperma sin luz, apenas con un humito tenue que va desapareciendo lentamente y que es quizás el alma.

He estado pensando en muchas cosas últimamente. Sobre todo en esta mañana. Afuera debe hacer un sol espléndido porque en diciembre siempre está el cielo limpio. Esto de llevar un diario se me hace a ratos insoportable, pero en otros me ayuda, sobre todo porque me doy cuenta de cómo va pasando el tiempo. Ya hace un año, casi, que estoy en esta celda, encerrada con Leticia y Juliana. La única que ha cambiado es la de la cama número tres. Primero Lilia, después la loca y finalmente Inés. Es una cama de malas. Verdaderamente salada.

He pensado, por ejemplo, que no vale la pena luchar, pelear contra algo superior, o alguien superior, que nos tiene derrotados desde el principio. Si se

podieran dar unos puños o unos mordiscos en igualdad de circunstancias, valdría la pena intentarlo. Pero peleamos contra un fantasma. Es Dios o es el destino, cualquier nombre resulta igual porque se aplica a un principio que nadie conoce. Yo podría rebelarme. ¿Pero cómo batallo? ¿Contra quién y esgrimiendo qué armas? ¿Hay algo peor que un enemigo invisible?

Eso es: estamos amarradas a una sola cuerda, sin posibilidades de romperla. Otro, u otros, la manejan. Tiran, o relajan el hilo y una es como un muñequito de esos que llaman títeres y que llevaron a *Macolla de Guafa* en mi cumpleaños, cuando completé quince y Danilo se había ido ya a dar vueltas por todas las fundaciones de Casanare.

Tendremos que ir muy serias al entierro. Yo me he peinado un poco, la ocasión bien lo vale. Ahora no me preocupo por mi aspecto y me contento con saber, por boca de Leticia, que todavía tengo la cara fresca y los ojos jóvenes.

Es raro, todo nos va pareciendo indiferente después de un tiempo. Ya no lucho contra Leticia, ella es como mi sombra, como un grano, que luego de un rato ni siquiera se siente, aunque supure.

Han hablado de cambiarla, y de verdad casi me dolería que se marchara. Estoy acostumbrada a ella y a Juliana aunque a ésta en una forma diferente. Si vienen otras pueden ser mejores, pero pueden también ser peores y entonces no saldré ganando nada. O si me llevan a mí a otro cuarto. Aquí todos, según he oído, son colectivos. Los únicos individuales son los calabozos. Me dan pánico, húmedos estrechos oscuros. Allí sí que se siente una verdaderamente en la cárcel, indefensa como un animal en una trampa. Pero se puede pensar mejor. La soledad como que

agiliza el pensamiento, como que le dá más horizontes. Piensa una en Dios y en que después de todo El es lo único que nos queda.

Lo único. Pero no ese Dios que nos enseñan siempre, que nos muestran como una figura estereotipada y sin calor. No: un Dios si se quiere más humano, más nuestro, más verdadero. Un ser que puede comprendernos y que si no logra ayudarnos al menos llora con nosotras.

Ahora que leo estas hojas, veo que me contradigo. Pero no, este último párrafo encierra mi verdadero modo de sentir. No hay por qué aceptar la amargura. Es necesario luchar contra la abulia, pensar en algo más grande, más bello, en que fuera de estas paredes no solo hay sol sino alegría, no solo hay libertad sino ternura y comprensión y esperanza.

Cómo suenan esos golpes de la campana. Hacen mucho ruido por ella que fue siempre tan silenciosa. Yo creo que a Inés debían enterrarla nó con esos redobles escandalosos sino más bien con una suave música, como con un silbido de flautas o un ruido asordinado de violines.

Como en las serenatas que me dieron en la casa del hato cuando cumplí diecisiete años, cuando me dijo mi tío Ramiro, muy serio, que debía volver al lado de mis padres porque estaban enfermos, sobre todo él, pobrecito, colgado en la cuerda casi por mi culpa. Casi, solamente, porque en realidad la maquinación inicial fue urdida por mi madre. Claro que ella no pudo presentir el cúmulo de circunstancias que han culminado en esto. Pero podía intuirlos. Cualquier persona con un poco de sentido común. Inclusive yo misma. Estoy pagando una parte.

Pero es mayor el castigo que la culpa y eso es precisamente lo que me rebela.

No hay nada comparable a la injusticia. Sobre todo cuando no se puede convencer a otros de que la justicia y la verdad están de nuestra parte. Tuve que asistir, impotente, al proceso: primero mi detención, después las preguntas horribles del juez y del fiscal, la audiencia, la sentencia condenatoria. Esto es como una pesadilla. Pero no, resulta real. Hace dos años más, que pago esta pena de veinticuatro. Me falta todavía mucho, mucho. Tanto que no lo pienso. Y si de pronto...

Hace una hora salimos todas a la capilla. Estaba escribiendo cuando llegó la guardiana y escondí mi libreta apresuradamente. No les importa, creo. Unas hacen tejidos, o sacos con hilos que roban de sus propias cobijas, o crucigramas que inventan ellas mismas para solucionarlos dentro de seis meses cuando ya se les hayan olvidado las palabras con que los formaron.

Estuvimos todas muy compuestas, muy atentas a los rezos que el padre desgranaba en un latín gangoso dando vueltas en torno al cajón. (Siendo la Muerte tan solemne ¿por qué le ponen estas arandelas, por qué la ridiculizan con estas payasadas?) Después nos regresaron a nuestros cubiles. Estamos esperando una nueva compañera.

¡Qué desaliento tan aterrador este que me invade ahora! No es que me llegue de improviso, quizás las palabras estén mal empleadas. Es que se me agudiza, se me vuelve insoportable. Me encerraré en mi cama como una ostra, maldeciré todos los días al levantarme y al acostarme, dejaré que Leticia me enamore y que mi cuerpo vaya pudriéndose bajo sus manos. Y saldré vieja y anormal a vivir arrimada

a cualquier estercolero, hasta que venga la muerte y reclame mi anticipada carroña. No puedo aguantar más, de pronto voy a reventar como un inmenso globo lleno de lágrimas. Siento desgarrado mi espíritu como si con un bisturí lo hubieran separado definitiva y dolorosamente de mi cuerpo.

¡Cómo es de bello el cielo desde aquí! Parece una parcela pequeñita con surcos de azabache y flores de azahar. A través de los barrotes de la ventana se divisa, diminuto y lejano. Para verlo hay que trepar en cualquier cosa. Generalmente ponemos nuestros colchones unos sobre otros y nos sentamos con Leticia y Juliana a observarlo. No hablamos. ¿Para qué? Nos basta con saber que más allá de estos muros de ladrillo todavía los hombres y las mujeres de la tierra pueden ver las estrellas. Son como un testimonio de Dios. Como si Él hubiera sabido desde el principio del tiempo que los seres que creara lo pondrían en duda, y hubiera deseado darles una prueba escrita de que existe. No es posible dudar de su poder cuando se mira el cielo lleno de astros que corren a distintas velocidades, por diversos caminos, y que no obstante conservan una precisión matemática, casi musical.

Así, viéndolo, se me olvidan las penas. No me acuerdo de que estoy mirándolo desde la cárcel; de que cuando el frío me venza volveré a mi lugar, me tenderé en la cama y esperaré que el sueño venga a derrotar mi cansancio, este abrumador cansancio que me produce el ocio.

Viendo el cielo, así, también me da tristeza. Me acuerdo del Llano y a ratos de San Juan del Alba. Pero evito pensar en el pueblo para no acordarme de Fernando. Quizás un día hable de él con Leticia,

porque he terminado por contarle todo. Desde que sabe que mi condena es injusta, que estoy pagando un crimen que no existió, se ha vuelto más tierna y más solícita conmigo, y me cuida como si fuera mi madre, esa madre que nunca tuve.

Diría que el cielo es una pupila negra y que tiene una infinita cantidad de lágrimas. O quizá que es una flor inmensa, llena de un múltiple rocío que palpita.

Diría mil cosas. Y podría, ahora que miro el cielo, decirle a Fernando que lo quiero, que en esta noche de amargura, de corrupción y desesperanza, él es como esa estrella grande que titila sobre ese pequeñísimo cendal de nube rota que huye hacia más allá del cuadro de cielo que podemos ver desde aquí. Entre esta realidad tangible y dura como una roca, y mi ilusión verde y permanente como un capullo, hay una distancia inmensa. Esos dos puntos de referencia se unen con amor, por el amor, en el amor. No importa que resulte imposible; la imposibilidad de su realización lo hace más noble, más del espíritu, ajeno a estas manos, a mi piel acariciada por él, a mis labios por él besados, ahora marchitos, mercenarios, tan absurdos que ya ni siquiera saben la letra de una canción que él escribió para mí.

Fernando, en esta noche quiero repetirte desde la distancia que te amo. Que no importa la sombra tenebrosa que me rodea, si tengo todavía derecho a recordarte.

Abril 23/57

Acabo de leer los últimos renglones que escribí en la noche del 31 de diciembre.

Durante estos 100 días habría podido escribir las

mismas cosas. Timbrar una hoja y reproducirla hasta el infinito. Eso es la cárcel: la repetición de los mismos actos, de los mismos pensamientos.

Hay una mujer nueva (no es esta la palabra precisa, porque llegó hace tres meses), en la cama que dejó vacía Inés al morir. Es buena. En demasía. Está pendiente de cualquier detalle, parece vivir solo para las demás. He tratado de pagarle lo que hace por nosotras enseñándole a leer y a escribir, porque cuando entró a la cárcel no conocía siquiera las vocales. Muestra un gran deseo de prosperar y sufre cuando no entiende lo que le explico. La verdad es que no tengo temperamento de maestra, y que me saca de mis casillas. Pero a fuerza de ser mala con las otras, las de afuera, he terminado por convertirme en una especie de monja de la caridad para mis compañeras de jaula.

De Leticia no podría escribir nada nuevo. Es la misma, se escapa en ocasiones, tiene a veces cigarrillos y luego pasa semanas sin una colilla, buscando en los rincones o bajo el colchón las que tira o esconde en sus épocas de abundancia. Juliana está más vieja, como si una secreta enfermedad la consumiera. Su cara ha tomado un tinte amarillento, como de cera, y Leticia me dice que debe tener cáncer. Todo indica que se la llevarán a la enfermería al menos para hacerle un reconocimiento a fondo.

Luzmila es mi alumna. Tiene una cara vacía; unos ojos muy grandes que parecen brotársele cuando se queda mirando a un punto fijo sin parpadear; la boca pequeña, de labios insignificantes; es pálida, aun cuando no tanto como Inés. Su cuerpo desaparece entre los pliegues del uniforme que le queda muy grande y que entre Juliana y yo hemos tratado de arreglarle.

MAESTRA: —Ten mucho cuidado con la redacción Celina. Practica sin descanso, hasta que te duelan la cabeza y los dedos. No olvides que para una muchacha de tu categoría, la gramática es tan importante como las medidas del busto y de las caderas.

Nos soportamos con más paciencia. Si vamos a durar acompañándonos durante veinte años, es justo que tratemos de limar nuestras asperezas y de perdonarnos mutuamente. Eso les dije y parece que mis palabras les han calado muy adentro. “Cuando te sientas a predicar ni el cura puede contigo”, me dijo. Leticia de mal talante, pero acabó riéndose y aceptando mis sugerencias.

Así es mejor. De todas maneras no vale la pena pelear día y noche, como si fuéramos perros y gatos. La expresión no puede ser más adecuada ya que estamos encerradas en una jaula y tenemos diferentes maneras de pensar y de sentir. Un mismo hecho desata en esta celda cuatro reacciones diferentes. Lo que resulta jocoso para Leticia puede lastimar profundamente a Juliana y hacer que Luzmila tiemble como si la fueran a golpear con unas disciplinas. Yo, generalmente, acepto a las personas en lo que valen, con sus defectos y virtudes, con

No te metas a consideraciones que no te incumben, Celina. ¿A dónde irás con esa manía tuya de buscar a cada cosa su explicación?

En estos últimos días alcanza a llegar hasta nuestra celda, muy débilmente, la música de un radio. Son pedacitos, de verdad como hilos que se nos enredan en las orejas y nos llenan de ensueños. La otra mañana la música era alegre, como esos joropos de mi llanura, como la música del interior que solo alcancé a oír en un par de bailes, el primero en

esa finca de San Juan que quedaba para un lado del cementerio y que tenía una piscina, en donde Fernando se emborrachó, lo recuerdo mucho, decía coplas, bailaba haciendo monerías, y después se durmió en un catre viejo que prestaron los arrendatarios.

Es bueno hacer ejercicios de palabras para pasar los ratos. Por ejemplo, no digamos ojos grises sino *ojosperladogris, grisperlado, grisla*.

Son tonterías, Celina, escribe algo mejor, más serio.

¿Pero en dónde está la seriedad? ¿Qué importan ahora todos los conceptos? Lo que poseía un valor preestablecido en el exterior acaba derrumbándose aquí. Si fuera de la cárcel la moral tiene un significado muy alto aquí se cae por su base, se rompe. Es como un espejo que es en sí uno solo y que sigue siendo espejo aunque esté roto en otros mil espejos. No puedo, las figuras se me enredan, se me confunden. Cuando lea esto posiblemente me dará dolor de cabeza. O no, es bueno sincerarse, abrirse el alma para que las palabras salgan como un surtidor, como un chorro de vapor de las narices de un caballo, en las madrugadas del Llano que olían a corral revuelto a tierra a ganado a limoneros.

fidelidad / exactitud / rectitud / nobleza / amor
nieve / dulzura / orgullo.

todas las primeras letras de estas palabras forman una:

FERNANDO.

cobardía / egoísmo / lentitud / idiotez / negación
ausencia. Ahora forman otra:

CELINA.

ya casi no tiñe el bolígrafo. Posiblemente está ocurriendo lo que temía desde el principio. He llenado tal vez cincuenta hojas, y es justo que

Junio 30/57

Leticia tuvo que luchar mucho para conseguirme este bolígrafo. La tinta roja, según dicen, es mala para los ojos. Pero no me importa. Para ver durante siete mil días las mismas cosas, lo mismo da tenerlos cerrados.

El aprendizaje de Luzmila tuvo que ser suspendido durante este tiempo. Ahora lo reanudaremos, pues está muy interesada y no cesa de apremiarme. Aquí la tengo, a mi lado. Como ella no entiende lo que escribo no me importa que me mire. Siente curiosidad al ver cómo mi mano se desliza por las hojas y las deja llenas de renglones rojos, iguales en apariencia, pero de tan diferente contenido. Después coseré estas páginas en mi libreta que ya tiene bastante bulto, y que no sé cómo podré guardar más tarde si sigue creciendo.

MAESTRA: Pater noster, qui es in caelis...

Diciembre 11/57

Hoy fue para mí un día muy alegre, porque Luzmila pudo leer sin mayores tropiezos una frase que le puse. Decía:

Todas debemos ayudarnos mutuamente para que compartiendo nuestro dolor se nos haga más llevadero.

Después ella escribió la misma leyenda. Y ya con deseos de probar hasta qué punto había aprendido le dicté esta otra:

La mejor manera de derrotar la tristeza es fumigándola con un poco de ilusión.

La escribió bien. Mirando su tarea me acuerdo de mi tío Ramiro, porque esa era una de sus frases favoritas.

Es aterrador este transcurrir del tiempo. Pensar que ya llevo más de tres años presa, me asombra. Pero más me asusta el que deba permanecer otros veintiuno aquí.

¡Veintiuno! He sentido nostalgia de todo lo que perdí. De la juventud, que se me fue apenas empezaba a tenerla; del amor que se marchó de mi lado sin acabar de conocerlo.

Angustia. En fin, ¿para qué sirve? ¿Para qué necesito preocuparme? Soy una presidiaria. Eso es todo. Pongo punto final a mi esperanza, pero siempre retoña como si mis lágrimas fueran abono suficiente para alimentarla.

Diciembre 12/57

Pienso en la inutilidad de la cólera. Y, también, en que es inevitable. No se sabe de dónde llega. De pronto nos posee por completo. Es como un agua turbia llena de algas. Nos sube por las piernas hasta los labios y nos asfixia. Dentro de ella se pierde la noción de las cosas. Los hechos elementales se alteran. Remueve los principios. La cólera es como una enfermedad maléfica que con cualquier descuido suele volverse colectiva y precipitar una nación a la guerra y al caos.

Cada persona puede experimentarla de una manera distinta. Tiene múltiples grados, diferentes escalas, pero no es fácil determinarlas mediante agrupaciones anímicas, mediante fronteras raciales o climáticas.

Quizá las mujeres somos más propensas a la cólera, a la verdadera rabia. No importa que en las grandes batallas sean los hombres quienes luchan. Ellos, más que por un odio verdadero o personal,

lo hacen obedeciendo órdenes, o por seguir una corriente incontenible, la de la ambición, que después de desbordarse es como un río que crece y al que ninguna fuerza hará volver a su cauce.

En cambio las mujeres poseemos un temperamento más propicio a la fructificación de la ira. En nosotras ese sentimiento es más absorbente, más absoluto.

Esto lo escribo pensando en Leticia. Tiene muchas enemigas dentro de las reclusas. Ahora sé toda su historia y resulta increíble. Su manera de ser, su vocabulario, su hipócrita adhesión a las carceleras, le han granjeado un odio que acabó por hacer crisis ayer a eso de las cinco de la tarde.

Estábamos repasando las tareas con Luzmila. Ahora que sabe poner en un papel mediante coordinados movimientos de su mano derecha las ideas que pugnan por salir en tropel de su mente, quiere permanecer escribiendo en todo rato libre. Hemos acabado por turnarnos. Cuando me pide el bolígrafo y unas hojas de papel me siento incapaz de negárselo. Cuanto ella hace en este sentido es obra mía. La miro como a una niña pequeñita, a pesar de que es mayor que yo cuando menos diez años. Luzmila no cesa de agradecerme por haber descorrido delante de sus ojos así fuera una parte minúscula del velo que le rodeaba las cosas haciéndoselas extrañas.

"Me gusta escribir, ¿sabe, Celina? Es como un caramelo, como cuando una puede pelar un dulce y le encuentra el sabor del azúcar debajo del papel".

No puedo contar nada con orden. Pero voy a intentarlo.

Leticia habló algo con la vigilante por la ventanilla de la puerta. No sé qué le diría. Lo cierto es

que poco después estaba en el corredor. Se encaminó a los baños. Alguna necesidad apremiante, ya fuera verdadera o fingida. Y ahí principió lo grave. Oímos gritos, palabras fuertes, ruido de cubos que ruedan por el suelo de cemento, rumor del agua al salir sin control por la manguera. Después los silbatos de las gorilas, más berridos, más ruidos incomprensibles, y finalmente el silencio. Ese silencio de las cárceles que pesa como si fuera algo tangible, que pudiera cortarse en tajadas.

Leticia no regresó a la celda. No puedo negar que me inquieté por ella. Ya lo he escrito, tal vez, en otra ocasión: le tengo cariño como a una hermana grande y quisiera verla de verdad feliz; hacerla buena, luchar para que comprenda que no somos solamente carne piel y nervios, sino que tenemos algo superior que se escapa a la comprensión material.

¿Pero qué es la vida? A ratos considero que puede tenerse como una neblina que nos rodea y que nos impide, con su densidad lechosa, ver lo que realmente somos, lo que significan los objetos, lo que nosotras mismas representamos en el curso del mundo.

Hay un cúmulo tan inmenso de absurdos en todas las cosas que nos cercan, que nos preguntamos si esto que hacemos, esto de vivir, es un hecho real con proyecciones futuras, con raíces en el pasado.

Vuelvo a perderme.

Hoy por la mañana supimos lo que ocurrió. Cuando Leticia se dirigía a los baños, una reclusa del último patio la atacó. Primero la golpeó en la cara con el cubo metálico y tan pronto la vio en el suelo se le fue encima. Las compañeras de la atacante no tardaron en apoyarla y Leticia quedó indefensa

debajo de sus puños. Cuando las guardianas llegaron a separarlas, Leticia estaba medio inconsciente. Tanto, que la llevaron a la enfermería y allá pasó la noche mientras le hacían las curaciones de mayor urgencia. Tiene un brazo —el derecho— en cabestrillo, y varios arañazos profundos en la cara. Además, posiblemente con una lata de uno de los cubos del aseo le cortaron la pierna derecha, haciéndole una herida profunda en la que tuvieron que ponerle ocho puntos.

Está acostada y me mira, con esa tristeza tan suya, tan personal, que se le asoma por los ojos como una lágrima que al fin no se decide a caer por sus mejillas y se está quieta, como amarrada por las diminutas cuerdas de las pestañas.

“A esa acabarán por matarla”, dijo Juliana cuando se enteró de todo. No sé si con alegría o con un poco de tristeza, porque ya no nos satiriza, más bien nos tiene lástima o cariño. A mí sé que me quiere. Me dobla en edad y quizá me vé como algo suyo, algo pequeño, como la imagen de esa hija a la que asesinó por unos motivos que todavía no alcanzo a comprender y que quizá no entenderé nunca.

Diciembre 13/57

Llano infinito de Casanare donde no existen las barreras, donde brinca la franqueza entre las cuerdas del cuatro, donde la alegría es como un potro suelto que relincha por todas partes, y donde el amor es como un café cerrero que levanta el ánimo y lo capacita para la lucha.

¡Cómo quisiera vivir siempre en tu inmensidad!
¡Y cómo hubiera deseado morirme abrazada a tí,

crucificada en el madero verde y bravío de tu horizonte sin término!

Tengo dolor de cabeza. Cansancio.

Se me borran los renglones y la letra se me pierde.
ara / mar / oro / raro. amor. a m o r .

ZYX.

cambiamos las palabras celina demos un vuelco
al diario hagamos algo raro oro mar ara amor.

vuelvo a escribir tu nombre, fernando. en mi cuaderno, en estas hojas sueltas amarillas junto a mi piel
hojas de otoño que están palpitando siempre con el calor de mi cuerpo hojas muertas en donde algo de mi alma vive y. mi amor está refloreciendo

te quiero

así aquí junto a mí

amor, otra vez,

amor siempre, como una flor sensitiva sensible
sensación.

Me pellizco los dedos y se encojen como los pétalos de las adormideras. se me van sobre la hoja
medio llena de signos absurdos puntos comas sílabas eso es. de la arena de la fina y divina harina de la orilla del Pauto.

río con letra mayúscula, lo merece bravo y suave
bramador y callado como un toro en la espesura de una mata de monte como una flor sobre un tronco
pasión apasionada pasionaria.

Agosto 16/58

Ha pasado tanto tiempo que realmente no sé cómo
empezar a escribir.

Si quisiera poner un poco de orden fracasaría.

Me he propuesto continuar consignando todas mis cosas en este cuaderno a pesar de los dolores de ca-

beza que me trajo en estos meses angustiosos y oscuros.

Por lo tanto empezaré a contarlas.

A fines del año pasado principié a sufrir extrañas alucinaciones. Eso me lo cuentan. Gritaba sin motivo y recibía con paciencia los insultos y los golpes de las guardianas. Acabé por preferir verdaderos aullidos de horror. Creía ver monstruos que me perseguían. Una de mis más constantes pesadillas consistía en una carrera loca que emprendía hacia cualquier sitio huyendo de un viejo sátiro desnudo. Chocaba contra las paredes, los catres o la puerta. Me hice algunas heridas en la cara y en las manos.

Tres días después de que estos ataques se iniciaron en forma declarada, me llevaron a la enfermería. Una de las monjas, que me tomó cariño, me contó que al desnudarme para meterme en la cama cayó del bolsillo secreto de mi uniforme esta libreta, donde estaban consignadas mis últimas frases, que ahora veo y no reconozco casi. La guardaron, creyendo al principio que se tratara de una colección de narraciones eróticas de las que muy frecuentemente circulan entre las penadas. Luégo se lo entregaron al padre confesor general y él lo leyó.

Desde ese momento la conducta de todos en la enfermería cambió con respecto a mí. Las monjas fueron más cariñosas, humanizaron sus semblantes de ordinario tan hoscos. Pero de eso yo no podía enterarme porque a pesar de que estaba viva permanecía sumida en una especie de aislamiento, como si a mi alrededor se hubiera formado una laguna de olvido.

El veintidós de julio me dieron de baja en la enfermería y me regresaron a mi celda. El padre con-

fesor ordenó que sacaran de allí a Leticia, inmediatamente, y que la trasladaran al patio de las reclusas de mayor peligrosidad, reincidentes e indisciplinadas. Sin embargo, ella no fue movida de su sitio. En cambio inexplicablemente sacaron a Luzmila y de nuevo la cama número tres está vacía. Luzmila me dijo, cuando nos despedimos: "Mire, Celina, le dejo todo esto que escribí. Son cosas mías, lo que a veces pienso, lo que recuerdo de cuando era chiquita. Se lo regalo para que lo pegue en su cuaderno".

Tuve ganas de llorar, pero me guardé las lágrimas. Aquí aprendemos a fingir.

Sigo notando que tengo una gran propensión al desorden. Quizá sea un rezago de esta enfermedad que calificaron de amnesia transitoria, de neurastenia o de locura melancólica, según me dijo la monja que creo entendía muy poco del asunto.

El veintitrés por la tarde me llamaron a la dirección. Todavía me encontraba muy débil y una de las vigilantes, una nueva que no estaba cuando yo vivía normalmente en este cuarto, me llevó, me ayudó a subir las escaleras y me empujó cuando nos ordenaron entrar. El despacho de la directora es pequeño, cuadrado, con las paredes desnudas. Hay solamente una imagen de Cristo con el cabello largo, la barba dorada y los ojos oscuros y profundos, escrutadores, sabios. Ante el escritorio estaba la directora con su uniforme de siempre, su traje azul, su chacó torcido, sus insignias. Y al otro lado un muchacho joven, tímido, creo, porque cuando me vio se le prendió la cara y yo no sé por qué me turbé toda.

Me hicieron sentar junto a él y empezó a preguntarme cosas. Primero me dijo que era hermano del

padre confesor y que acababa de obtener su grado de doctor en derecho. Y luego me contó que el padre le había hablado de mí y de mi diario. Y me preguntó que si lo que había allí escrito era cierto. Yo me acordé de mis cosas con Leticia, y de todo eso, y también me ruboricé. Le dije que sí.

“Entonces han cometido con usted una injusticia tremenda”.

“Ya estoy acostumbrada. Todos los recursos se perdieron”.

“Si usted me autoriza yo puedo intentar algo. No sé qué porque desafortunadamente los términos están vencidos. Pero como una cosa inherente a mi propia conciencia querría hacer algo por usted. Solo le pido que consienta. Sin esperanzas mayores sobre el resultado, & & &”.

Le dije que sí, más que todo para librarme de su presencia porque noté que estaba alterándose. Luego me sacaron de allí y me trajeron de nuevo a la celda.

No ha vuelto. Creo que todo se le olvidó.

El diario me lo devolvieron. “No encuentro nada decididamente malo en que lo lleves, hija mía”.

Empiezo a escribir otra vez. Sé que los médicos me atendieron y que por un momento volví a ser una persona. Eso me agrada y me da un poquito de orgullo.

Leticia, Juliana y yo. Pronto llegará otra mujer para la cama vacía.

Mientras viene, podré leer estas hojas que me dejó Luzmila.

GOLONDRINA Tenía siete años cuando vi por primera vez una golondrina. Desde el viento alto

cayó sobre el alero de la casa y empezó a chillar. Detrás de sus alas llegó la llovizna.

Tal vez, pienso yo, las nubes lloran lágrimas negras, que antes de caer al suelo florecen con dos alas.

La golondrina hizo un nido en el alero, y todas las mañanas subía al tejado para ver salir el sol. Por las tardes se metía temprano en su huequecito de paja, y se dormía. Quizá pensaba que las estrellas eran como una lluvia lejana.

Estos pájaros negros vuelan con mucha rapidez, y tienen forma de flecha. Las dispara la tormenta, pero no alcanzan a dar en la tierra. Es como si el viento las tomara de la mano, para alzarlas antes de que cayeran, destrozándose.

Desde que ví la primera golondrina, cuántas gotas de llovizna me han caído de las nubes del alma por los ojos, mojándome la cara.

ROSA (FLOR) Cuando vivía en el campo no pensaba, por ejemplo, en las rosas. Las veía con la misma indiferencia que un pedazo de roca. Ahora, desde lejos, pienso en el misterio que encierran. Porque nacen de la tierra y de ella se alimentan, y convierten el barro en pétalos, hacen la arena suave como la piel de un niño, y dan colores a la entraña oscura del surco. Pero, también, de ese mismo misterio nacen las espinas.

Cuando el botoncito principia a formarse entre las hojas, es como un nido. Esconde algo, un polluelo. El sol lo hace abrirse. Entonces, el nido es más grande, y ya no esconde nada. De él han volado los pájaros de perfume hasta las

ramas. Son aves sin voz, con plumas color de aire.

BANCOS DE LA REPUBLICA

PINO Junto a mi casa, los pinos esparcían un olor especial. Olían a silencio, a soledad. La última luz de la tarde se escondía en sus ramas.

Cuando se hacía de noche, salía en astillas. Las llamábamos cocuyos. Por las mañanas iban ensanchándose hasta comerse las tinieblas.

Cada piñuela del pino es como una lágrima que lloran esos árboles por los muertos. Porque los pinos son guardianes de los cementerios.

Cuando una paloma llegaba hasta ellos, los sentía estremecerse de alegría. Porque entonces su enorme cuerpo verde tenía un corazón con alas.

MI HERMANITO Yo tenía un hermanito. Un niño como esos que aparecen pintados en los cuadros de las iglesias.

Era bello y caminaba por el patio, a trompicones, como la luz de una vela bregando por alzarse entre la sombra.

En los labios le nacían las palabras. Eran los primeros frutos en el árbol de su vida, pero hachas de odio lo cortaron antes de que empezara la cosecha.

Un niño es como algo desnudo que palpita, como una vena al descubierto, como el pecho de una niña de quince años bajo el velo del agua.

Un niño que se asoma curioso al mundo, es como uno de esos pájaros que caminan tamba-

leándose por las ramas, sin atreverse a estrenar el vuelo.

Yo tenía un hermanito. Tal vez nuestras lágrimas fueron tantas que acabaron ahogándolo.

RIO (AGUA) El río es como una ovejita loca que salta entre las piedras. O como un poco de cielo que se hubiera caído en el pasto, y corriera siempre hacia ese otro cielo grande que es el mar.

Junto a mi casa pasaba un río con paisajes.

El río reza en voz baja, y a veces el viento lo acompaña con sus Avemarías entre los árboles. Cuando pasa junto a los trigales, el río se vuelve de oro.

TRISTEZA La tierra huele a pan tostado cuando la cortan los azadones o cuando la rasguñan los arados.

De pequeña, metía los pies y las manos en los surcos, como si fueran de agua, una espuma morena y dura que sabía a sal y a hierro.

Bajo los pies desnudos la tierra es fresca y suave, como harina, como el tamo en los montones después de la trilla. Es como una mano que abre los dedos, y que después se cierra sobre el grano, para sentir que lucha y crece, y para verlo luego cuando se asoma con sus largas pupilas verdes a mirar si ha cambiado el mundo.

Antes sabía leer en el campo, porque la tierra de mis padres era como una gran hoja con renglones abiertos por el lápiz del arado.

Ahora sé muchas cosas. Y sé, también, que la tristeza puede vivir más que nosotras mismas.

¿Serán las tres? Posiblemente. Aquí se pierde la noción del tiempo. Solo sabemos que llega la tarde cuando los barrotes de la ventana empiezan a tirar su sombra contra la pared opuesta.

Esta mañana me llamaron al salón de visitas. Entre las presas y los que vienen a verlas hay una especie de malla tupida que apenas permite distinguir las facciones. Por abajo, como en las ventanillas de la Caja Agraria en San Juan del Alba, hay un hueco circular; pero aquí no pasan los billetes o las libretas de ahorros, sino las manos de las reclusas, hacia afuera, cuando hay un ser querido. Pobres manos, me dan lástima, se estiran para salir. Me imagino que después las compañeras no se las lavarán en mucho tiempo y las colocarán junto a la cara como algo precioso, porque tienen en la piel un poquito, siquiera, de la libertad exterior.

Al principio no conocí al hombre que estaba detrás de la reja. Después de un momento lo indentifiqué: era el hermano del cura, el abogado que habló conmigo una tarde en la dirección.

Me extrañé de verlo y quizás obré como una tonta. ¡Ver un hombre se nos hace tan raro! Los guardianes que custodian las grandes puertas de los patios, o los que vigilan todo el día en las garitas, como centinelas, acaban por parecernos cerrojos entes armas.

Por eso me ruboricé al verlo. Sentí la cara caliente. Además, él conoce muchas cosas de mi vida.

Me habló. Si trato de copiar ahora sus palabras voy a fracasar.

"Le he escrito al Procurador General de la Nación. También al presidente de la Corte Suprema y al Ministro de Justicia. Considero que su caso es especial y que podría intentarse cualquier cosa, buscar un

resquicio legal para obtener su libertad. O al menos que la juzguen nuevamente en otro sitio. En su pueblo, es lógico, había un desmedido amor, o gratitud, o como sea, por el hombre a quien dicen que usted mató. Ni los jurados ni los jueces superiores podían obrar de manera imparcial”.

Más o menos.

Yo lo escuchaba sin levantar los ojos. Por descuido, había puesto mis manos sobre la tablilla. Y ellas solas iban asomándose curiosas al mundo que estaba más allá de la reja.

“Solo quiero pedirle que no pierda la esperanza. Usted todavía puede arreglar su vida. Es joven y... hermosa, y sin duda muy buena. Tiene derecho a esperar todavía la felicidad”.

Hermosa. Ahora, al llegar, me he mirado en el pequeño espejo hecho con una lata bruñida.
H e r m o s a .

En un momento me tomó las manos. Fue, creo, un gesto espontáneo de camaradería, de fraternidad. Como si quisiera darme una poca de su fuerza y de su confianza. Pero yo las retiré con violencia y él sin duda se sintió avergonzado porque bajó los ojos.

Al despedirse me dijo que volvería, que seguiría luchando.

Pero yo sé que todo está perdido.

Luzmila tenía un alma ingenua y una sed de aprender. De conocer todas las palabras, la música maravillosa de las sílabas. Pobrecilla, ahora en el patio de las tenebrosas. Y Leticia aquí. Trapea, afuera, los baños. Dentro de poco vendrá y tendrá olor a sudor y a mugre. Empezará a maldecir y acabará riñendo con Juliana o lanzándome sátiras. “La moscamuerta, se hace la loca para que la atiendan las

monjas. Y ahora viene con su aire de misterio a tirárselas de importante”.

Desde que violaron mi diario no me siento con deseos de su compañía. Quisiera hacerla buena, darle un poco de luz a su alma. Pero ella busca otra cosa. Prefiero tenerla lejos.

La cama número tres está vacía. El colchón enrollado. Se ven las tablas gruesas y toscas. El catre desparrado parece un perro al acecho.

Agosto 18/58

Me ha venido en una forma muy intensa el recuerdo del pueblo donde vive Fernando.

A San Juan del Alba se llega por una carretera amplia y pavimentada. A sus orillas, detrás de las tapias carcomidas, se alzan los sembrados: maíz, trigo, papa. En ocasiones se presentan a la vista amplios potreros con cerezos y alisos. Un riacho pequeño (el *Chiticuy*) va bordándole filigranas de cristal al valle.

A la entrada del pueblo están levantando una clínica y reponiendo una capilla colonial que absurdamente destruyeron.

El parque de San Cayetano es en realidad una especie de corralillo cercado, con una cancha de básquet en el centro. Los chicos del colegio en los recreos lo llenan de gritos y de risas.

Las casas, en su mayoría enjalbegadas, conservan un aire de misterio y de quietud enteramente coloniales. El parque, por el contrario, es de corte moderno. No sé si ya tendrá su estatua colocada en posición marcial sobre el pedestal de piedra labrada.

La iglesia es ancha y morena con su fachada de piedra. Hay palomas, y vuelan por todos lados desde la mañana hasta cuando, al atardecer, se refugian

en sus nidales situados en los aleros del patio de la alcaldía.

Hacia el oriente, para el lado en donde queda la Quinta de los Jesuitas, está situada la casa donde vive Fernando. Paredes de cal, ventanas con rejas salientes como en los pueblos de España, esos que sirven de motivo a las postales que compran los turistas. El portón es de color verde. Se abre sobre un corredor amplio, cementado. Más bien es una especie de vestíbulo que se parte luego en cruz. Los corredores laterales son de ladrillo, con barandas pintadas de azul pálido. En el centro, el patio y el jardín. Al lado izquierdo un suelo de lajas con tres palmas gigantes, de hojas en abanico; a la derecha suelo de tierra, y flores: miosotis, donsenones, jazmines, rosas. En ese mismo lado, el aljibe. Es único en San Juan del Alba. Tiene cinco metros de profundidad y está perpetuamente lleno de un agua cristalina y fría. Junto al aljibe, una mata de cananga con flores rojas y blancas.

Las habitaciones, con suelo de estera y paredes cubiertas con papel floreado, son alegres y claras. El comedor tiene amplias ventanas que de frente dan al jardín y por el otro lado al patio posterior, de tierra, con terraplenes donde crecen caléndulas, hortensias y margaritas. Hay fresas; y otras más pequeñas que se llaman frambuesas. Duraznos, y una mata de brevo.

Más lejos queda la huerta: ciruelos peros manzanos. Un cerezo enorme junto a lo que antes fue una alberca, de la que afirman que a veces se levanta un beato que vaga por los corredores en la noche.

Y finalmente la pesebrera. Portón amplio que da a la calle, por donde entraban las trilladoras cuando era diciembre.

Todo lo de la casa lo supe una vez que fui a verla, con esa muchacha morenita que se llamaba Rosalba y que también estaba enamorada de Fernando.

(Me he propuesto describir el pueblo tal como lo ví en esos meses que pasé bajo su cielo, a veces gris, en otras intensamente azul).

Al norte, San Juan del Alba vá muriéndose poco a poco. Las casas se hacen más espaciadas hasta que, de pronto, sin saber a qué horas, se llega al campo. De nuevo los mismos plantíos y la carretera angosta y polvorienta hasta Cerinza y más allá, a Soatá, con sus dátiles, sus muchachas de ojos oscuros, su río profundo que brama entre peñascos. Después Capitanejo con las hojas de tabaco secándose bajo los caneyes. Y Málaga, y bien al norte, ya casi en la frontera con Venezuela, Cúcuta, ciudad cosmopolita y comercial.

De nuevo aquí entran las charlas de Fernando. Pero eso sería motivo para otra página. Por hoy he terminado. Está bueno de recuerdos.

Un día volveré a ocuparme de San Juan del Alba, pueblo pequeño y cobijado bajo las montañas azules, con sus casitas blancas como palomas, con sus palomas como besos, con sus campanas como risas de bronce. Otro día, Celina, volverás a escribir. Hoy te ha quedado en el alma un sabor de dulce añoranza.

Diciembre 25/58

Ayer, desde muy temprano, empezaron los preparativos para la Navidad. También en la cárcel se celebra y es si se quiere mayor el recogimiento, más sincera la oración.

De un lado a otro del patio colocamos cintas de papel de distintos colores. También bombas de cau-

cho amarradas con largos hilos. Habían traído musgo y vestimos el pesebre en un rincón de la capilla. Dos monjas de la enfermería ayudaron dando consejos, fabricando lagos de cemento y puentes de greda labrados simétricamente para semejar ladrillos.

Por la noche prendieron candelas, volcanes y totes. También luces de bengala y unos cohetes pequeños que pitán cuando arrancan, como una sirena, y que van apagándose suavemente, dejando en el cielo oscuro un caminito rojo.

Nos dieron chocolate extra y un pan dulce y bueno, que me recordó a *Macolla de Guafa* y a los amasijos que hacíamos, una vez cada quince días, con Demetria, la que espantaba las rayas en el Pauto cuando me daba por bañarme en el río.

Todo ha pasado ya. Hoy es un día como cualquier otro.

El veintinueve habrá confesión. Siento deseos de ir a donde el padre, contarle mi vida, pedirle que me ayude para no ahogarme del todo en este mar horrible. Pero es el mismo que leyó mi diario y sin duda me reconocerá.

Quizá vaya. Aunque sea por fortalecer un poco mi ánimo contra el cerco que me tiende Leticia. Mírala allá en su cama hipócrita fingiendo dormir.

Nos anunciaron ya una nueva compañera. No sé quién será. Ojalá resulte parecida a Luzmila. Se podía hablar con ella. No tenía malicia. Cuando dentro de un tiempo la saquen del último patio será una enciclopedia de corrupción. ¿Cómo lograría readaptarse a la vida social después de cumplida su condena? Estará tan manchada que ni siquiera lavándose con ácido podrá limpiarse.

Estoy buena para sermones. Me subiré a un púlpito, como el que hay en la capilla que parece un

cajón de vendedor de específicos; o como el que se ponía en la sala del hato cuando iba el cura a decir misa, una vez en el año. Y diré: "Señoras y señores".

No. Podría decir más bien: "Hermanas y hermanos míos". Y empezar.

¿ c ó m o ?

Abajo de nosotras está abierto el infierno. Sus puertas son bocas que siempre tienen hambre. Pero el diablo no come carne asada, ni salchichas, ni cristianos a la parrilla. Tiene un apetito inextinguible de almas. Y ¿qué es el alma? ¿Se puede digerir? ¿Alimenta? ¿Quita el apetito? Eso no importa hermanas mías. Solo sabemos que el diablo para conquistarlas es un verdadero demonio. Se vale de todas las argucias imaginables. Pone velos de rosa que tapan las llagas y cortezas de pan moreno sobre los excrementos. Y una vez que nos haya puesto el hierro de su marca nada podrá borrarlos.

n a d a .

Me gusta separar las letras, así: s i . Se ven mejor, solas, con su propio ropaje, sin pedir prestado a la letra vecina. Pero aisladas son como soldados que no se agrupan en ejércitos, como aves migratorias que no se juntan en bandadas.

Tus manos, hija mía.

Son limpias, perezosas, calladas, canallas. Efectivas, acariciadoras, precisas. Una mano en la cárcel.

Recuerdo un cuento, de esos que se les escapaban a los vaqueros después de las faenas cuando se reunían delante de una lumbre escasa a tomar aguar-diente y a comer pedacitos de carne seca con sal. Hablaba de que a un hombre que lo metieron a la cárcel.

Se me ha olvidado. Algo de que antes su mujer

era su mano derecha y que allí su mano derecha era su mujer.

Es confuso, Celina, no intentes explorar estas cosas. Vamos, ten paciencia, cálmate. Solo te faltan veinte años, no seas tonta. “¿Qué son veinte años comparados con la eternidad?”. Tuve deseos de decirle: lo mismo que un moco en relación con su nariz. O algo peor. Pero soy una chica decente. Y punto.

Por la ventanalta entra la mañalara. Apócope.

Véase, por ejemplo, la manera de hablar que tienen los llaneros. Mi tío Ramiro nunca me dijo Celina. Ina. A veces ni eso. Na. Una sílaba. ¿Para qué complicarlo todo con muchos términos? ¿Y yo qué hago? ¿Cómo puedo tener derecho a quejarme si me sobran veinte años? No me faltan, eso es: me sobran. La vida me los debe pero no tengo ánimos para cobrarlos. Que más bien se los cobre mi muerte. Porque ambas cosas son mías. ¿El suicidio? Vamos, no seas tonta. “Después te casas con un muchacho joven, con el que quieras. Son solo dos o tres meses de aguantar este vejestorio estúpido”. Cierra los ojos Celina mientras te babosea piensa en algo bueno un bombón dos millones de pesos representados en vacas y tierras verdes.

Mijalloconesbo

Eso era. Una combinación exacta. Jacobo y sus millones. Mi madre no entendía cosas distintas a las relacionadas con la chequera. Me imagino que al morir, cuando le hagan la autopsia, le encontrarán en lugar de corazón una letra de cambio.

¿Cómo suena? ¿cómo se ve extendida sobre el papel amarillento ya con esta tinta roja?

f e r c e n a n l i d o n a

los dos unidos.

Así estuvimos una vez, una noche, un siglo. Un

instante. Mi piel ahora perdiéndose entre los dedos de Leticia.

Fernando, te amo, te amo. Te deseo con mi alma y mi cuerpo. Te pertenezco.

Estás lejos, perdido. Fernando mío mi pasión mi ternura.

Lejos parasiempre.

Ammma. Emmma. Se llamabbba Rossalbba.

Morena, también estaba amándote. Te seguía con los ojos a espaldas de su novio. Te hubiera dado sus besos como yo mi cuerpo como yo su cuerpo.

caos / confusión / caldo crudo / corrupción / có- C
lera

asco / amigas asexuadas / anormales /
arrebatos animales A

riñas / robos / rostros raquíuticos / rabia R

celdas / celos / celosías / cemento C

errores / exabruptos / exacerbación erótica E

líos / locura / leucemia / libertad ligada L

Todo para escribir una palabra: CARCEL.

Estoy aquí, hermanas mías. ¿Qué importa que sea o no culpable? De todas maneras me tratan igual. Me asustan me hieren me gritan me castigan. Soy un trapo puesto en la punta de una escoba que limpia cloacas. Peor que eso: una basura abominable despreciable miserable execrable.

"Tus manos". Sí, mis manos, estas que toman el bolígrafo, que dejan las líneas que forman mi cuadero, este nuevo miembro de mi cuerpo, esta otra pierna, otro corazón, otro esófago. Estas. San Juan del Alba, pueblo distante, amorosamente arrullado en mi corazón. Mis manos. Pueden también escribir amor lujuria sexo. Pueden poner palabras blancas como harina hostia perdón justicia. O palabras ro-

jas como cólera maldición homicidios incendios. O palabras verdes como esperanza.

Otra vez viene,

No es posible, he estado manteniéndola alejada distante esfumada como perdida en su indiferencia, jugueteando con las gorilas para que le permitan salir de su cueva por las noches mezclarse con ellas inmiscuirse irse, volver a la madrugada con humo en los labios insomnio en los ojos jabón fino en las manos, ella ahora viene caminando por la celda está oscuro apenas entra un poco de tiza nocturna por la ventana corrigiendo a ratos la sombra de las rejas sobre la pared o trocitos de nubes sueltas que vienen un instante traqueteando por el cielo y se compactan y se invitan unas a otras a contar historias tristes hasta que empiezan todas a llorar, camina se acerca a mi cama, antes de sentir sus manos en mi rostro siento un cosquilleo inexplicable inevitable por mi piel se me eriza como cuando se tiene mucho miedo o mucho deseo como debía estar la de Danilo cuando me miraba antes de que lo hiciera echar del hato o la piel de Demetria metiéndose en el Pauto exponiéndose a la picadura de la raya, pero ahora no hay peligro, si acaso un poco de deseo incontrolable absurdo como todo lo que pasa aquí tras estos muros grises color de tiempo de silencio de olvido se mueven sus brazos desnudos su cuerpo enfundado en la camisa igual blanca sin mangas igual sin pliegues ni adornos de tela burda para martirizar la carne pecadora tus manos hija mía tus manos sus manos ahora en mi rostro me buscan los labios me tocan los ojos las orejas me hacen cosquillas en el cuello sobre los hombros siguen explorando incansables despiertan la tropa de mi de-

seo sudo tengo calor me asfixio ahora tocan levemente mis senos sabias perversas me ahogan estoy en un río de fuego y al fondo gira la muerte dulce muerte en sus brazos atravesada por su amor sacrificada en él fundida ardiente como una tea que se consume consciente de su propia destrucción ahora es ella toda ella aquí a mi lado su boca me cerca como una horda de guerreros me busca la piel las mejillas mis ojos cerrados mis labios apretados violentamente es ella su lengua como una víbora caliente me tocan sus dedos soy un inmenso piano que vibra a un solo acorde mis cuerdas están prontas a romperse maldita la odio ahora ahora me ahogo nuevamente definitivamente sus manos hija mía hermana mía amante mía mi compañera mi enemiga y mi amor todo en fin locamente todo danza danza mi cuerpo también gira giran sus manos y sus ojos y danza y retorna, gira,

Enero 30/59

Ayer mataron a Leticia.

Por alguna razón estaba indispuesta con la gorila de turno, y en una de sus vueltas por el corredor notó el olor del cigarrillo americano que salía de nuestra celda. Entró, furiosa, como enloquecida, energúmena. Leticia apenas tuvo tiempo de esconder la colilla bajo el colchón. Cuando la vigilante abrió la puerta percibió sin duda el olor más intenso y vio el humo. "¿Cuál de estas perras desgraciadas está fumando?", preguntó. Ninguna contestó. Nos miró con el garrote en la mano y se fue acercando a nuestras camas, a olernos la boca. Pura comedia, ella sabía de sobra quién fumaba. Ella le había dado los cigarrillos dos noches antes.

Cuando se acercó a oler a Leticia, ésta le dijo: "Vieja bruja, ¿me robarás un beso?". La mujer la golpeó. Nosotras empezamos a gritar. Por fortuna llegaron pronto dos celadoras del patio principal y encontraron a Leticia medio muerta por los golpes que le daba la gorila. Claro, ella deformó los hechos como quiso. La acusó de haberla atacado cuando la reprendió por estar fumando en la celda. Se armó el alboroto más grande, esculcaron en todas partes, encontraron las colillas bajo el colchón de la cama donde dormía Leticia, nos revolvieron la ropa, casi nos hacen desnudar. "Tienen marihuana, seguro", decía la vieja arreglándose el pelo que Leticia había alcanzado a agarrarle.

Parece que las otras habían tenido tratos con Leticia. Lo cierto es que calmaron los ánimos, pero para imponer alguna sanción, para que no se cayera y se acabara de relajar la disciplina, sacaron a Leticia al castigo de costumbre: lavar todos los baños del patio.

Esto es inhumano. Si llevan a cuatro o cinco acaban medio muertas, sucias hasta las últimas partes escondidas del cuerpo, oliendo a excrementos como bestias. Y ayer le dejaron todo el trabajo a ella sola.

Eso se pensó. Sin embargo, habían enviado a otra a que lavara la mitad de los excusados. La mandaron sin que las tres de este corredor lo supieran. Posiblemente una orden de la dirección, porque era una presa del último patio, de ese donde están las reincidentes más peligrosas. Allá se les agota pronto la provisión de castigos y tienen que apelar a buscarlos en otros patios.

Las cosas están todavía algo oscuras. Aquí las paredes no tienen oídos, pero parece que tuvieran labios.

Así nos enteramos de que Leticia se encontró de

repente con la otra, a eso de medio día y cuando ya estaban casi terminando el trabajo. Ahí empezó todo. O terminó, más bien. Aquí se sabe que las presas reincidentes son peligrosísimas y que tienen armas. Se roban las cucharas del comedor y durante días y noches las afilan, les amarran hilos para formarles la cacha y las convierten en cuchillos.

Tres puñaladas le dieron a Leticia. Pobrecita. Todas tres mortales según cuentan que dijo el médico.

A esta hora la estarán enterrando. La sacaron en un cajón oscuro, sin adornos, y se la llevaron en el camión para el cementerio. Tendrá una tumba en el suelo, y una cruz, y en ella un letrero hecho con tinta negra, con letras gruesas, que dirá: Leticia... ¿Leticia qué? No supe su apellido.

Debía llorar, quizá, pero no puedo. Yo quería a Leticia. No como ella a mí, en la misma forma únicamente física. Yo deseaba mimarla, hacerla más noble, darle algo de fe aun cuando yo misma no la tuviera. Ahora está muerta. Es terrible pensarlo. Saberla metida dentro de una caja, rígida, inservible, que no palpita su corazón, que es pasto de los gusanos, que su piel, tirante y fría, empezará pronto a pudrirse. Es tremendo pensarlo. Horrible.

Por eso no volveré a acordarme de Leticia. Lo juro.

Marzo 3/59

Las dos camas vacías han sido ocupadas. Primero, a la número tres, llegó Diana. Tiene un cierto parecido con L.

Había prometido no escribir sobre ella, pero es inevitable. Vivimos en un círculo muy reducido. Las variaciones son tan escasas que cualquier tentativa por huir de la rutina se frustra desde su comienzo.

Sí, Diana se parece a Leticia. Es como ella alta y morena, de carnes abundantes, de pelo negro y crespo. También, como la otra, viene de la costa. En este caso de un pequeño pueblo casi borrado ya, del departamento del Atlántico: Menguagua. Pena: dieciséis años. Delito: asesinato.

Hace poco la cama que perteneció a Leticia fue ocupada por una mujercita insignificante. Silenciosa, retraída, diríase tímida u orgullosa. Recibe con indiferencia los insultos y permanece horas enteras sentada en la cama con los ojos fijos en el suelo, los brazos colgándole entre las piernas. No sé siquiera su nombre. "Ala", le decimos. "Ala", le dicen las gorilas que vigilan los corredores y los patios, que meten sus cochinos dedos en los paquetes que les traen a las reclusas que tienen parientes. A la número dos (así es más fácil distinguirla) vienen a verla con frecuencia. Quizá por eso es tan callada, lo que se llamaría "formal" en un colegio: no quiere perder la visita que es permitida el primero y el tercer sábado de cada mes.

Todo sigue igual. Hablamos con Diana, es alegre, yo diría que tempestuosa. Al recordar lo que hicimos con Leticia siento no sé qué, algo raro por dentro. No puedo evitarlo siempre que veo a Diana. Pero son cosas viejas, idas ya. "Tus manos, hija mía". Desterraré los pensamientos insanos y me encerraré en una coraza de santidad.

carabina

cara cabina rabina barca barcina cana acibar ara
carina nácar

He dedicado toda la tarde a tu recuerdo.

Cuando pienso en tí siento un dolor agradable, una amargura con sabor de panal.

Te sé perdido para siempre y sin embargo sigo teniendo la esperanza de tu cariño.

Cuando el cielo está limpio, por las noches, y los astros tienden sobre el mundo dormido caminos de luz, subo por ellos hasta el corazón del infinito para oír cómo palpita tu recuerdo.

Sobre la piel de mi alma están frescos tus besos.

Estás dulcemente reclinado dentro de mí, como un niño imposible.

Soy un tallo y cada día que pasa es una espina nueva; pero nada me importa su filo traicionero mientras pueda sentir que tu ternura me hace florecer cada mañana.

Si escribo tu nombre todo se llena de luz a mi alrededor.

Una sola de sus sílabas es suficiente para derruir los muros, para que mi espíritu recupere la libertad.

No me arredran las cadenas impuestas a mi carne. Todo cuanto me interesa es que mi pensamiento continúe libre para estar junto a tí.

Fernando, escribo tu nombre y oigo que el viento, en los barrotes de la ventana, suena como un violín y una flauta que se hermanan para hacer más enternecedora su clara melodía,

Me acuso, padre, oiga usted, mire su reverencia, voy a contarle cosa por cosa, detalle por detalle, para que se haga cargo de lo que me pasa y vea si me puede absolver, si es capaz de darme de nuevo derecho a pelear contra el mal por mi pedacito de cielo, por un rincón en el inmenso hotel guardado por San Pedro.

Yo vengo de la costa, entiende su reverencia, la costa es un sitio tormentoso porque allí el demonio no tiene necesidad de poner las tentaciones, estas se ponen solas para todos y todas, salen de aquí, de

cualquier beso robado, de un muslo que se vé, de la luna que se ahoga todas las noches, que se tira de cabeza al mar desde el acantilado de las nubes.

Allá en mi pueblo, padre, en la cumbre de un monte donde no había luz vendíamos espermas, mire, somos cinco hermanas, vea señora, necesitamos seis, una para alumbrar la alcoba, una, no me importa a dónde van las otras, para eso esto es una tienda, sí señoritas, sí su reverencia, una tienda donde se venden cosas, libras de arroz por ahí de unas catorce onzas, una tiene hijos y marido haragán y debe mantenerlos con cualquier robo de esos chiquitos, los acaparadores el gobierno los curas todos roban más, perdón su reverencia, saquemos las sotanas de este embrollo, pero en fin, yo robaba dos oncitas en cada libra o tal vez menos, y vendía también panela, sal, espermas y plátanos, esos me los llevaban del pueblo vecino que tenía un clima tibiecito y siempre iban las cinco hermanas, padre, usted compréndalas, no vaya a condenarlas sin conocer sus motivos, claro su reverencia, no estoy confesando los pecados de ellas sino tratando de recordar los míos lo mejor posible.

No, yo no quería matarlo, él se vino con fuerza encima del cuchillo con que estaba pelando las papas en la cocina y se ensartó, imagínese su reverencia el susto tan tremendo cuando lo ví en el suelo chorreando sangre de la barriga, con las tripas por fuera, yo no pude decir una palabra, me quedé muda y así estaba cuando llegó el hombre ese, el muchacho que dicen que, pero no es cierto, llegó, no sé de dónde, vino y me vio parada y con el cuchillo en la mano y mi esposo en el suelo, y se agachó para ayudarlo a bien morir, no padre, no crea, él no lo estranguló, simplemente le tocaba el cuello para ver

si la vena todavía le daba brinquitos como cuando estaba vivo.

En esas estábamos, padrecito. Puede usted creerlo como que estamos de día, cundió la violencia por el pueblo, se trepó a los cerros y llegó a nuestra casa. Yo no quería que me violaran a las hijas, no esperaba verlo jamás. Y entonces llegaron ellos. ¿Sabe? Los bandoleros. Esos malditos que Dios confunda y tenga en eterno castigo entraron al patio con caballos, amarraron a mi esposo a una columna del corredor y mientras tanto hicieron fiestas con nosotras, sí padre, conmigo y mis tres hijas, primero con ellas para los mandones, para los que llamaríamos los capitanes, las cogieron del pelo y les rompieron la ropa, las dejaron en la puritita almendra, padrecito, como yo las eché al mundo, y yo que no las había visto así desde chiquiticas, desde que las bañaba en el patio cuando tenían seis cinco cuatro años, me sentí morir de vergüenza y ellas lloraban desnudas las tres en el patio, desnudas, hasta que todos esos bandidos pasaron como dando la vuelta, como jugando a la ruleta, cada uno con las tres, después conmigo, me echaron a la chusma, a los soldados como quien dice, a los perros, a los leones...

No es que me gusten las mujeres, padre, antes de entrar a la cárcel yo las tenía de amigas, nos abrazábamos como los muchachos cuando salen de cacería a los campos o como los peones cuando están contentos después de la siega. Pero ahora es diferente, su reverencia, nosotras no podemos tener la carne dormida como ustedes, no somos santas ni hemos hecho votos de castidad y además nos arriscamos, padre, la carne es débil dicen ustedes, débil y propensa a las malas inclinaciones. En esta soledad, en este encierro, sin hacer nada, todo el día echadas en

el catre o por las noches cuando llega el insomnio, cuando una se pone a acordarse de la cara del muerto o a pensar que le faltan tantos años tantos días tantas angustias, entonces para desterrar el desvelo es mejor buscar una, padre, usted comprende, no cosas graves, apenas, todo, en fin, los labios, una mano, un cosquilleo sobre la piel, es imposible dejarlo, abandonarlo, por qué no se buscan medios, métodos, pónganos cadenas o a trabajar con picas y barras abriendo la selva, como hombres, hasta que nos muramos, llévenos a la silla eléctrica, fusílenos. Pero no se les ocurra dejarnos todo el día aquí, cuatro en una pieza, mirándonos, mostrándonos, no, es la locura, yo no tenía amigos, tenía amigas, muchas, buenas, sanas, no como ahora, cada vez que veo una me tiemblan las piernas, me pongo hueca, es horrible, sola, sola no quiero, debo permanecer, mis manos, mis oídos, esto es desastroso, ¿sabe usted, padre?

Vino a mí poco a poco, muy calladita. Y yo sabía ya todo el cuento. Sí, yo tenía un amante y eso no puede tachármelo nadie, es pecado, claro, pero qué no es pecado para ustedes, es pecado vivir, amar el aire, amar a un hombre, algo, al amor lo han llenado de mugre, que no he venido a confesarlo sino a contarle mis pecados, sí, vino ella y yo sabía que me había robado a mi hombre, ella, pedazo de mi carne, de mi entraña misma. No podía dejarlo. Eran él o ella, y lo escogí a él. El cuchillo estaba afilado, eran noches enteras de pensar en la posibilidad de que me lo quitara. Y así, padre, cuando la ví venir del río con la cara húmeda por sus besos, con la blusa abierta por sus manos, la esperé, la aceché, y le clavé el cuchillo tantas veces que después no encontré un solo sitio donde no estuviera herida.

Nos pusimos de acuerdo, padre. Yo me había casado obligada, en la casa querían tener un apellido ilustre, el viejo se me acercaba por las noches, me decía mil cosas, me pedía otras, a veces accedía, pero luego me paraba a vomitar, en cambio ella, era distinto, algo como más espiritual, no tan brusco, tan grosero, tan sucio. Y resolvimos matarlo, su reverencia, así, quitarlo de en medio para que ella se viera a vivir a mi rancho, a estarnos todas las noches muy juntitas en la puerta sentadas mirando cómo brillaban arriba las estrellas y a la derecha las luces del puerto. Sí, padre, esa noche estuvimos allá esperándolo y llegó borracho de ron blanco, apenas una puñalada le dí en todo el pecho cuando se quedó dormido, le saltó un chorrito de sangre clara, buena, aguardientosa, y ella, que estaba mirándome mientras lo mataba, me quitó el cuchillo y le encimó una puñalada en la garganta por donde pasa la vena gruesa y azul que se mueve como un cauchito.

Y aquí no pasa nada, su reverencia. Vigilamos a las presas con honradez, las castigamos cuando se ponen insoportables, esculcamos las comidas para que no vengan limas o sierras que puedan facilitar una fuga, les registramos todos los sábados la ropa a fin de que no escondan marihuana o revistas pornográficas. Entonces cómo es posible, no me pregunte nada, su reverencia, sabe, mi esposo toma, es un borracho perdido y miserable, le ha dado por enamorarse de mi hija que es su hijastra porque el desgraciado no tiene tiempo sino de beber, y me vengo maldiciendo de todo, de esta vida estúpida y amarga, soy partidaria del divorcio y cómo no voy a serlo viviendo en el infierno amarrada a la pata de un diablo viejo y corrompido, entonces me arrepiento, pero padre, no se vaya sin darme la absolución por-

que mañana no podré comulgar y la directora se imaginará no sé qué cosas, no, también lo hago por fe, pero es que si me vé que no paso me quita el puesto y mi marido es un vago y etcétera y demás, amén.

AMEN.

Mayo 16/59

Diana me ha hecho una proposición terrible. Tengo miedo.

Pero al mismo tiempo una extraña, agradable inquietud.

Nunca había pensado en eso.

Quizá por lo mismo me parece tremendo.

Ella es una mujer decidida. Parece superficial pero medita cuanto dice, mide sus más pequeñas acciones, controla sus gestos. No es como Leticia, en cuanto al temperamento. En lo físico se asemeja mucho. Su interior es diferente.

¿Sería capaz? Si tuviéramos algunas posibilidades de éxi

Septiembre 1/59

Hemos hablado muchas cosas con Diana, pero me da miedo consignarlas aquí.

Casi cuatro meses de planes. Ella tiene una amiga entre las gorilas. La misma que hizo castigar a Leticia el día en que la mataron. Diana parece dominarla. Ella no se escapa por las noches, no fuma ni comete atentados contra la disciplina. Simplemente conversa con la guardiana por entre las rejas, en susurros que no alcanzamos a entender.

Barcos de papel. Balandros de madera en su cárcel

de vidrio. Barcazas cargadas con racimos de ilusiones.

Angélica habla a ratos conmigo. (Es la número dos). Demacrada, fantasmal, semeja más bien un espectro. Y tiene sus ideas raras. Habla de la muerte como de una cuestión dulce, un tránsito luminoso, una liberación. Eso es: como una vía más allá de cuya meta está la libertad absoluta.

Noviembre 6/59

Los planes siguen adelante. Diana me habló esta mañana de ello y parece que todo está saliendo bien.

Otra vez Angélica con sus locas ideas. Tiene obsesión por el suicidio. "Mira, me dijo, creo que es lo mejor. Si de todos modos debemos morir ¿por qué no apresurar las cosas un poquito? Es preferible la oscuridad definitiva a este encarcelamiento".

"¿Te falta mucho para salir?", le pregunté.

"Imagínate, once años".

"A mí me faltan veinte".

Estuvo a punto de caerse de espaldas. Ahora es más amable conmigo, me tiene cariño.

"Yo en tu lugar no esperaría tanto tiempo. Una pastilla, un corte en una vena, un lazo colgado en los barrotes". "Para suicidarse es necesario haber perdido por completo la fe", le dije. Y me preguntó: "¿Tú la conservas todavía?"

Dipi apa napa mepe hapa dipi chopo quepe nospo fupu guepe mospo.

¿Saldrá bien?

Tiene comprada a la gorila. No sé en qué forma. Posiblemente por dinero. Estas pobres mujeres deben muchas veces sostener el hogar; con lo que ganan al mes apenas les alcanza para una semana. No es raro que se vendan. Lo único por lo que pueden

ofrecerles es por su honradez. Lo demás lo tienen perdido o fuera de mercado.

Angélica rostro de serafín. Es el fin de la cera, el último toque de la palidez.

“Voy a cortarme las venas una de estas noches”. “¿Y cómo?”, “Ya lo tengo previsto, Celina. Y resuelto”.

estero yaruma corozo corocora.

¿Sabes, Angélica? Hay cosas bellas que hacen agradable la existencia. En el Llano, por ejemplo, hay paisajes que nos reconcilian con todo y que nos hacen aceptar la amargura como una condición inherente a la vida, sin que la maldigamos. Imagínate, se extiende el estero por centenares de metros. Un estero es, Angélica, cómo diríamos, un lago semiseco. Y sobre él desde el cielo caen las garzas. Hay de todos los colores pero las más corrientes son las rojas y las blancas. Parecen un manojo de claveles vivos que van despetalándose. También hay garzas azules, de un color pálido, casi verde, que se confunden con las palmas. Y por las noches el cielo se vuelca todo en los esteros y tiran los moriches pepitas de lumbré sobre el agua.

Estuvo bien, Celina. Puedes leerle el párrafo anterior a tu amiga; quizás así la convenzas de que no se suicide. Pero a lo peor surte un efecto contrario. Porque la descripción de toda esa belleza la entristecerá más por haberla perdido.

Cinco años, cinco meses, cinco días. Todo este tiempo llevo presa. Horrible, pasa el tiempo. Debo estar vieja, ajada, despreciable.

f e a : fuego epiléptico apocalíptico : f e a .

Es curioso. Todo principia por cinco. Los años, los meses, los días, los dedos de mi mano, los barro-

tes de la ventana alta, los de la puerta enrejada.
Cinco 5555.

Hace casi cuatro años que estoy viviendo en esta misma celda, en este cuarto, sus paredes grises de cemento con inscripciones obscenas que persisten todavía sobre la cama de Juliana.

Hace un año, ya casi, que mataron a Leticia. Desde entonces mi piel está sola. A veces

dipi apa napa. Me estremece su propuesta. Pero ella tiene muchas maneras de hacerlo. Ahora que la conozco bien, sé que lo hará. Lo haremos. No podría perder esta oportunidad única.

¿Y afuera qué? ¿A qué voy? ¿Quién me espera?
Este es el esquema:

papá

mamá

esposo

novio

parientes.

Uno: muerto. Murió ahorcado, en una casa de San Juan del Alba.

Dos: no sé. Aunque viniera a llevarme al palacio de la felicidad le tiraría las llaves por la cara.

3: muerto. POR FORTUNA.

Quinto: no iría a *Macolla de Guafa*. ¿O por qué no? (¿Mi madre vivirá todavía?). Podría esconderme en el hato por muchos años sin que lograran encontrarme. Conozco sitios secretos, las increíbles hondonadas que se presentan en la llanura por los lados del Pauto, sobrecubiertas con una engañosa vegetación bajo la cual existen laberintos como cavernas prehistóricas. Nadie me encontraría. Quizás hallara en una de mis correrías a Danilo y le diría que ahora estaba en capacidad de que me amara, de que me

Número 4: lo he dejado de último, a propósito.

Fernando posiblemente vive en San Juan del Alba todavía. Tiene una novia o una esposa con niños. Dos o tres. Escribe. Publica poemas en los periódicos. Lo mismo hizo mi padre en sus diez primeros años de casado. Fue famoso, conquistó su corona de laurel como se acostumbraba en ese tiempo; y después la cuchilla, la aplanadora, la dominación, el caos. Fernando estará en la primera etapa, quemando aceite, todavía bueno el motor aunque ya con una tos sospechosa.

¿A qué voy al exterior?

¿Y el hermano del cura? No ha vuelto, se perdió también. Lleva más de un año sin venir. "Tenga paciencia y fe". "Tus manos, hija mía". Mis manos. Para qué me sirven si no son capaces de romper los barrotes, de levantar un arma que asesine, de conseguir un hombre que me ame, ahora, cuando empieza nuevamente el desasosiego, la locura, la angustia que me moja las sienes, las

Angélica tiene algo raro bajo la almohada. Parece un espejo. O un vidrio. ¿Se cortará las venas con él?

Era un espejito medio roto. Me gusta verme la cara, dijo cuando me le acerqué hace un momento. También me miré. Vencí el miedo y me contemplé en el pedazo de vidrio azogado que devolvía mi imagen. Todavía tengo firme la piel; aún no empiezan a notármese las arrugas bajo los ojos o en las comisuras de los labios; mis ojos están opacos y algo tristes; estoy pálida y unas ojeras muy marcadas delatan mi insomnio de anoche. Juliana me gritó algo, tal vez *estáte quieta, deja de molestarte, deja de hacerte la cosita, guarda tus manos en otra parte*, algo, no sé. Ahora me mira mientras me observo en el espejo. *¿Te fijas? Cualquiera se da cuenta de que no duermes, de que te pones a*

Eso lo copio para que nada se me escape. Ahora ni siquiera muerta podrían arrebatarme este diario. Por eso escribo:

DIANA Y YO VAMOS A FUGARNOS.

No sé cuando. Lo tenemos pensado, planeado en todos sus detalles. Nos estorban Angélica y Juliana. Tal vez ellas se enteren y nos delaten o quieran marcharse con nosotras. Sería imposible. La gorila solo garantiza la fuga de dos. Diana me eligió porque desde el principio nos hicimos amigas.

Podemos esperar todo el tiempo que sea necesario. Un mes, un año. No interesa. Solo nos importa que esto salga bien. Un año tiene trescientos sesenta y cinco días, algunas horas y minutos. En cambio diecinueve años tienen diecinueve veces esa cantidad. Este es el razonamiento que nos hacemos con Diana. Hablamos en voz baja, ella recostada junto a mi cama, y creo que Juliana piensa que tenemos también nuestras cosas raras como cuando Leticia. Pero en este caso es diferente.

Angélica se desviste para acostarse. Su cuerpo es insignificante, anguloso. Se tapa nerviosamente, se alista, se estira bajo las dos mantas que no alcanzan a protegernos de este horrible frío de la sabana. Dentro de poco Diana vendrá al pie de mi cama y empezará a hablarme al oído. Su boca cerca de mi cara me produce malos pensamientos y siento por todo el cuerpo un cosquilleo delicioso. Creo que alguien me revuelve el cabello, que una mano invisible me toca la cara, y desearía que ella nunca terminara de hablar, que estuviera siempre pegada a mi oído. Pero nada sospecha, parece no enterarse de que existo, de que puedo tener

¿Por qué me vuelven estas cosas? ¿Las tacho? ¿Y para qué? Si yo solamente he de leerlas no vale la

pena borrarlas porque este cuaderno perdería lo que le resta de estética. Las hojas que se han multiplicado en forma alarmante me hacen un bultico sobre el estómago en donde lo llevo escondido. Parece que estuviera embarazada.

Eso exactamente. Eso.

pa'abrâ abra labra sabrá habrá

Palabra que puede tener diversos significados, que pronunciada en una forma es dulce, modulada en otra fatal. Abra que insinúa una puerta, una salida, un escape. Labra la piedra, la erige en columnas columnatas como el pedestal para la estatua del general No Sé Qué en San Juan del Alba. Sabrá, que tiene sabor a libro abierto, añoranzas de maestra de una pequeña escuela de Trinidad, perdida en la llanura inmensa, violada por un escuadrón de los policías que llegaron de la capital a sembrar odio. Habrá, que es solo esperanza. ¿Ves, Celina? De la nada aparente van saliendo cosas concretas.

CELINA: ¿Qué es el odio, Maestra?

MAESTRA: Es la negación de Dios.

Ya casi no se vé. La luz se ha vuelto mala, dicen que están haciendo reparaciones en los motores del salto aunque no sé de qué se trate ni de qué motor ni de qué salto. En fin, corren las noticias. Por eso la luz parece arriba una candelilla, un cocuyo cansado con su farol gastado ya próximo a la muerte. Estas hojas me quedan algo mal, pero son las últimas del día.

Angélica me tiene preocupada. Revuelve bajo el colchón, esconde algo, suspira, se tapa la cara con las sábanas, llora, sonríe. ¿Qué trama? ¿Será capaz de suicidarse? ¡Absurdo! La esperanza persiste.

No debo ser buena. Las gorilas abusan, las presas

se aprovechan, el director cuando viene te echa unas miradas que te quitan el uniforme la combinación de tela áspera los pantalones con remiendos de colores como los que usan los payasos, esos que fueron una vez a *Macolla de Guafa* cuando estaba ya pasando la racha de la violencia. En cambio si eres mala te tienen respeto, te cogen miedo. Y al final Celina para rematar te sacan a lavar los inodoros a palcar excrementos hasta que una reincidente te pegue tres puñaladas.

Eso es. Final, meta, terminación. ¿Nada nos espera más allá de la podredumbre? ¿A dónde vamos luego? ¿Toda esta fuerza que nos sostiene qué se hace dentro del ataúd?

Vamos, Celina, estás escribiendo lo mismo que Fernando. El hablaba así a veces cuando tenía humor para hacerlo. En esos días, recién llegada a San Juan del Alba, cuando se hacían paseos a La Gardenia, no, a *La Violeta*, cuando él era casi un crío encaprichado por mí y tú una cría dominada por tu madre.

Diana, nos iremos. A donde quieras, a donde digas, a cualquier sitio donde pueda continuar sintiendo tu voz cerca de mi oreja, caracola para el rumor de mar que tienes, sabor de costa bella, de palmeras, de marejada enloquecida.

Eso, otra vez, Angélica sigue moviéndose y casi no la veo, ahora la luz se irá del todo y caerá sobre nosotras la sombra y después la penumbra cuando nos acostumbremos a la relativa oscuridad de la celda, cuando podamos ver cómo se pintan en la pared los cinco barrotes, cinco, desde arriba hasta abajo, largos, como dedos que nos acusan, como la sombra de la cuerda donde se ahorcó mi padre.

Perdónanos, destino adverso, deja de perseguirnos,

abandona la lucha porque ya nos tienes definitivamente vencidas.

Noviembre 7/59

Fue terrible. Anoche se cortó las venas y esta mañana amaneció muerta.

No creí que lo hiciera. Pensé que todo se reducía a fanfarronadas o a un estado de histeria permanente.

Juliana fue la primera en darse cuenta de lo ocurrido, ya que la cama de Angélica queda frente a la suya. No se me olvidará el grito que dio al verla pálida, cuencuda, y al advertir que su cama era un montón de sangre que en algunos lugares había alcanzado a gotear hasta el piso. Con el alarido Diana y yo quedamos sentadas de un solo golpe. Juliana no podía hablar y apenas nos señalaba el catre de Angélica.

Cuando me incorporé ví la sangre y comprendí todo lo que había ocurrido. Luégo llegaron las gorilas y la destaparon. Se había cortado las venas de la muñeca izquierda con un trocito del espejo. Después debió envolverse en las cobijas y esperar a que llegara la muerte.

Esto me hace pensar en muchas cosas. Por ejemplo, en lo insignificante, en lo vulnerable, que es la vida. Basta un golpe, una cortada, para que lo que nos anima desaparezca para siempre: los músculos, la sonrisa, los pensamientos. Todo se va, se aquieta, se prepara para la podredumbre. Angélica, digamos. No era muy alegre, es cierto, pero respiraba, comía, hablaba, como todas. Y ahora, con una herida pequeña, casi invisible, se ha ido para siempre. Su risa leve, su nostalgia, sus palabras de amargura. Es un bloque frío y duro como un pedazo de madera,

menos, porque el trozo de palo sirve para algo y ella ya no sirve para nada. Es más, constituye un estorbo, debe ser encerrada en una caja y metida bajo tierra para que su hedor no asfixie a media cárcel. Eso somos, nada más: un poco de carne con formas preestablecidas que el día menos pensado deja de palpar.

Junio 30/60

Estoy sola en un edificio muy largo, lleno de habitaciones circulares, como tanques. Más bien parece un tren detenido con una interminable fila de enormes tarros de cemento. Una oscuridad espesa que hace el aire gelatinoso se esparce por todos lados. No obstante, veo. No perforan mis ojos las tinieblas: es como si mis manos, todo mi cuerpo, tuviera un sexto sentido que le hace percibir los objetos dentro de la sombra.

Los cubículos tienen puertas entre sí y voy huyendo a través de ellos. Al final hay alguien esperándome, pero no puedo saber quién es. Oigo a mis espaldas el tropel furioso de los perros, sus ladridos, sus alaridos desgarradores, el golpear de sus patas sobre el cemento. No puedo dejarme alcanzar porque sé que me despedazarían. De pronto me doy cuenta de que voy corriendo completamente desnuda y busco en los rincones algo con qué cubrirme. Pero los perros ladran más cerca y abro la otra puerta para salir a un nuevo tanque.

La fatiga empieza a dominarme. Respiro trabajosamente. De pronto el techo de una de las habitaciones redondas se abre y aparece el cielo azul y puro. (Sé que es azul aun cuando solamente distinga un rectángulo claro). En la pared del frente no hay

puerta, sino una especie de escalera. Subo por ella hasta la escotilla mientras los perros abajo aúllan furibundos.

Pero, inexplicablemente, resulto otra vez en el principio de la extensa fila de habitaciones uniformes. Sé que hay alguien que controla un absurdo mecanismo que me impele hacia adelante como un cometa ciego. Y deseo saber quién es, pero un tupido velo me lo esconde; un velo sucio como hecho con hilachas de algas, con niebla de pantano. El está al final (¿o al principio?) de este túnel de concreto. Tiene un poder absoluto sobre mi cuerpo, porque aun cuando quiero estar me quieta aún a trueque de que los perros me devoren, no puedo dejar de correr.

De repente desemboco en una habitación inmensa. En un rincón, un hombre vestido de blanco pulsa un tablero de control con luces que se encienden y se apagan alternativamente. A mis espaldas crece el silencio porque los perros han quedado encerrados en uno de los tanques. El hombre me mira y reconozco a Jacobo.

Sufro una especie de desmayo y cuando recupero la razón me encuentro sobre una mesa de mármol. Ya no estoy desnuda. Un camisón de seda roja me cubre, y yo misma desde esta posición alcanzo a divisar los montecillos duros de mis senos. El hombre se inclina sobre mí, con una azucena en la mano derecha. Tiene un parecido indudable con Jacobo, pero no es él. Me pone la azucena sobre el pecho y siento que me desgarran como si me hubiera enterrado un bisturí.

Saca algo de mi interior y lo guarda en un frasco. Es un niño monstruoso, con un cuerpo pequeño y unos brazos como lianas. El rostro, bien definido, es el de Fernando.

No puedo soportar la tortura y huyo. De nuevo estoy desnuda y continuo corriendo por el interminable corredor de parcelas altas y redondas, perseguida por los perros que aullan. Me enredo en algo y caigo al suelo. Cuando empiezo a recuperarme del golpe siento los animales sobre mí. Son muchos, pero no me atacan. Apenas sus lenguas bifurcadas lamen mi piel y me producen un cosquilleo turbador y voluptuoso. De repente me encuentro entre los brazos de Leticia, y sus manos —sin carne, apenas los huesos y los tendones— recorren todo mi cuerpo entregado.

(¿Es ella o es mi madre?)

Estoy otra vez en la habitación grande. El hombre, en el extremo, tiene un vestido de color, aunque no distingo de cuál. Mueve un botón en el tablero y una de mis manos se levanta; mueve otro y se alza una de mis piernas. Quedo en una posición de estatua y él se acerca. De los dedos le salen llamas frías, que me tocan, y que lentamente me van oscureciendo. Cuando estoy a punto de gritar, me veo perfectamente negra y siento que la lengua dentro de mi boca se desmorona como un pedazo de carbón húmedo. El hombre que se parece a Jacobo vuelve a tomar en la mano derecha una flor, en esta vez una orquídea, y al recorrer con ella mi cuerpo lo deja nuevamente blanco, pero del todo insensible.

El cura entra por una puerta lateral y me cubre con su capa. El queda enfundado en un estrecho traje rojo y le van saliendo pequeños cuernos que se ramifican y florecen en claveles. Empieza a bailar mientras desde una especie de púlpito gigante una orquesta invisible interpreta "El aprendiz de brujo". La música se enloquece, pierde su ritmo, y el capellán de la cárcel va desapareciendo hasta que de él

solo queda un pequeño círculo rojo en el piso, sobre el cual tiro mi capa. Ya no quedo desnuda. Un velo de gardenias me cubre toda, y parezco así el pistilo de una enorme flor de pétalos múltiples.

Corro, pero en sentido contrario. Me alejo del comienzo de la fila y voy hacia la cola. No me persiguen los perros. Están sentados a los lados de este estrecho camino, y me miran pasar sonriendo. Unos me sacan la lengua y me hacen groseros ademanes encogiendo las patas. El hombre que tiene los mismos ojos desorbitados de Jacobo viene tras de mis pasos, y agita en la mano un tenedor enorme, como un tridente, mientras una nubecilla de polvo rojo lo persigue con jaculatorias.

Cuando creo que voy a llegar al final se abre ante mis ojos asombrados otro cuarto enorme; igual a aquel en donde el hombre manejaba un tablero de control. Entonces no sé si estoy al final o al principio de la fila de cubículos de cemento, y dando un grito de angustia regreso. Los perros ladran nuevamente pero no se mueven. A todo lo largo del camino hay mujeres desnudas con las venas cortadas. De las manos les caen pétalos de gladiolo negro, y ríen, mientras un viento rojo les succiona los pechos.

Tengo que salir en alguna forma, pero al mirar al cielo raso veo que han desaparecido las huellas de la escotilla. Hay una escala tendida desde arriba y subo por ella sin importarme a dónde me conduce. Los escalones se hacen cada vez más distantes y más estrechos, y se convierten en pequeñas cuerdas de guitarra que me hieren los pies hasta hacérmelos sangrar. Siento que las cuerdas se meten hasta mis huesos, y entonces, cuando el dolor me va a dejar inconsciente, me encuentro tendida en una mesa, esta

vez en una extensa sala de operaciones. Sobre mi cabeza estalla la luz de una lámpara potentísima, y una monja con traje marinero se acerca con el tenedor y el cuchillo en la mano como si fuera a mendar.

Silbo, y acuden los perros en tropel. La monja desaparece y las bestias corren enloquecidas derrumbando las mesas con instrumentos, las grandes probetas llenas de líquidos oscuros e hirvientes.

Huyo. Llevo los brazos extendidos y creo estar crucificada contra el viento. De las manos me cae sangre verde, como si yo fuera una planta herida por mil hachas de lumbre. Una azucena me florece en el costado bajo el seno izquierdo, y en los pies me nacen hojas y nidos llenos de pequeños pájaros. Un hombre viene a encontrarme en una carrera violenta. Cuando está a dos metros de mí reconozco a Fernando, pero no podemos huir del único camino, y nos estrellamos. Veo que nos volvemos una sola masa, algo compacto y sucio, y que después somos como un montoncillo de abono del que nacen dos flores macilentas. El hombre del tablero las corta y las sumerge en un vaso de arsénico.

Sigo huyendo sola. Todas las puertas se abren apenas me aproximo, y paso por ellas, a pesar de que son tan estrechas que parecen las de una casa de perros. De repente una de ellas se cierra, y me golpeo contra la madera. Caigo al suelo, voy rodando hasta un fondo que no veo pero que presiento, que adivino sembrado de rocas filudas, como garras. Cuando la primera de las uñas enormes se mete en mi carne una fuerza superior me sostiene, y apenas alcanzo a hacerme una pequeña herida.

Y el grito que el dolor me hace lanzar, me despierta.

Julio 5/60

La casa de *Macolla de Guafa* era una de esas construcciones antiguas, que pueden verse en el Llano aún después del huracán de la violencia.

Desde lejos se divisaban los árboles de las corralejas, sobre todo los mangos donde los arrendajos lanzaban gritos imitando a los cerdos. Al acercarse se percibía contra el cielo la techumbre de paja, en donde tenían sus nidos los murciélagos, que salían al crepúsculo en bandadas chillonas y ciegas a trazar vuelos angulares por los alrededores buscando insectos. Las columnas eran vigas fuertes colocadas sobre cimientos de piedra. Los corredores, de tierra, eran amplios, acogedores y propicios para guindar las hamacas en las noches de verano. Las habitaciones tenían las paredes blanqueadas con cal y en las ventanas trozos de anejo para impedir la entrada de los murciélagos.

A un lado de la casa estaba la casetita del baño, con una poma alimentada por el agua del Pauto que subía hasta el tanque por un tubo de guadua. Más allá la corraleja donde los peones reunían los becerros para marcarlos, o donde metían de tarde en tarde los potros que estaban de candidatos para la doma. Y alrededor, pequeños plantíos. La gente del Llano no conoce la agricultura. Vive de andar por la sabana, con un caballo, un cuatro, un revólver y un espíritu libre y rebelde. Los llaneros son *ñomadas* por naturaleza. No tienen sitio fijo, y cuando el deber u otra causa cualquiera los obliga a permanecer por mucho tiempo en un solo lugar, se vuelven tristes y malhumorados.

He pensado en todo esto, hoy, con una intensidad que casi me arranca lágrimas. Tal vez porque Fabiola, que hace meses ocupa la fatídica cama número

tres, es de Puerto López. Me habla de la casa que tenía su padre, a unos cuantos kilómetros de la ribera del Meta; de las excursiones que organizaban hasta el puerto para comprar provisiones, o simplemente para divertirse. Eso fue cuando ella tenía dieciséis años y era una jineta de primer orden, que andaba tras de las recuas como el mejor de los vaqueros. Después vino toda la historia tenebrosa que se comió media Colombia y ella terminó en un cabaret, en donde una noche mató a un tipo influyente que estaba quemándole los pechos desnudos con un cigarrillo.

Cárcel, anticipada tumba en donde los gusanos son la soledad y el silencio. A veces me rebelo, lloro, maldigo, pero al final me calmo. Ahora, que tengo una esperanza de liberación, todo se me hace más soportable.

Agosto 7/60

No había vuelto a escribir por dos causas muy simples: la primera, por no repetir las mismas cosas de siempre; y la segunda, porque desde mi última página se me acabó la tinta y había esperado durante muchos días conseguir un lápiz, cualquier cosa que me permitiera expresar mis pensamientos.

Por fin, Diana me consiguió una mina nueva para el bolígrafo. Como Leticia, es influyente con las gorilas pero por motivos diferentes. Yo creo que en alguna forma ella tiene dinero, o un amigo fuera de la cárcel, o alguien. En ocasiones la visitan y me trae parte de la comida que le dejan pasar: son panes de coco, tortas de coco, bollos de coco. Todo con sabor a mar, con ese gusto particular de las comidas costeñas que empecé a conocer cuando Leticia me ofre-

ció, antes de que nuestras relaciones tomaran rumbos torcidos, un poco de su merienda.

Fabiola me tiene cariño, pero mis experiencias me hacen desconfiar de todo. Sus muestras de ternura son casi declaraciones de amor y yo estoy harta de tonterías. Hay días —y este es uno de ellos—, en que el arrepentimiento me rodea como el aire de la celda, y solo puedo respirar nostalgia y tristeza por mi vida. No me importa ya lo que perdí: mi juventud, mis padres, Fernando y las posibilidades de un hogar digno. Ahora eso ya no cuenta, porque es irrecuperable. Lo que amarga es caer cada día más bajo en esta vorágine, en esta especie de embudo que es la cárcel. Por eso quiero lavarme de toda culpa, saber que estoy pura y que no tengo por qué avergonzarme.

No he vuelto a la iglesia hace mucho. ¿Para qué? Mi fé permanece muerta, y voy a la pequeña capilla, miro con curiosidad las ceremonias y se me antojan vacías de verdadero contenido, como ficticias, como postizas. Entonces prefiero quedarme aquí escribiendo, o maldiciendo, o recordando.

Pero esto es quizá culpa de quienes nos imponen la religión como una costumbre, como la de respirar o dormir, y más elemental, si se quiere. La religión es una cosa demasiado seria, demasiado grande, para que se pueda medir por yardas o aceptar en píldoras.

En días como éste, recupero a Dios. Sé que viene y me preparo a recibirlo. No de rodillas, porque cuando El vá a llegar hasta mí mi alma está postrada siempre. Y lo acepto, y le imploro un poquito de su Amor, una mirada compasiva sobre mi destino, el que sigue inmediatamente al día de hoy y el que vendrá cuando mi cuerpo quede frío y duro como un árbol bajo la ventisca.

Entonces puedo hablar con El, decirle cosas íntimas, confesarle mis errores y hablarle un poco de mí misma con sinceridad. En esas ocasiones me siento tan profundamente conmovida que acabó llorando arrodillada junto a mi cama con las manos unidas. Juliana la emprende a burlas en mi contra, pero yo la dejo que hable y permanezco así hasta que siento un descanso infinito, un alivio inmenso, y puedo regresar a la vida que las circunstancias me han impuesto.

Enero 3/61

señor ministro o señor presidente o señor director de las cárceles:

voy a dirigirme a ustedes aun cuando tengo la seguridad de que mi carta será archivada en el mejor de los casos o de que irá a parar con el sobre cerrado todavía a la canasta de los papeles.

quiero hablarles por un momento robarles unos minutos de su precioso tiempo de ese que invierten en discusiones inútiles y estériles o en adular a otros que están por encima de ustedes o en cimentar las bases de su porvenir dentro de los acontecimientos políticos. no es mucho apenas unos cinco minutos. pueden leer esta carta mientras un embolador dá lustre a sus zapatos o en tanto que toman un tinto en el lapso vacío del viaje diario a la oficina cuando cómodamente arrellanados en sus automóviles comprados por el pueblo para el gobierno ven pasar como en un desfile de pesadilla la miseria que llena de lacras y de llagas pútridas la fisonomía de este pobre enfermo que se llama Colombia.

quiero solamente pedirles que miren un poco hacia el cumplimiento de los que lógicamente serían sus deberes. que se preocupen menos por aten-

der los engranajes de la burocracia y que vuelvan su mirada hacia el problema que estamos sufriendo más de medio centenar de miles de colombianas o sea todas las que por una u otra causa nos hallamos confinadas dentro de los infranqueables límites de una cárcel.

imagínense por un minuto cómo es la vida de una presidiaria. nos levantan a las cinco de la mañana porque es una norma del penal que se debe tener bastante tiempo para disfrutar del aburrimiento. nos hacen medio lavar en colas muy largas donde se oyen toda clase de expresiones contra la vida contra dios contra las madres que en desarrollo del amor o de la pasión nos trajeron al mundo. nos hacen medio lavar ya dije bruta me estoy tirando la carta nos lavamos un poco nosotras que hemos perdido por fuerza el último resto de nuestra coquetería apenas si nos echamos agua en los ojos para alejar el sueño de la madrugada y nos jugamos la boca para desterrar el mal aliento. después podemos usar los baños por turnos oyendo insultos por la demora expuestas a que al salir las demás presas nos ataquen a mordiscos o puñetazos.

este es el prólogo luego nos meten al comedor que es una pieza estrecha toda de cemento y en donde hace un frío increíble. nos sentamos rezamos el avemaría hay algunas que la deforman burlándose santa maría coja la mía y nos dan el caldo con pan y aguadepanela a medio dulce.

después de unos meses de esta alimentación ya no se siente hambre. todo dirán ustedes sentados en sus cómodos sillones y ante sus platos abundantes es cuestión de costumbre.

y regresamos a las celdas. en algunas cárceles son individuales. se mete una adentro como a un ataúd y allí permanece maldiciendo de todo o agotándose en

espasmos solitarios para llenar de alguna manera el tiempo. en otras cárceles como esta nos sepultan a dos o a cuatro en una misma celda y entonces viene lo peor. cuatro temperamentos diferentes confinados en un espacio tan pequeño que no deja campo sino para moverse. las ofensas las burlas crueles inclusive los golpes son cosas de las que no se enteran las encargadas de vigilarnos porque entre nosotras existe la ley del silencio.

una mujer llega a la cárcel para pagar una culpa que en muchos casos no cometió o que cometió por falta de educación suficiente por una mala ilustración por una preparación inadecuada para la vida. entra a pesar de su delito todavía limpia con posibilidades de reincorporarse normalmente a la sociedad. aquí aprende toda clase de trucos los rezos los maleficios que enseñan las viejas brujas de los últimos patios se aficiona a la marihuana y es capaz de matar para obtener una pequeña ración o se acostumbra al homosexualismo y ya nunca logrará librarse de él. si hay algunas reclusas que demuestren una especie de cariño puro y verdadero de ternura fraternal no tarda en corromperse porque el ocio inmoderado hace crecer los apetitos y hay qué darles salida en cualquier forma.

ustedes altos jerarcas de la justicia poderosos señores del gobierno hombres privilegiados que manejan el pueblo desde lejos desde torres de marfil a donde no llegan los ecos de los llantos ni de las maldiciones podrían volverse un poco sobre nuestra miseria. no abrimos las puertas de las cárceles pero al menos darnos una ocupación utilizar nuestras fuerzas en lugar de que se pierdan en la fabricación de túneles para escapar o en la talla de grotescos dibujos obscenos en las paredes o en las caricias estériles. ¿por

qué no se ha pensado en fundar talleres de costura o en hacer escuelas para que al mismo tiempo que se paga una pena por un delito se capacite a las pre-sidariarias para que cuando salgan al mundo hayan aprendido a trabajar o a leer?

aquí termino señores ministro presidente y director de las cárceles y les pido un millón de disculpas por haberles quitado cinco minutos de su precioso tiempo obligándolos a que por una vez siquiera se pregunten si están cumpliendo con el deber que les corresponde y que al tiempo de tomar posesión de sus cargos juraron atender a cabalidad.

Junio 6/61

Los preparativos para la fuga se prolongan demasiado. Hasta ahora más o menos los términos de lo que podríamos llamar el contrato de compraventa por la honradez de la gorila están definidos. Ella se compromete a proporcionarnos uniformes para evitar problemas a la salida. Son tres puertas: la de este pátio, la del primero, y la de la calle.

El resto queda por cuenta de la guardiana que hizo castigar a Leticia. Ella verá cómo se las arregla, de qué subterfugios se vale. Se ha estipulado una cantidad, pero Diana a este respecto es muy reservada.

He sabido que lo que pensamos hacer no constituye un caso insólito. Todos los días se fugan presos de las distintas cárceles: hacen túneles horadando las paredes; o se trepan por los muros de los patios, de noche, ya sea burlando a los guardianes de las garitas o contando con su complicidad. Hace poco se planeó una fuga colectiva de la Cárcel Modelo, en donde tienen a los criminales más peligrosos, y

si no se pudo realizar fue, por un mínimo detalle que falló a última hora.

Todo esto me lo dice Diana, a quien sin duda se lo cuenta la gorila, y con el ánimo de tranquilizarme y de que no me vayan a flaquear las fuerzas en el momento definitivo.

"Nina, te faltan casi dieciséis años. ¿No comprendes que al salir estarás tan vieja que ya vivir te parecerá superfluo?"

Me hace recordar a mi tío Ramiro. También me decía Nina, a veces, cuando estaba de humor.

Y de todas las cosas que dejé en el Llano. De Danilo, sus ojos claros, sus miradas de enconado deseo, su estampa errabunda por las fundaciones de Casanare buscando la sombra de un árbol, el alero de una casa para guindar su hamaca y soñar conmigo. De la vieja Demetria que sin duda continúa ahuyentando las rayas del Pauto para que se bañen los hijos de mi tío, esa caterva de chicos y de muchachas que engendró en todos los caseríos de la hacienda.

Celina, te quiero. Yo, Celina, quiero a Celina. Tienes suave la piel de la cara; dúctiles los senos que pugnan por ofrecerse y que se saben para siempre prisioneros; elásticos los muslos, fuertes, poderosos, como cuando los combabas sobre el cuerpo bravo de un potro rebelde. Te quiero, Celina. Búscame cualquier noche bajo las sábanas, y encuéntrame, y haz que el mundo para mí se ilumine con la magnificencia de tu belleza.

¡Cómo escribo! Cualquiera pensará que estoy definitivamente chiflis, como la loquita esa que un veinte de julio amaneció de pie sobre la cama cantando el himno nacional.

Veamos ahora, chicas, el asunto de la botánica. Las plantas son cuerpos vivos, organismos perfectos. Tie-

nen sexo como los seres humanos o los animales. Sus besos los transportan las abejas sobre las alas. De una corola a otra vuelan los insectos como indios viejos cubiertos de oro en polvo.

¿Y qué decir de la geografía? Aprendemos por ella a recorrer los caminos de la patria, a sentir sus ríos como venas, los montes como senos, los valles como oscuras profundidades donde corre un viento de locura y de muerte.

Oh, morena maestra de un caserío de Trinidad, escuela casanareña donde nos agrupábamos para oír absortas la relación de todas las pequeñas cosas que ella sabía, y que nos iba transmitiendo sin deseo de gloria, en una forma tan simple como se rinde un río sobre su cauce. Violada después, escarnecida, con las manos quemadas cuando intentó defender su sexo virgen, solo acariciado por los dedos del río. ¡Cuánto tiempo ha pasado desde entonces, y cómo se ha ido desangrando todo el Llano infinito!

No me dejaré ganar por la nostalgia. Ahora vivo con la esperanza de una pronta liberación.

Abril 3/62

Un año de silencio. Durante todos estos meses, ¡que de horas vacías, de momentos de negra desesperanza! Ahora todo, por fin, está arreglado. Tiemblo al pensar que esta será la última página que escribo en la cárcel.

Cada vez que lo recuerdo siento un intenso dolor en el abdomen. Me tiemblan las manos. La letra me queda irregular.

¿Qué podría decir de estos meses pasados en silencio?

Tengo un buen recuerdo de Juliana, que me enseñó

a tejer. Y un mal recuerdo de Fabiola porque quiso repetir una noche conmigo, lo que solo Leticia consiguió. Desde entonces (eso fue a finales del año pasado) no nos hablamos. Es mejor así. Ahora que tengo la posibilidad de recuperar la libertad quiero estar limpia de todos los excrementos del presidio.

Nuestras dos compañeras nada sospechan. Diana y yo hemos adelantado los planes hablando calladamente. Ella se acerca hasta mi cama cuando apagan la luz, cuando las otras duermen o fingen dormir. Así me habla. Todavía me produce una agradable desazón su boca cerca de mi oreja, y pienso que he nacido para ser dominada, que ella tiene un temperamento fuerte y que por eso mi personalidad se pliega tan fácilmente ante su empuje. Pero nada malo hay entre nosotras. No le tengo el mismo cariño que a Leticia, porque a ella deseaba hacerla buena, darle una parte de mi fé, de esa que nunca me abandonó del todo. A Diana en cambio le tengo un poquito de miedo porque me domina, pero ese mismo temor me obliga a entregármele sin restricción. Ella podrá disponer de mi vida cuando salgamos de la cárcel. No tengo amigos ni parientes y pienso vivir a su lado, como sea, trabajando en lo que se presente, para sobrevivir.

Después de soportar ocho años de esta vida nada me parece imposible. Barrería con la lengua las calles de una ciudad entera, si me permitieran ser mía, vivir a mi modo, tener siquiera una hora de verdadera libertad en el día. La prisión es peor que la muerte.

Ante el peligro que se presenta, ante la posibilidad de iniciar una vida nueva, he querido llamar a Dios, pedirle que una vez más descienda hasta el barro de mi ignorancia, hasta esta horrible miseria que es

mi existencia cotidiana, y me tienda su mano, y me deje que como la Magdalena le lave los pies con mi llanto y se los seque con mi cabellera y con mis besos. Porque finalmente he comprendido que lejos de El toda fuerza es baldía, y toda esperanza está condenada a desaparecer.

Octubre 11/62

Ocurrió conforme estaba previsto. Diana esperó muchos meses para tener la seguridad de que no daría un paso en falso. La pobre mujer que nos vigilaba está, sin duda, en la cárcel. El dinero (ahora sé la cifra y es realmente ridícula) le servirá para sus hijos. A cambio de él nosotras estamos libres. Pero esto es solo teoría, porque en la práctica no hemos hecho sino cambiar de cárcel.

Durante estos seis meses fuimos de un sitio a otro, siempre con el miedo tras de nosotras. Nos parecía que todos los hombres de uniforme que encontrábamos estaban persiguiéndonos; vivimos en la sombra, metidas en las casuchas del Revolo, de Chambacú, en los arrabales de Santa Marta siempre amenazados por los desbordamientos de los riachos vecinos. El dinero de Diana había sido gastado casi en su totalidad en pagarle a la celadora. Cuando se nos terminó definitivamente empezó una peregrinación por las casas de mala muerte en los barrios de las ciudades costeñas: Cartagena, Santa Marta, Barranquilla...

Yo estuve a punto de volverme loca la primera vez que me tocó acostarme con un hombre. Había jurado no escribir sobre esto, echarle encima cemento y piedra para que quedara profundamente sepultado dentro de mí. Hoy, cuando hacerlo es ya una

costumbre molesta, pero hasta cierto punto inofensiva, puedo recordarlo.

Estábamos muriéndonos de hambre. Para quien no haya sentido verdadera hambre esto parecerá ridículo. Pero nosotras habíamos llegado ya a ese extremo, más que todo por mi capricho, porque no nos faltaron oportunidades de conseguir dinero o alimentos a cambio de la entrega de nuestro cuerpo. Diana no había querido obligarme a nada. Ella me cuidaba, se había convertido en una especie de madre y de hermana.

Fue el 26 de julio. Vivíamos en las afueras de Barranquilla, en un rancho que compartíamos con dos viejas, una de las cuales era madrina de bautizo de Diana. Ellas se mantenían masticando coca. Nosotras bebíamos agua turbia o comíamos plátanos que ocasionalmente robábamos en los mercados. Hacía mucho que no me miraba en un espejo, pero Diana me decía que estaba flaca, que mi cara se había vuelto huesuda y terrosa.

Y se presentó el hombre. Un negro de esos medio desnudos que andan metidos siempre en el mar con una barca que es solo una artesa, que ni siquiera se parece a las curiaras llaneras. Estaba algo ebrio y olía a ron. Desde una semana antes había empezado o rondar el tambo. Habló con la madrina de Diana, después ella habló con mi compañera de la cárcel y finalmente me llamaron. *Con lo que el negro da por un rato tendremos para seguir vivas otra semana.* Era una cantidad insignificante, pero para nosotras en esos momentos representaba la salvación. No había querido masticar coca; tampoco Diana, porque temíamos los efectos embrutecedores. Además se volvía costumbre y después no se podía prescindir de ella. Entonces, ¿qué hacer? No había alternativa. Dia-

na se ofreció para complacer al negro en lugar mío, pero estaba encaprichado al parecer. Y no hubo más remedio.

Fue terrible. Cada vez que lo recuerdo me corre un escalofrío, a pesar de que ha pasado mucho tiempo y, sobre todo, muchas cosas. Es algo que difícilmente puede explicarse. Por lo general esos rincones escondidos del cuerpo en donde la sensibilidad llega al máximo, son cosas íntimas, personales. Hay ocasiones en que ni una misma puede tocarse sin sentir algo extraño, como que se está profanando un lugar sagrado. Quizá este sentimiento nace de la convicción de que esos lugares tienen relación directa con el origen de la vida. El sexo, por ejemplo, es como una puerta que se abre sobre el infinito. Y los senos son una prolongación del propio ser en otro nuevo cuerpo que de ellos se alimenta, que gracias a ellos toma su camino al desarrollo normal hasta vivir y morir.

Y si, como he dicho, a veces una misma siente vergüenza de tocarse, y una especie de miedo, ¿qué ocurre cuando un desconocido, a quien ni siquiera volveremos a ver jamás, viola esos rincones? Es muy distinto, pienso, el matrimonio. Fue muy distinto, bello, poético, con Fernando. Ahora resulta brutal y sucio.

Después de que el negro terminó quedé en una postración extraña, determinada tanto por la debilidad física en que me encontraba por la falta de alimento, como por la sacudida emocional que me produjo la entrega. Gracias a ese dinero continuamos viviendo un poco más, pero ya el comercio con la única mercancía que teníamos, nuestro cuerpo, se fue volviendo un hábito y una necesidad.

Empezamos en la casa de la madrina de Diana. Ella nos traía los clientes, casi siempre negros bo-

rrachos y sudorosos cuyo olor me producía náuseas. Las dos o tres primeras veces lloré después de hacerlo y sentí deseos de escupir sobre los billetes que me dejaban, o de rasgarlos y tirarlos al mar. Pero luégo de una o dos semanas todo cambió. No me importaba. Mi sensibilidad estaba muerta. Escuchaba los gemidos, las voces de complacencia, los suspiros, y me parecía que presenciaba una operación a la cual era ajena por completo. Diana, por el contrario, a veces disfrutaba, y me lo decía tranquilamente. *Si no tenemos otro remedio es mejor gozar algo, muchacha.* Pero yo no podía. Me esforzaba, y tratando de despertar mis nervios anestesiados recordaba a Leticia, su manera de acercarse a mi cama, en la cárcel, sus manos sabias. Pero continuaba como un trozo de madera, como si en el momento de la posesión todo mi cuerpo dejara de pertenecerme. Apenas podía mover las manos, alejar en ocasiones la cara negra y sudorosa que me buscaba los labios. Pero en otras ni siquiera lograba mover los dedos y permanecía tendida en el junco con los ojos cerrados.

MAESTRA: Piensa siempre que la mujer está llamada a desempeñar un papel importantísimo. El simple hecho de la maternidad es suficiente para ennoblecerla. El sexo debe considerarse como una dádiva de Dios, como un atributo supremo. No desperdicies su linfa pura echándola sobre los guijarros.

Vivimos en Barranquilla hasta el quince de septiembre. En esa fecha ya teníamos conocidas dentro de "las del oficio", que abundaban en el barrio Revolo como una plaga. Por fortuna ni a Diana ni a mí nos habían contagiado las enfermedades venéreas, que de tan abundantes eran casi corrientes entre

las mujeres que habitaban en los ranchos. En ocasiones, del centro de la ciudad o de las capitales vecinas venían mujeres con automóviles, y reclutaban unas cuantas muchachas que se llevaban para sus burdeles elegantes. Y una buena tarde, una de esas señoras nos recogió a Diana y a mí.

“Voy a pedir que nos exporten”, dijo Diana. Y lo consiguió. Hace quince días estamos en Sogamoso. La dueña de la casa se llama Leonor y es una mujer alta y de buenas carnes, todavía coquetona y simpática, que tiene tres amantes que la visitan por turnos según dicen las compañeras. La casa no es mala. Dos pisos, en la parte superior tiene diez habitaciones iguales —una cama, un peinador, utensilios de baño y una percha—; en la primera planta hay un salón de baile, mesas redondas, sillas metálicas, y la cantina, a más de dos baños que siempre permanecen atascados.

Hoy he sabido que estamos cerca de San Juan del Alba, y en la puerta del Llano. Es raro, después de tantas vueltas he venido a parar en lo que podría llamarse un punto de equilibrio entre las dos etapas de mi vida.

Aquí todo es diferente a lo que iniciamos en el rancho, aun cuando en el fondo sea igual. Las mismas palabras, las ofertas, la manera de regatear nuestro precio. Por fin, el dinero anticipado para que el cliente no se vaya sin cancelar el valor de su compra. Y luego la entrega, que es idéntica, que de tanto practicarla acaba volviéndose algo inherente a nosotras, como comer o defecar. Exacto.

Hay buenas camas, buenos vestidos, buen whisky. Vienen tipos de plata: los que trabajan en los hornos de Belencito, o los que acuden del Llano a vender su ganado en las ferias o en los mercados sema-

nales. Los primeros son toscos, escogen minuciosamente, exigen. Los llaneros en cambio parecen tímidos, son respetuosos y tiran el dinero sin importarles mucho lo que obtengan por él.

Tengo miedo de que de pronto encuentre algún conocido. Ya sea entre los hombres de San Juan del Alba, o entre los que llegan a Sogamoso desde Casanare.

Por lo demás, la vida es casi la misma de la cárcel. Hay puntualidad para levantarnos, para bailar, para beber y para acostarnos con uno o varios clientes, según el día. Los lunes, los miércoles y los jueves, el público es escaso. Los martes viene mucha gente porque es mercado y llegan los llaneros con sus reuas o sus puntas de ganado; los viernes y los sábados se llena esto de mineros, con sus manos callosas y torpes. Huelen a óxido, a hierro, a carbón. Los domingos también vienen muchos hombres, casi siempre de otros pueblos: Duitama, Tibasosa, Nobsa. He aprendido los nombres porque a algunos les gusta hablar de sus cosas cuando terminan de... (iba a escribir "hacer el amor", pero esto es tan sumamente ajeno al amor que tendré que buscar otro término para designarlo).

Diana salió ayer al centro para hacer unas compras: pantalones, medias, cosméticos. Leonor es muy avara, y debemos rendirle estrictas cuentas de nuestras entradas y de nuestros gastos. Nos presta plata y tanto Diana como yo estamos debiéndole bastante dinero: vestidos un adorno zapatos &. &.

Yo no he querido pedir permiso para salir porque tengo miedo. En fin Diana es de otra parte y por aquí no hay peligro de que la reconozcan. Pero yo... He cambiado mucho. En la cárcel, y después en el rancho de la costa, adelgacé hasta extremos

increíbles. Tengo la cara pálida y me coloco una buena cantidad de maquillaje para disimular mi color de cera. Ahora he vuelto a mirarme en el espejo, tengo que hacerlo varias veces al día para comprobar que estoy presentable. Mi cuerpo podría haber recuperado su piel firme, sus contornos jóvenes, pero las entregas constantes, las manos que aprisionan, los dedos que esculcan, están haciendo estragos en mi carne, y cuando me miro desnuda al secarme con la toalla, en el baño, veo que me estoy envejeciendo antes de tiempo.

He colocado una pasta nueva a mi diario. Y dos ganchos. Ahora lo llevaré con más libertad. Hace casi una hora que escribo, y nadie me molesta. Casi todas duermen. Aquí abajo solo está el camarero, un muchacho delgado y rubio, con voz atiplada, que me contempla como un perrito. Leonor es la única que tiene un cuarto en el primer piso, pero aún no ha dado señales de vida. Anoche estuvo muy amable con un militar, que según entiendo ocupa un importante puesto oficial aquí.

No sé si he ganado algo fugándome de la cárcel, o si lo perdí todo. Lentamente me voy acostumbrando a esta vida y sé que la soportaré por mucho tiempo, así como aguanté por ocho años el encierro en una habitación. Pienso en Leticia, en Fabiola, en Lilia, en la loca, en Angélica, en Juliana. Recuerdo los días fríos, el ocio tenebroso que engendraba pensamientos absurdos, y me alegro de estar fuera de ese infierno. Pero recuerdo a los borrachos que me insultan, a los lascivos que me persiguen como demonios sueltos, a los mineros bruscos, y siento nostalgia de la soledad y del encierro. Quizá nada nos llene este vacío de vivir, y estemos destinadas a sufrir de una perpetua insatisfacción.

El oficial sale del cuarto de Leonor y al pasar a mi lado me mira curioso. Cierro esta página. Debo lavarme un poco para estar presentable por la tarde.

Enero 7/63

Noventa días desde mi última página en este cuaderno de sensaciones. Cien hombres diferentes. Más de dos mil horas de aburrimiento. Diana se amolda más fácilmente a esta vida. Parece estar en su ambiente. Es amiga de todas las compañeras y la preferida de Leonor. Los clientes se la disputan y cuando regresan la buscan siempre. En cambio uno que haya estado conmigo no vuelve a determinarme nunca. Tal vez mi manera de actuar los desconcierta o los enfurece.

A pesar de lo que diariamente tengo que soportar prefiero esta vida a la de la cárcel. En ocasiones. En otras pienso que yo no nací para presidaria ni para prostituta. Hubiera sido feliz con un hogar, un esposo y un par de muchachitos. Buena ama de casa, madre amorosa, esposa fiel. Las circunstancias se confabularon para hacer que mi vida fuera precisamente lo contrario. La venganza de Jacobo pesa sobre mí y continuará cumpliéndose mientras yo viva.

Comparto la alcoba con Diana. (Ella no ha querido cambiarse de nombre, pero yo prefiero que me digan Nina). Tenemos dos camas que inevitablemente me recuerdan las de la cárcel. Las paredes lucen limpias y en general la pieza pequeña y abrigada es agradable. Cuando estamos solas porque si no se vuelve impersonal, como una plaza pública, como el escenario de un negocio que tiene siempre los mismos términos, iguales condiciones y plazos.

El muchacho rubio con cara de asustado me sigue a todas partes y está pendiente de cualquier cosa que se me ofrezca. Es tímido, yo diría que tiene sus tratos con otros muchachos o con hombres maduros. No me desea, lo sé, he aprendido a conocer bastante de estas cosas. Pero me quiere. Posiblemente me identifica con algún ser querido que ya no existe.

Leonor continúa viéndose con el oficial, que entra aquí como a su casa, cuenta chistes groseros y pellizca a todas las muchachas. Es simpático, tiene un cierto parecido con Danilo sobre todo en el color de los ojos y en las inflexiones de la voz.

Somos doce muchachas. La dueña no cuenta porque ella en realidad no trabaja: ella se divierte. Las doce vivimos unidas, nos hacemos confidencias y vamos por turnos a la calle a comprar nuestras cosas. He salido dos veces, siempre con miedo, sobre todo en la primera oportunidad. Pero nadie nos siguió. Sólo unos chicos que nos silbaron al pasar por la esquina del parque. Esto se debió a que Yiya, una vallecaucana, tiene un caminado cadencioso y sensual.

Ahora escribo en nuestra pieza. Diana duerme todavía. Son las once. Por la ventana puedo ver los buses y los automóviles que llegan a Sogamoso, y los que salen por la carretera que conduce a Duitama. A lo lejos alcanza a divisarse el humo de los altos hornos de Belencito. Diana está desnuda bajo las cobijas y tiene un seno descubierto. Su piel es muy morena, más que la de Leticia. El seno se mueve al compás cuando respira. Duerme con la boca abierta y está fea con el pelo enmarañado y la pintura de los labios y de los ojos corrida por las mejillas. Así estaré yo también todas las mañanas. Ahora ya tengo un poquito más de carnes porque en pri-

mer lugar la alimentación es buena, y en segundo no hago ningún trabajo. Sin embargo continúo muy pálida, como enfermiza. Diana me aconseja que me pinte el pelo, que le dé un color leonado para que luzca mejor mi palidez. Pero yo no he querido. Pienso que de cambiarlo todo cuanto me queda realmente mío se acabará.

La casa está silenciosa. Oigo solo el ruido de la escoba con que Milito barre de colillas y tapas de cerveza el salón. Anoche estuvo muy animado. Vino una orquesta de Paipa y la casa se llenó de gente. Yo tuve que subir tres veces y en la última estaba casi mareada por la ginebra. Sin embargo me sobrepuse y pude aguantar hasta que mi compañero terminó. Después me quedé dormida sobre la cama. Así amanecí apenas con mi combinación agarrotada por el frío que algunas noches es insoportable.

Esta casa es muy curiosa, especial: tiene una puerta de latón barnizada de verde. Las ventanas son pequeñas, altas y solas. En la puerta hay un hueco circular por el que los clientes pueden mirar al interior para saber cómo está el ambiente.

Cuando siento que la tristeza me domina, releo las páginas que escribí en la cárcel y me animo a continuar con esta vida. Es mejor. Nunca llegará Leonor a ser tan cruel como las gorilas que nos vigilaban. Tenemos una relativa libertad. En fin, yo creo que terminaré aquí mis días. Una tarde cualquiera, cuando ya no consiga atraer a los hombres, Leonor me pondrá en la calle. Para entonces tendré muy presentes las palabras de Angélica.

Hay ratos en que me dan deseos de irme al Llano. Desde aquí es muy fácil viajar a Pajarito o Agua Azul. Más allá se abre la llanura en donde queda Trinidad, en donde está situada *Macolla de*

Guafa. Mi tío Ramiro me recibiría bien, estoy segura, y me tomaría cariño cuando le contara la verdad. Pero no sé si mi madre esté aún con él y a ella no podría soportarla.

Diana se vuelve y queda destapada su espalda. Se le ven las vértebras, como un collar escondido bajo la piel morena.

Somos 12 DOCE doce uno dos XII:

YIYA se llama Cecilia. Nació en Yumbo un pueblo cauchero cercano a Cali. Eso es lo que ella dice. La violencia la dejó huérfana y durante tres años vivió con una cuadrilla de bandoleros en los terrenos selváticos del Tolima, cerca de Marquetalia. Pudo fugarse y su foto apareció en todos los periódicos. Se le hicieron reportajes, gran despliegue publicitario, y después todo se calmó. Se olvidaron de ella. Principió a trabajar en una casa de Bogotá y se vino a Sogamoso a las ferias del año pasado. Desde entonces está con Leonor. Es morena, con el pelo crespo, tiene facciones bastas, pero atrayentes, sensuales. Un cuerpo alto y fornido como de luchadora. Vive alegre, ríe por todo y hace bromas a costa de las compañeras.

YANETT es antioqueña. Rubia, casi anémica, tiene un cuerpo insignificante, pero debe poseer alguna cualidad secreta porque se la pelean los viernes por la noche cuando esto se llena de mineros borrachos. Habla poco y ríe por todo idiotamente. Sus ojos carecen de expresión, parecen líquidos de tan azules.

MARINA es muy hermosa. Tal vez la más bonita de todas las muchachas de la casa, incluyendo a Leonor, que no obstante los años tiene lo suyo. Marina no es morena, pero tiene el pelo negro y abundante, y unas ojeras que incitan, según me han dicho algunos ocasionales compañeros. Somos amigos. Nació en El Espinal, y cuando tocan los bambucos y los sanjuaneros de su tierra se pone triste y llora. Como Yiya, es una víctima de la violencia. Más bien un rezago de ella. Una consecuencia.

SILVIA es bajita y gorda. Canta boleros de los tiempos viejos. La visita con frecuencia un empleado del *das* y tiene con él tratos misteriosos. Una noche la encontré “enyerbada” en su alcoba. Ella dice que no lo hace con frecuencia, solo a veces, cuando le apura mucho su amargura. Eso de la marihuana me parece terrible, sobre todo desde que me contaron que produce unos efectos parecidos a los de la coca que mascaban todo el día la madrina de Diana y la vieja que la acompañaba.

BLANCA es negra. Quizá se buscó ese nombre por burlarse de sí misma. Es del Chocó, de un pueblecito minero que acabó naufragando entre las revueltas aguas de la Pato Consolidated Company, una firma de gringos que exporta oro. Todo eso me lo cuenta ella. Su piel tiene un olor especial que me recuerda al negro sudoroso que tuve que aguantar, sobre el junco en el tambo del barrio, la primera vez que gané dinero con *mis mis mis mis*

RUBIELA se parece a su nombre. Es menuda, con el pelo leonado. Dicen que trata de imitar a una ar-

tista de cine, una francesa cuyo nombre traducido al castellano quiere decir Brígida. Tiene la nariz arre-mangada y una boca grande con dientes muy bo-nitos que enseña siempre. De lo que me cuenta creo que nació predestinada para ese oficio. Desde pe-queña le gustaba. Quizá es como una enfermedad porque no puede estar sin hablar de hombres y de cosas terribles y ha terminado por enredarse con Milena, una compañera a quien en sus ratos de ternura le dice mamá.

GRILY es menudita y baila maravillosamente. So-bre todo el rock and roll, que no he podido apren-der. Cuando ella danza le forman rueda. Hace revo-lar sus faldas amplias y no le importa mostrarles las piernas y los pantalones a todos. Tiene también mucho éxito. Grily se llama Gabriela y es de un pue-blecito situado al Norte del departamento al que ella le dice cariñosamente Cocharavía aunque yo creo que no se llame así.

CHELA tiene pasión por las rancheras. A fuerza de oírlas ha adquirido un acento especial. Le dicen la mexicana y se pone feliz. Es quisquillosa y le gusta definir los problemas a golpes. Hace una se-mana tuvo un disgusto serio con Leonor y pensé que la echarían. Son celos, tal vez, porque Che-la mira mucho al oficial,

LILI es casi tan hermosa como Marina, pero no tan joven. Debe tener unos treinta y cinco años bien llevados. Pálida, casi nunca usa maquillaje ni en las mejillas ni en los labios. No sé su verdadero nombre, pero sí que vino de Neiva y que antes de salirse de allá tuvo un lío gordo con la policía.

MILENA es la amiga de Rubiela. Nadie en la casa se extraña de sus relaciones, y Leonor se las tolera con estoicismo. *Siempre que esas cosas no perjudiquen el negocio, no me va ni me viene*, dice.

Esas con las inquilinas; las máquinas que trabajan todas las noches y que a cambio de alternativas sacudidas producen billetes que van indefectiblemente a manos de Leonor. Ella tiene cuenta en dos o tres bancos y maneja su dinero con agilidad. Nos presta para trajes o cosméticos o antojos y nunca acabamos de pagarle. A ella le interesa que le debemos plata para tenernos amarradas.

Diana se despierta. “¿Todavía sigues haciendo una novela?”, me pregunta, burlona. Se levanta y se envuelve en una bata. Tiene escalofrío. “El maldito guayabo”, comenta, escupiendo.

Yo soy bastante fuerte para aguantar la resaca de los tragos. La soporto bien. “Claro, tu organismo está virgen en ese sentido”, me dijo Leonor una mañana cuando le alcanzaba un vaso con soda, limón y alka-seltzer.

Ya, francamente, me siento cansada. Me duele la mano cuando escribo largo. Pero en algo tengo que invertir el tiempo, con cualquier cosa debo llenar esta mañana interminable.

He pensado en el joropo que me compuso Fernando. O no él, solamente. La letra fue cosa suya. La perdí cuando me detuvieron. Llanerita, lo bautizó Carlos Francisco, el muchacho alegre que tocaba guitarra. No sé cómo decía. La memoria es frágil, el tiempo pasa arrollador.

Diana regresa de la ducha. Se le ha despejado la mirada. Toma nerviosamente un cigarrillo y después el humo llena la estancia. Yo no he podido aprender a fumar y no me gusta.

Termino aquí. Cuaderno mío, de sensaciones y de confidencias, cerrado hasta nueva orden. Es hora de que descanses, Celina, de que también te metas bajo la ducha y prepares tu cuerpo para el trabajo de la noche.

Abril 18/63

Ayer vino otra vez. Cuando lo veo se me aprieta la garganta y se me llena la frente de un sudor angustioso. Algo debe sospechar. De otra forma no se explicaría la asiduidad con que me persigue. Además su uniforme me cohibe. Aún haciendo el amor conserva actitudes marciales porque probablemente la disciplina ha calado muy hondo en su ánimo.

Tengo miedo. "Dime tu verdadero nombre. Y tu apellido. Y de dónde vienes. ¿No tienes una compañera parecida a tí?".

Me intranquiliza, me pone histérica con su presencia.

Todo empezó hace casi un mes. Un sábado en la noche entró temprano al salón. Eran las siete y media y estaba casi vacío. Los clientes llegan habitualmente a las diez, después de haberse tomado en las tiendas vecinas unos cuantos aguardientes para perder la timidez que siempre los domina cuando hablan con mujeres. El tipo de mi cuento se sentó solo y pidió una cerveza. "Aguila helada, rápido". Leonor, que tiene debilidad por los uniformes, le llevó la botella y se sentó a su lado. Algo conversaron y después el hombre miró hacia donde estábamos Diana y yo.

Una mala espina se me metió en la cabeza desde ese momento. Y las cosas se pusieron peores cuando el hombre se me acercó. "Soy el sargento Ramírez".

Me ofreció una ginebra. Yo, claro, le acepté. Empezamos a conversar de tonterías. El bebía poco y en cambio pedía frecuentemente trago para mí. Esta generosidad me hizo desconfiar. Posiblemente esperaba verme ebria, sacarme una confesión. Procuré mantenerme serena y la ginebra me hizo poco efecto.

Pero él creyó sin duda tenerme dominada y empezó a interrogarme. Le dije que mi nombre era Nina Manosalva; que había nacido en el barrio de La Perseverancia, en Bogotá; que vivía en esta casa desde octubre del sesenta y dos y que no tenía ganas de confesarme. Entonces sonrió y me llevó a la alcoba.

Como escribí ya, tiene sus aires militares para acostarse y esto examinado fríamente resulta muy risible. Cuando está terminando parece en posición firmes y lo único que falta es que se ponga la mano en la frente como saludando. Después me habló mucho. Tanto, que tuve qué cortarle el chorro y mandarlo a paseo.

Atención... ¡firmes! ¡Disparen! A discre.

Anoche volvió. Otra vez con su zalamería, con sus modales estrafalarios. Y con sus preguntas. Quiere saber cosas que no le importan. Así se lo dije y llamé a Leonor. "¿No quiere usted encargarse de él? Me está dando la lata". Leonor se lo llevó a su cuarto y ya no volvió a salir de allí. Esta madrugada lo oí maldiciendo cuando se estrelló contra una silla en el salón oscuro. Milito salió a abrirle. Desde la ventana lo ví alejarse a pasos rápidos por la calle sombría.

Abril 21/63

Estoy sola en mi alcoba. Diana salió hace un rato con Milena y Rubiela. Yiya canta un bolero (*Tú sabes*), y las otras chicas posiblemente duermen.

Son las tres de la tarde.

3 p. m.

Hace sol y el calor se vuelve insoportable. Estoy cubierta con mi bata de seda solamente y sin embargo hay momentos en que siento como si me asfixiara.

Hace un momento, todavía en la cama, reviví una vieja escena de la cárcel. Empecé a decirme: "Celina, te quiero, deseo estar contigo, mi piel contra la tuya, mi corazón junto a tu corazón". Mi cuerpo, adormecido desde la posesión del negro borracho en el tambo costeño, se despertó de pronto y fue grato saberlo solamente mío.

En mi cuaderno hay 127 hojas cosidas. ¿Le parece a usted mucho, Nina? ¿Cree que esa es una gran labor?

Vamos, se me pierde la cabeza. Soy como una estatua ciega con alas poderosas. La vida me tiene irremediamente atada. No me rebelo. La derrota vendría antes de la esperanza. ¿Para qué luchar?

Milena ha estado estrechando su cerco a mi alrededor. Por su culpa tuve hace dos semanas un disgusto con Rubiela. Yo le huyo pero ella me pone su sonrisita desmayada, cruza descaradamente las piernas cuando estoy mirándola y adopta posturas comprometedoras, por decir lo menos. Pero es imposible. Eso pertenece al pasado.

¿Será fiebre? No, es simplemente el sofoco de la tarde. El cielo está despejado y hacia el oriente, en donde queda la llanura, se torna cobrizo de tan limpio. Los carros al pasar por la vía negra, levantan nubecillas leves que se adhieren a los árboles o a las paredes de esta casa, antro del crimen, cueva del pecado.

Tus manos, ~~hija~~ mía. ¿Ahora qué podría decirme? Tu cuerpo. Todo, sí, manchado con escupitajos, desgarrado por las caricias que no comparto, masa de carne fofa de la que se sirven los hombres como de un simple instrumento para procurarse placer. Vendrá el día en que el demonio cobrará su saldo y no tendrás más remedio que darle tu alma.

“Alza los ojos hasta el cielo de la llanura desolada, y mira cómo se derrumba toda la tarde en tu mirada”, decía el poema escrito por Fernando para mí. Alza los brazos mientras te desnudan, alza los muros que rodean tu intimidad, alza la carpa en donde está acampado el último resto del ejército de tu inocencia.

Eres una criatura del Señor nacida para alabarlo y servirlo y para gozar de El más allá de la muerte.

¿Sabes, Celina?

“Aquí eres una pupila de Leonor y debes acatarla, recibir los mendrugos que te arrojan, endeudarte con ella para que lentamente vaya comprándote y dejar que otros gocen contigo hasta que su brutalidad mate las últimas fibras sensibles de tu cuerpo”.

Pero todo esto es mentira, Celina. Eres libre. No tienes qué pagar veinticuatro años de cárcel. Por obra del destino te has ahorrado dieciséis. ¿Estás contenta?

Hace el viento hhhhhuuuuueeeeuuu. Viento, ese murmurador que hurga los árboles con sus dedos de vidrio, que mete su hocico bajo las faldas de las muachas. uuuuehheheueue.

Cielo cobrizado, escudo de bronce luz. Una nebulosa lo cruza en el oriente mientras al occidente en tallos de ceniza crecen botones de espigas luz. Astros, ámbar, gotitas, derramadas, en, la, inmensa, mano, abierta.

Luceroflor de la sombra.

Rosaestrella de la tiniebla.

El mar es una caracola el Llano es una corocora.
no es lo mismo ZYX.

“Necesitamos muchachas expertas en el amor”.

¿Amor? Mentiras. Contracciones volcánicas, sacudidas geológicas, telúricas, rocas desprendidas, animales prehistóricos, bufidos de bestias que por un momento tienen nostalgia de cavernas. ¿Eso es el amor? No. Yo lo sé. Yo puedo escribir sobre el amor porque lo sentí una vez. Desde entonces mi corazón quedó marchito para siempre porque todos sus frutos fueron para la cosecha de una noche.

¿En dónde estás ahora, Fernando mío, mi ternura? ¿En dónde gime o grita, o blasfema, el cauce de tu vida? ¿Qué oscuros laberintos recorres? Desde que salí de la cárcel he deseado comprar los periódicos para saber si has continuado escribiendo, si has conseguido salir del anonimato, si tienes aun cuando sea el principio de una justa compensación. Pero no me atrevo. Temo no encontrarte y desilusionarme. O temo más, quizá, verte, saber que vives, que tienes un hogar, que amas y sufres.

He estado pensando mucho en tí, Fernando, últimamente. Cada vez que uno de esos hombres borrachos y torpes se echa sobre mi cuerpo me llega tu recuerdo, por el contraste tremendo entre mi entrega toda llena de amor a la suavidad de tus caricias, y mi entrega de madero insensible a la brusquedad de unas manos que no son las tuyas.

Una paloma danza, una paloma.

En San Juan del Alba había palomas en la plaza. Eran como una parte de la torre y caían de allí cuando los campanazos del reloj las ahuyentaban. Podía decirse que las horas de San Juan tenían for-

ma de arrullo, voz de flauta escondida, palpitaciones de corazón alado.

erre reminiscencia rezo río

Fernando. Tu nombre y mi nombre forman una palabra ya escrita en estas hojas:

F E R C E N A N L I D O N A

¿Ves? Suena como un remedio, como esas inyecciones que le están aplicando a Marina después de que le prendieron una enfermedad. Ella dice que fueron los llaneros, pero yo creo más bien que la contagió uno de esos tipos sucios y oxidados que trabajan en los altos hornos, o que vienen en tren desde Paz del Río oliendo a carbón y a sepultura, porque las minas no son otra cosa sino tumbas. Huyó.

Me fugo, me voy, me marchó, me retiró.

Adiós, Leónor, quédate con todo menos con mi alma. Te dejo mi cuerpo en pago de este hecho techo lecho, de esta soledad, del silencio abrumador, del bolero "Tú sabes" que canta Yiya. Adiós, casa de la puerta de lata con un hueco redondo en el centro, como un ombligo por donde puede verse la podredumbre humana. Adiós mi cama de muchos mi bata de seda mi desnudez en esta tarde cálida. Me voy para siempre. Sin otro particular por el momento, y en espera de su apreciable pedido de caricias, me suscribo su affffma y sss sss (*Firmado*) Celina.

Final de carta. Las palabras de Angélica. Las he olvidado ya y ahora no deseo releer los párrafos escritos en la cárcel. ¿Sería capaz de suicidarme? Tal vez. No me espanta la muerte. Pero lo haría de una manera suave, dulce, podríamos decir. No me cortarían las venas ni llenarían la cama de sangre ni presentaría a la mañana siguiente el espectáculo aterrador de mi cuerpo envuelto en témpanos morados.

Compraría unas pastas, esas que se utilizan como calmante, pastillas para curar el insomnio, de las que usa Diana, y me las tomaría, todas las del frasco, pasándolas con un vaso de limonada. Sin arsénico, Jacobo, sin arsénico, a fin de no dar mayor énfasis al éxito que has obtenido con tu venganza.

Junio 6/63

Estoy vestida con un uniforme de soldado de color verde oscuro. Con el puño de la chaqueta intento sacar brillo a los botones pero permanecen opacos. Me encuentro ubicada en el centro de un salón enorme con columnas distribuidas caprichosamente. Hacia el fondo se oye un ronco golpeteo de martillos sobre láminas de latón. Al frente hay una especie de horno gigantesco, metálico, con las paredes rojas. Sé que despide calor y no lo siento. Me aproximo al horno pero aun cuando camino siempre permanece a la misma distancia. Me detengo y me doy cuenta de que el piso camina al mismo tiempo que yo, y que avanzamos simultáneamente.

Por el fondo entran los herreros. Van desnudos y un delantal de cuero los tapa solamente de la cintura a las rodillas. Arrastran grandes láminas oscuras y el ruido es ensordecedor. Maquinalmente me tapo los oídos pero no consigo el silencio.

Las láminas cubren el piso y los herreros derriban con sus grandes martillos todo cuanto se interpone a su paso. Corro nuevamente hacia el horno y siento el calor tremendo que exhalan sus paredes. No me importa. Me abalanzo contra él y caigo en un fondo brillante, en una especie de embudo deslumbrador.

La sensación de la caída es casi dolorosa. Posible-

mente la velocidad con que ruedo es fantástica porque siento que mi cuerpo se desintegra. De pronto, sin poderla retener, una de mis manos se queda flotando en el aire oscuro detrás de mí. Después es una pierna y finalmente todos mis miembros giran esparcidos en el aire sombrío, mientras mis ojos caen vertiginosamente.

Resulto en un bosque de árboles de metal. Las piernas se han unido a mi cuerpo, pero las manos vienen todavía rezagadas, persiguiéndome, hasta que logran encajar en su sitio. Empiezo a apartar los bejucos que me hieren con su filo. Cae de los árboles un musgo de acero que hace sangrar mis pies. Me duelen, siento cómo las raíces se meten hasta mis huesos y deseo gritar pero mis labios están soldados. Hago un esfuerzo por separarlos y no puedo. Corro y, desesperada, me lanzo de cabeza contra un árbol.

El golpe es blando, agradable. Estoy sobre el cuerpo desnudo de Leticia. Exactamente sobre sus senos, y ella me toca la cabeza, me hace cosquillas con sus dedos tras las orejas. Yo me muevo, es un vaivén loco, una especie de ruleta. Mi madre me dá el pecho. Mi cuerpo enfundado dentro del uniforme es ridículo. Al pensarlo abandono a Leticia y me marchó, marcando el compás, por una calle larga y sola. Los martillos que esgrimen los herreros hacen un son marcial que retumba contra los edificios, desmoronándolos. La calle queda salpicada de ruinas, como esas de las capitales europeas después de los bombardeos. Se abre una puerta y entro a una habitación oscura y húmeda. Pienso que estoy en una cloaca y que me he convertido en un excremento. El aire huele a rancio. Una luz se enciende y se acerca. Solo veo la lumbre amarilla y

la mano que la sostiene. Lo demás es oscuridad.

“¿Vienes por fin?”, me preguntan. “Te espero desde que me envenenaste”.

Reconozco la voz de Jacobo y quiero huír. Pero al lanzarme contra el que sostiene la lumbre todo se aclara súbitamente. Creo que es Leonor y corro a sus brazos, pero apenas voy a llegar a ellos encuentro a Jacobo vestido de mujer.

Es demasiado tarde para huir y él me tiende sobre el piso húmedo y resbaloso. “Son algas”, pienso. A la fuerza me abre las piernas y me posee, y mientras él jadea y suda yo permanezco insensible y un molesto hormigueo me recorre todo el cuerpo. Cierro los ojos y al abrirlos veo a un lado mi traje de soldado y me encuentro desnuda, cubierta de líquenes como una estatua conservada durante muchos años en el fondo del mar.

Busco algo. Hay agua, mucha agua a mi alrededor. Pero no me ahogo. Respiro libremente. Veo que de mi boca sale una rápida estela de globos que se funden hacia arriba con una cortina de algas. Un pulpo gigantesco se me acerca y me agarra con cinco brazos a la vez. “¿Me permite usted, señorita, darle un beso?”.

Es burlón, me recuerda de golpe a Danilo, tiene un parecido remoto, sus ojos, sí, su boca, sus maneras. Vuelvo a tener doce años y lo escucho. Pero no es una voz concreta, una sinfonía determinada de palabras. Apenas unos gritos distantes, como los aullidos de los araguatos en los árboles de las riberas del Pauto. ¿Es Demetria? Sí, aleja las rayas, que son unas muchachitas tímidas y asustadizas todas parecidas a Rubiela, la boca grande con una lengua bifurcada, la nariz, el pelo leonado.

El agua desaparece y veo una calle empinada.

Debo subir. Alguien, no sé quién, me persigue. No quiero volver la cabeza porque perdería el impulso que me empuja hacia adelante. Llamo a todas mis fuerzas pero, como me ocurrió en la gran sala de columnas caprichosas, corre el suelo conmigo y no puedo avanzar. Me desanimo, las piernas se me doblan como si fueran hechas de hilo y caigo al piso. Un tropel de soldados pasa sobre mi cuerpo. Cada uno le quita un liquen hasta dejarme desnuda. Después empiezan a desprenderme pequeños trozos de piel, de dos o tres centímetros cuadrados, y bajo ella queda otra vez el traje de soldado con los botones esta vez brillantes como pequeños astros.

Quedo extrañamente vestida, como si mi piel tuviera muchos remiendos verdes. Quiero bañarme y busco el mar. A la distancia se ven sus olas inmensas. Los barcos parecen juguetes de papel y el agua furibunda los arroja contra las rocas y saltan a la arena astillas y huesos. Los esquivo lo mejor que puedo y cuando voy a hundirme en el agua fresca y agitada me toman los brazos de un negro borracho y me tienden sobre la arena. Todo el sol empieza a caer sobre mi sexo, lastimándolo. Siento que se me quema la carne mientras el hombre me tiene sujeta contra la tierra. Ese es el sol, pero se ha vuelto oscuro y reluciente como la piel de las mulatas, como los senos desnudos de Diana meciéndose en el sueño.

Grotescos enanos con barbas que les llegan hasta el suelo pasan a mi lado y alejan al negro. Hacen un círculo y me miran y por turnos van besándome el sexo. Cuando sus labios me tocan siento un alivio infinito y digo quedamente mamá mamá y quiero incorporarme y darles las gracias. Pero al moverme han desaparecido y veo solo un hombre con traje blanco que se aproxima rápidamente sobre la are-

na. ¿Es él? Sí, es Jacobo. Viene con un vaso lleno de arsénico en la mano. Vierte su contenido en el suelo y al instante brota una palmera enorme cuya copa termina por horadar el cielo. Llueve. Son gruesas gotas de sangre que al caer sobre mi piel estallan como frutos maduros.

Vuelvo a entrar en el gran salón. Las columnas están alineadas y tienen todas la misma forma: la de un pene, sus venas, su piel áspera y al mismo tiempo de una infinita suavidad. El techo combado parece pronto a derrumbarse. Yo avanzo por la galería. El horno está apagado y los herreros duermen sobre las láminas abrazados a los martillos.

Uno de ellos me mira con un solo ojo, maliciosamente. Sonríe y me muestra las columnas. No las miro. Entonces me lanza el martillo y yo logro esquivarlo, pero al caer sobre las latas produce un ruido tremendo y todos los herreros se despiertan y empiezan a perseguirme. Huyo sin rumbo golpeándome en un sitio y en otro. De repente puedo caminar como los insectos y subo por una de las columnas hasta el techo. Una puerta se abre y me encuentro en el campo con un vestido de muselina, que el viento agolpa contra mis muslos. Recojo margaritas y hago con ellas una corona. "Es para el muerto", dice cada una de las flores cuando la corto con las uñas. Después me cuelgo la corona al cuello y me siento a descansar bajo un enorme pino que tiene palomas en lugar de hojas.

Pasa un arroyo y me moja los pies. El agua es pura, refrescante. Luego se torna turbia y llena de excrementos y resulto de nuevo en la pieza oscura y pequeña donde doy gritos cuando veo que viene la misma luz amarilla sostenida por una mano esquelética. Corro, y siempre encuentro una pared de-

lante de mí. Los muros son ásperos y en los sitios bajos están cubiertos de escamas, que se me quedan prendidas en los dedos, en las piernas, en todo el cuerpo. Cuando la luz llega hasta mí me veo como una sirena, y entonces caigo sobre el piso desmayada.

Dejo mi cuerpo allí y salgo. Soy otra, con el uniforme de la cárcel, y marcho del brazo de Leticia recogiendo corozos. Las garzas baten unas enormes alas membranosas que a veces ocultan el horizonte.

Mi tío Ramiro viene en un caballo negro galopando por el Llano. Salgo a encontrarlo riendo y él me golpea con el látigo. Cuando caigo al suelo se apea y viene directamente hacia mí. Intenta violarme. Yo grito, imploro. Me parece increíble. Trato de llamar a Leticia pero ella se ha marchado con Danilo. Las rayas vienen caminando por el pasto con pequeños saltitos como si fueran sapos. Cuando mi tío me muerde la boca siento un dolor profundo, insopportable, y grito.

Y otra vez, como en la ocasión anterior, el grito me despierta.

Diciembre 3/63

Esta mañana Diana y Leonor tuvieron un nuevo altercado. Sus peleas se han vuelto muy frecuentes y son cada vez peores.

Posiblemente Diana lleva la razón. La dueña de la casa quiere el dinero para ella y nos mantiene así amarradas, prisioneras.

Además las cosas están poniéndose muy feas. El sargento Ramírez me amarga la vida todas las semanas y últimamente ha empezado a interrogar a Diana. Ella me tranquiliza diciéndome que si algo sospecharan nos habrían detenido desde hace meses. Pero ahora también tiene miedo.

Entra Di

Me contó todo. Parece que tendremos que salir de aquí cuanto antes. No por el sargento, que a última hora nos importa un bledo, sino por Leonor. Esta mañana le dio su liquidación. Con esos pesitos Diana piensa viajar a Bogotá, donde tiene una amiga. "Allá nos organizaremos mejor, querida. Ya contamos con bastante práctica. A lo mejor resultamos propietarias".

Yo estaba ya acostumbrándome a esto. Son catorce meses de hábito. En fin, me siento completamente indefensa sin Diana. Iré donde Leonor esta misma tarde para que me liquide.

¿Y después qué? Otra casa, otros hombres, otro ambiente. ¿Peor? ¿Mejor? ¡Quién sabe! Y al final el mismo interrogante. Y el mismo persistente, mortificante recuerdo del ejemplo de Angélica. "Para suicidarse es necesario haber perdido por completo la fe".

Febrero 4/64

Hace un mes estamos viviendo en Bogotá. Diana no pudo hallar la amiga en quien confiaba y nos ha tocado ir de una parte a otra, sin paradero fijo, aceptando esta noche un lugar, mañana otro, siempre hambrientas y huyendo de nuestro propio miedo.

Ayer Diana encontró una pieza en esta casa. A la dueña la llaman la Pulgabrava. Es una mujer gorda y fofa que vive de arrendar cuartos por horas. Tiene también algunas pensionistas y Diana quiere ingresar en el negocio.

El barrio es feo y miserable. Martín Pérez, lo llaman, tal vez en memoria de algún prócer de la independencia o de un ilustre hombre de letras. Las

calles son estrechas, sin pavimentar, y en estos días de sol se levanta de ellas una horrible polvareda que cubre todos los objetos con una capa amarillenta como de ceniza morena. Las casas desiguales muestran el abandono tanto de sus propietarios como de las autoridades, que debían buscar una especie de armonía en las construcciones.

La casa de la Pulgabrava es una de las más viejas del barrio. Tiene un patio enlajado y en los corredores se abren diez o doce habitaciones, todas iguales, con suelos de estera o de tablas sucias, con paredes blanqueadas adornadas con un zócalo rojo o amarillo. Hay una cantina, lo que podría llamarse un barcito, y la dueña lo atiende celosamente. En una sala casi siempre penumbrosa reúne a sus pupilas para tenerlas presentables cuando lleguen los clientes.

Estas cosas las he aprendido en poco tiempo. ABC 1 2 3, la clave de sus cartas, 28, 30, 40 (475231). La he olvidado. Memoria infiel, memoria adúltera.

Estoy sola en la pieza que arrendamos. Diana salió hace más de una hora a buscar trabajo. "Hay lugares en donde le pagan a una bueno por desnudarse en público", me dijo.

La Pulgabrava no obstante su nombre me parece simpática. Da la impresión de que le hubiéramos caído bien, y es que Diana tiene sus modales muy del caso. Yo, en fin, no cuento. Siempre para este oficio he sido desgarbada.

La cuestión con Leonor, en Sogamoso, terminó arreglándose prácticamente a las buenas. Nos dio unos centavos que nos sobraban según sus cuentas, y nos dejó venir a Bogotá sin mayores tropiezos. El sargento Ramírez debe estar todavía buscándonos, y el pobre Milito barriendo, recogiendo colillas y a

veces monedas o billetes que se caen de los bolsillos de los borrachos.

He estado triste, últimamente, como desesperanzada. Pero no me hago caso porque ya conozco mi temperamento variable. Basta un detalle pequeñito para que me eche a la pena, y con otra cosa insignificante recubro la alegría. Pueda ser que Diana consiga trabajo en un sitio cualquiera, en un café, en un restaurante, para que no nos toque seguir con el oficio que empezamos en Sogamoso.

Mayo 2/64

Todo marcha más o menos bien. Durante estos días nos defendimos lo mejor posible, consiguiendo algunos clientes. La Pulgabrava cobra puntualmente su arriendo más un recargo extra cuando llevamos hombres a la alcoba. Últimamente nos hace mala cara como si estuviera cansada con nosotras.

Maestra: Ave María, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu

Parece que Diana ha conseguido trabajo. "David tiene una orquesta", me dijo. "Ya te hablaré después de él con calma. En todo caso prometió presentarme al dueño del Café Cádiz, que está buscando coperas. Mañana o pasado iremos a visitarlo. Y te arreglas un poco a ver si le causas buena impresión".

Ojalá sea un trabajo honrado. O por lo menos no tan desagradable como el otro. Creo que no soportaría un mes más así.

¿Por qué tengo qué hacerlo? ¿qué fuerza oscura me obliga me impulsa maldita terrible fuerza?

toma mi cuerpo mi señor y mi rey mi dueño porque para tí lo he perfumado con esencia de cinamomo y lo he bañado con un agua tibia y llena

de pétalos de menúfar es tuyo solamente tu hue.
cerrado prado mullido para tu cansancio miel para
tu amargura y compañía para tu soledad no me per-
tenece ya lo he entregado a tu arbitrio lo cedó lo
cambio por uno solo de tus besos cuerpo dormido
bajo la seda del estanque extendido y feliz suave-
mente dorado por la luz interna del amor refflorecido
como una corola de loto señor y rey y dueño de mi
cuerpo álzame hasta la altura de tu corazón recoge
como una caracola el sonido marino de mi voz que
te llama de mi alma que cae sobre tu alegría como
un llanto de luz como una

Mayo 3/64

Hoy ha pasado algo terrible. No sé si tenga fuer-
zas para escribirlo. Pero si no lo hago voy a estallar.

Desde que salí de la cárcel había estado temiendo
y deseando averiguar algo respecto a la vida de Fer-
nando. No me atrevía a comprar los periódicos por
temor a la verdad. Dudé muchas veces y tuve lis-
tos los cuarenta centavos para comprarlos, o los cin-
cuenta los domingos, pero nunca lo hice. Preferí con-
tinuar ignorándolo porque yo sabía que si Fernando
nunca había muerto para mí, yo en cambio había
muerto para él en una forma definitiva.

Hoy me decidí. Compré *El Espectador* y encon-
tré en el Magazine Literario el nombre de Fernando.
Hace poco obtuvo un importante triunfo en España
y publican su foto. "Aquí aparece el escritor, en la
sala de su casa. Lo rodean su esposa Grisela, y sus
dos hijos".

Quedé con los ojos fijos en la página durante mu-
cho tiempo. Diana aún dormía. Sentí que me asfi-
xiaba, que el mundo daba vueltas, que las paredes

encaladas de la alcoba se sacudían como en un terremoto y se derrumbaban sobre mí, sepultándose. Fernando está un poco más hombre, no tiene la cara ingenua y alegre de San Juan del Alba. Se ha dejado bigotes y una rizada barba que le cae muy bien. Pero es el mismo. La nariz aguileña, la boca pequeña, los ojos grandes y soñadores, bien dibujadas las cejas y abundantes y crespas las pestañas. Su esposa es joven y bonita, y está mirándolo con una ternura que conmueve por lo espontánea y profunda. Y los niños... Como ellos, como los hijos que yo hubiera querido tener. Míos y de él. De Fernando.

Ha logrado su objetivo, ha salido de la masa anónima. Su nombre y su figura descuellan sobre el trigo uniforme. Pienso si la fama le habrá traído placer o nostalgia, si será feliz o desgraciado. Posiblemente no me recuerda ya, o piensa en mí como en una pesadilla que hay que borrar.

Fernando, ahora que te encuentro sé que te he perdido definitivamente. Dejo mi amor junto a tu recuerdo y cierro las páginas de este cuaderno hecho con mi llanto y con mi alegría, levantado diariamente con mi angustia y con mi esperanza.

Mayo 4/64

Había jurado no volver a escribir, y sin embargo tengo que hacerlo. Anoche ví a Fernando.

Quizá ni yo misma pueda comprender lo que me pasa. Procuraré contarlo fielmente, porque es preciso que renueve mis confesiones; es necesario que la herida continúe sangrando.

Diana llegó contenta por la mañana. "David me consiguió el puesto. Nos lo consiguió, mujer. ¡Vamos a trabajar!".

Nos arreglamos lo mejor posible y a eso de las nueve de la noche salimos para el Café Cádiz. Diana entró delante de mí, puesto que ella era la encargada de hablar con el administrador. Nos sentamos ante una mesa y ella pidió ron. Miré a los lados pero no distinguí las personas porque estaba penumbroso. Una lucecilla casi agonizante, como verde, como roja, caía de las altas lámparas sobre el humo que llenaba el gran salón. De repente, de uno de los ángulos una cuerda invisible pareció tirarme. Y al mirar en esa dirección vi a Fernando. Estaba con otro muchacho, pálido y delgado. Nuestros ojos se encontraron y comprendí que volvía a atarse entre nosotros un nudo que en realidad nunca se había disuelto del todo. Fingí ignorarlo, mirar a otra parte. Pensé que él nunca me reconocería con mi rostro ajado, mi cuerpo encogido, mi cabello teñido de color de trigo. Pero se levantó de la mesa y se dirigió rápidamente a donde estaba yo y entonces no me quedó otro remedio que huír.

Ahora estoy en mi cuarto y Diana me pregunta constantemente qué me pasó. Pero no puedo contárselo. Sería echar sal y vinagre sobre una llaga que nunca ha acabado de cerrarse.

“Volveremos esta noche”, me dice. Y no sé qué objetarle. Tal vez Fernando no vaya. Quizá piense que no seré tan tonta para ir allí otra vez. Por eso debo revestirme de valor y acompañar a mi amiga para que consigamos trabajo. De alguna manera hay que vivir, y si es honradamente tanto mejor. Mi vida de estos últimos meses me llena de hastío y de vergüenza.

Fernando, eres tú. He vuelto a verte después de diez años. Igual que en la foto del periódico. Un poco cargado de hombros, como fatigado. Tu misma

mirada ansiosa, inquisitiva. Tu boca, Fernando, tus labios, los únicos que lograron comunicarme el calor de un beso verdadero. Y tus manos que conocieron los secretos de mi cuerpo antes que nadie, y que despertaron en mí los pocos instantes de placer de que he disfrutado en este largo y absurdo calvario que ha sido mi vida. Fernando, hoy que te he vuelto a encontrar y te sé para siempre lejano, no hallo qué escribir sobre tí, no sé cómo expresar la marea de sentimientos contradictorios que me embarga. Solo sé, de repente, que te amo con la misma locura de mis dieciocho años, y que sería completamente feliz si pudiera morir en tus brazos, con tu beso de perdón y de ternura.

Mayo 5/64

Llueve.

Anoche nuevamente lo ví. Estoy segura de que me ha reconocido. Sabe quién soy y conoce mi vida.

Estuvo en esta casa, en la sala, examinando las pensionistas de doña Puigabrava; me buscó, después, y se enteró por la dueña de la casa de mi procedencia y mi profesión. Y finalmente entró a la alcoba y me encontró repasando mi diario, este pedazo de mi ser, este complemento necesario de mi personalidad donde he ido consignando a través de diez años mis angustias, mis dolores y mis pecados.

Todo está concluído.

Angélica, Angélica, necesito que tus palabras vengán en mi ayuda.

He tomado una determinación irrevocable.

Pude vivir sumergida en la sombra sin darme cuenta de que más allá estaba la luz. Ahora que la he visto no me resigno a esta vida miserable y absurda.

He cogido las pastas que toma Diana cuando los nervios la ponen al borde de la locura. Pequeñas, amarillentas, en apariencia inofensivas. Quedan catorce en el frasco porque hace pocos días lo compré.

Sé que serán suficientes. He traído un vaso con agua, y espero que calme un poco la lluvia para que mi alma no se moje cuando abandone mi cuerpo y vuele a lo desconocido.

Dios mío, quizás resulte una blasfemia implorar-te en estos momentos, llamarte a mi lado. Pero nunca creí tanto en tí, jamás te amé tanto ni esperé tanto de tu infinita misericordia, de tu ilimitada comprensión.

Tú sabes que este que voy a emprender es el único camino que me queda. Matándome trato de salvarme. No solamente en esta vida, sino en ese algo divino que debemos tener dentro de nosotras, y que nos dá la certeza de que existes, y de que te pertenecemos.

Me he tomado ya las catorce pastas.

14.

XIV.

Todaya no siento nada, pero sé que los efectos definitivos no se harán esperar.

Sigue lloviendo con una furia inusitada. Se inunda el patio y el agua alcanza a entrar al corredor. Se oyen gritos distantes, las sirenas de los bomberos y de las ambulancias, los pitos persistentes de los carros.

Algo se me nubla, algo se me aleja, la fuerza me falta, la letra me queda desigual.

Es muy pronto para que los estragos de la droga empiecen a dejarse sentir en mi organismo.

Dios mío, voy a morir y te pido perdón, te pido

que me guíes, que si me abandonaste en esta vida,
no me vayas a abandonar también en esta muerte.

Guardaré el diario en el cajón de la mesita, para
que sus páginas se consuman al mismo tiempo que
mi cuerpo.

Y esperaré la muerte

—Amiga Muerte—,
mientras afuera llueve.

